

ROUSSEAU

SIR GAVIN DE BEER



NS DU PEUPLE FRANCOIS

**BIBLIOTECA SALVAT DE
GRANDES BIOGRAFIAS**



ROUSSEAU

**BIBLIOTECA SALVAT DE
GRANDES BIOGRAFIAS**

ROUSSEAU

SIR GAVIN DE BEER

Prólogo

MANUEL PEREZ LEDESMA

SALVAT

Versión española de la obra original inglesa *Rousseau and his world*, publicada por Thames and Hudson, Londres.

Traducción del inglés a cargo de Sara Martínez Pérez.

Las ilustraciones cuya fuente no se indica proceden del Archivo Salvat o de Thames and Hudson.

© Salvat Editores, S. A., Barcelona, 1985.

© Thames and Hudson, Londres.

ISBN: 84-345-8145-0 (obra completa)

ISBN: 84-345-8184-1.

Depósito legal: NA-881-1985

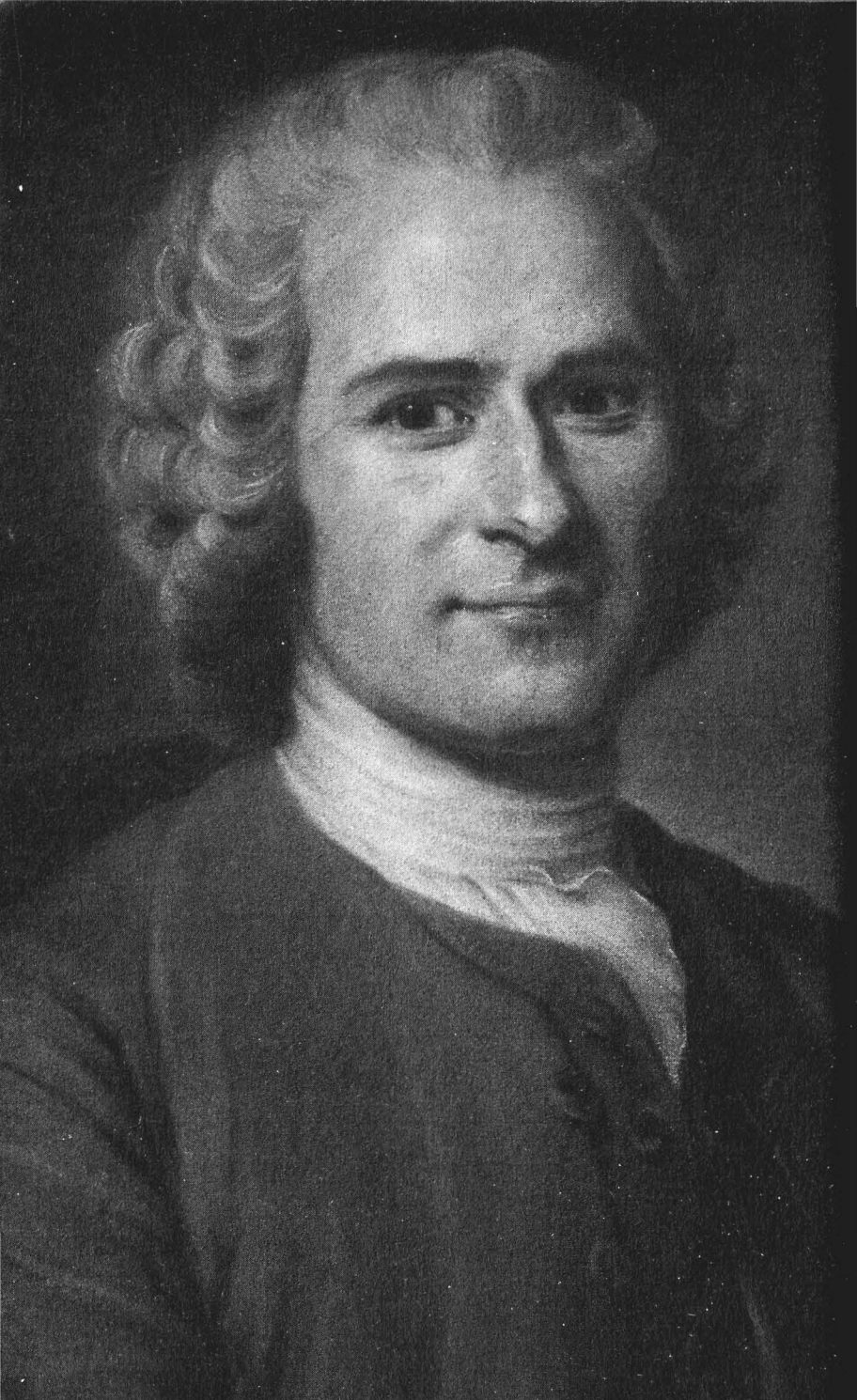
Publicado por Salvat Editores, S. A., Mallorca 41-49 - 08029 Barcelona.

Impreso en Gráficas Estella. Estella (Navarra).

Printed in Spain.

Indice

	<u>Página</u>
Prólogo	9
Nota del autor	19
1. Andanzas de juventud	21
2. Entre las mujeres y la música	40
3. Contra la sociedad civilizada	55
4. Elogio de la vida sencilla	69
5. Sobre el Estado y la educación	89
6. Polémicas religiosas	105
7. En Inglaterra	121
8. Manías persecutorias	134
9. Una imagen para la posteridad	145
10. «Este pobre extranjero, solo y a merced vuestra»	166
Cronología	181
Testimonios	185
Bibliografía	189



Jean-Jacques Rousseau

(1712-1778)

Jean-Jacques Rousseau nació en Ginebra el año 1712. Tras la muerte de su madre, su padre y el pastor protestante Bossey se hicieron cargo de su educación. En 1728 abandonó Ginebra y se convirtió en protegido de Mme. de Warens. Más tarde llegó a Lyon y de allí pasó a París, donde se relacionó con destacadas figuras de la sociedad y de los medios literarios. Fue secretario del embajador de Francia en Venecia hasta 1744, fecha en que regresó a la capital francesa; de esta época datan sus relaciones con Thérèse Lavoisier, de la que tuvo cinco hijos que abandonó en el hospicio. En contacto con Diderot, D'Alembert y otros filósofos y escritores fue invitado a colaborar en la *Enciclopedia* con varios artículos sobre música y economía política. Su actividad literaria se inició en 1750 con la publicación de su obra *Discursos sobre las ciencias y las artes*. En 1762, su novela pedagógica *Emilio, o sobre la educación* fue condenada por el Parlamento de París, circunstancia que le obligó a dejar Francia y a refugiarse en Neuchâtel. Sin embargo, nuevos problemas con las autoridades locales le indujeron a aceptar una invitación de D. Hume para trasladarse a Inglaterra. Víctima de una manía persecutoria que no le abandonó hasta su muerte, Rousseau regresó a Francia y dedicó los últimos años de su existencia a redactar diversas obras autobiográficas, entre las que destacan las *Confesiones* y *Ensoñaciones del paseante solitario*. El escritor falleció en Ermenonville el año 1778.

◀ Retrato de J. J. Rousseau pintado por Maurice Quentin de Latour. Museo de Arte e Historia, Ginebra.



Jean-Jacques Rousseau ante su casa de Ermenonville, según un grabado de la época. Biblioteca Nacional, París.

Prólogo

Rousseau y la democracia

por **Manuel Pérez Ledesma**

«El primer individuo al que, tras haber cercado un terreno, se le ocurrió decir “esto es mío” y encontró a gentes lo bastante simples como para hacerle caso, fue el verdadero fundador de la sociedad civilizada. Cuántos crímenes, guerras, asesinatos, cuántas miserias y horrores no le hubiera ahorrado al género humano el que, arrancando las estacas o cegando el foso, hubiera gritado a sus semejantes: “Guardaos de escuchar a este impostor; estáis perdidos si olvidáis que las frutas pertenecen a todos y que la tierra no es de nadie...”»

Pocos textos históricos han tenido la resonancia de este breve párrafo con que comienza la segunda parte del Discurso sobre el origen y los fundamentos de la desigualdad entre los hombres, publicado en 1755 por un ginebrino, ya conocido por sus afirmaciones espectaculares y opuestas a las opiniones generales de su época, llamado Jean-Jacques Rousseau. Y pocos textos reflejan, además, con tanta perfección el pensamiento atrevido y las fórmulas tajantes utilizadas por su autor para remover la relativa placidez de la vida cultural del siglo XVIII francés.

Natural de Ginebra, hijo de una familia plebeya, aprendiz de grabador a los trece años, escapado de su ciudad a los dieciséis y ocupado sucesivamente en distintos oficios o profesiones (lacayo, secretario, profesor de música, intérprete, empleado del catastro...) hasta su llegada a París en 1741 ó 1742, Rousseau nos aparece como un autodidacto errante, marcado por sus orígenes, tan opuestos a la estabilidad burguesa o nobiliaria y a la refinada educación de la mayoría de los ilustrados. Por eso no logró integrarse nunca en el mundo de la intelectualidad de París y sus obras aparecieron como constantes desafíos a las convenciones aceptadas por la secta de los «filósofos», de los que le separaba un gran abismo. Como dice Sabene, «su carácter, su concepción de la vida, su escala de valores, sus reac-

ciones instintivas diferían esencialmente de todo lo que la Ilustración consideraba como admirable».

Las primeras formulaciones de su pensamiento

Durante su estancia en París, el acercamiento de Rousseau a los núcleos ilustrados se hizo manifiesto en su sometimiento a la influencia de Diderot e, incluso, en su colaboración en la Enciclopedia, para la que empezó escribiendo artículos sobre música y en la que, más adelante, publicaría su artículo sobre la economía política. Pero las buenas relaciones no podían durar mucho. En 1749, la Academia de Dijon propuso como tema, para su concurso de retórica del año siguiente, una de las cuestiones capitales del pensamiento ilustrado: «Si el restablecimiento de las ciencias y las artes ha contribuido a mejorar las costumbres.» Se suponía que las respuestas, de acuerdo con las ideas dominantes sobre el progreso de la historia humana, recalcarían la importancia de la ciencia para el desarrollo de la razón del hombre y la desaparición de las supersticiones y el fanatismo. La respuesta de Rousseau, en su Discurso sobre las ciencias y las artes, ganador del concurso, fue exactamente la contraria: «Preveo —afirma con gran clarividencia en el prefacio— que no se me perdonará fácilmente la opinión que me he atrevido a defender.»

¿Cuál era esta opinión? «Mientras el gobierno y las leyes proveen lo necesario para el bienestar y la seguridad de los hombres, las ciencias, las letras y las artes, menos despóticas y quizá más poderosas, extienden guirnaldas de flores sobre las cadenas que los atan, anulan en los hombres el sentimiento de libertad original, para el que parecían haber nacido, les hacen amar su esclavitud y los convierten en lo que se suele llamar pueblos civilizados. La necesidad creó los tronos; las ciencias y las artes los han fortalecido.» Pero además, el cultivo de las ciencias y las artes era responsable, según Rousseau, del declive de la moral, de la inocencia perdida y del desarrollo del «lujo, la disolución y la esclavitud».

El alegato, que tenía más de declamación retórica que de análisis riguroso, afectaba a una de las creencias básicas del pensamiento del siglo XVIII. Pero no produjo aún rupturas definidas. Sólo cinco años más tarde, la publicación del Discurso sobre la desigualdad (también presentado a un concurso de la Academia de Dijon, aunque esta vez, a pesar de la mayor impor-

tancia de este texto frente al anterior, no fue premiado) daría lugar a la oposición radical de los ilustrados más en boga. Para Voltaire, el Discurso es «la rapsodia de un mendigo que querría que los ricos fueran robados por los pobres». La violencia de la reacción está ligada a la dureza de la crítica social contenida en el texto. Rousseau parte de una tesis fundamental: la sociedad, y no la naturaleza, es responsable de los males que sufren los hombres, de la pérdida de su bondad natural y de la extensión del odio y la enemistad en las relaciones humanas. Así, en una nota que resume a la perfección las intenciones críticas del autor se señala: «Ya podemos admirar todo lo que se quiera a la sociedad humana; pero no es menos cierto que lleva a los hombres a odiarse entre sí a medida que sus intereses se cruzan, a prestarse mutuamente unos servicios aparentes y a hacerse, en realidad, todos los males imaginables»; de forma que «encontramos nuestro provecho en el perjuicio de nuestros semejantes, y la perdición de uno sirve casi siempre para hacer la felicidad de otro».

La causa del mal está en el creciente deseo de riquezas, de lujo, de satisfacción de las pasiones, tanto más imperioso cuanto menos naturales y apremiantes son las necesidades. ¡Qué diferencia con la situación primitiva, en la que «el salvaje, cuando ha comido, está en paz con toda la naturaleza y es amigo de su semejantes!» La historia, por ello, ha sido una gigantesca equivocación que Rousseau, superando el nivel de la crítica moral o antropológica, se encargará de explicar.

El hombre primitivo, aislado e incomunicado, entregado exclusivamente a la búsqueda de los medios de subsistencia, sin moral ni lenguaje (el bruto feliz) era dichoso porque sus deseos se reducían a sus necesidades físicas. De este estado, o mejor, del siguiente, la agrupación en familias, no habría salido nunca si no hubiese intervenido la facultad de perfeccionamiento, propia del hombre y «fuente de todas sus desdichas», que le impulsaba continuamente a mejorar su condición. Los primeros progresos, debidos al azar, la posibilidad de obtener ventajas crecientes, favorecieron el desarrollo de técnicas cada vez más perfectas. Y así «la agricultura y la metalurgia fueron las dos artes cuya invención produjo la gran revolución» que alteró radicalmente las formas de vida de los hombres. De ellas deriva la aparición de la propiedad, inexistente en el estado de naturaleza, que surgió como consecuencia de la apropiación individual de la tierra para su cultivo. Y tras la propiedad apareció, para asegurarla, la sociedad civil.

La sociedad civil, entonces, no surge como consecuencia de la condición natural del hombre, ni de un contrato libremente pactado, en condiciones de igualdad, por todos los sujetos (tesis mantenida por los contractualistas Hobbes o Locke), sino de una «seducción» ejercida por los ricos sobre el resto de la población. «Desprovisto de razones válidas para justificarse y de fuerzas suficientes para defenderse; venciendo fácilmente a un particular, pero vencido él mismo por cuadrillas de bandidos; solo contra todos, y no pudiendo a causa de sus mutuas rivalidades unirse a sus iguales contra los enemigos unidos por el ansia común del pillaje, el rico, apremiado por la necesidad, concibió al fin el proyecto más meditado que haya nacido jamás en el espíritu humano: emplear en su provecho las mismas fuerzas de quienes le atacaban, hacer de sus enemigos sus defensores, inspirarles otras máximas y darles otras instituciones que fueran para él tan favorables como adverso le era el derecho natural.»

El establecimiento de la sociedad civil, de las leyes y de la autoridad, destinadas a proteger la propiedad y las diferencias sociales, trajo consigo todos los demás males: el fin de la libertad natural, el establecimiento con carácter irrevocable de la desigualdad económica y de la división de la sociedad en ricos y pobres, y el sometimiento del género humano «al trabajo, a la servidumbre y a la miseria». La vida social alteró, incluso, las inclinaciones naturales de los individuos. Frente al primitivo, cuyas pautas de conducta derivaban de su instinto de conservación y de su sentimiento de piedad hacia los demás seres humanos, el civilizado vive dominado por el odio, el afán de superar a sus semejantes y la apariencia («el salvaje vive en sí mismo, mientras que el hombre sociable, siempre fuera de sí, no sabe vivir más que en la opinión de los demás, y es, por así decirlo, de esta opinión de donde extrae el sentimiento de su propia existencia»).

En conjunto, el Discurso sobre la desigualdad ponía en duda todas las doctrinas tradicionalmente admitidas sobre la sociedad y el puesto del hombre en ella. En especial, el derecho de propiedad y el carácter inevitable de la desigualdad humana, afirmados por todos los planteamientos rousseauianos («la desigualdad moral, autorizada sólo por el derecho positivo, es contraria al derecho natural siempre que no esté combinada en la misma proporción con la desigualdad física»). La importancia de este cambio se hará evidente en el pensamiento socialista del siglo XIX.

Obras de madurez

Se ha señalado en ocasiones la existencia de una oposición entre los primeros escritos de Rousseau y sus obras posteriores: Vaughan, por ejemplo, señala el enfrentamiento entre «el individualismo retador del Discurso sobre la desigualdad» y «el igualmente retador colectivismo de El contrato social». Pero esta división no parece ajustarse al auténtico desarrollo del pensamiento rousseauiano; al contrario, las diferencias que aparecen al comparar ambas obras no son obstáculo para que podamos hablar de una evolución progresiva con un continuo predominio del planteamiento individualista, que determina toda la construcción teórica. En conjunto, el recorrido ideológico es el siguiente: Rousseau parte de la crítica a la sociedad existente, a la que presenta como inferior a la situación primitiva de la humanidad; pero no defiende «un retorno, tan utópico como idílico, a la naturaleza y a la inocencia primitivas», sino que trata de construir un modelo de sociedad que, teniendo en cuenta la evolución histórica, satisfaga en el más alto grado las aspiraciones fundamentales del hombre a la libertad y a la felicidad (superior a la precaria satisfacción obtenida en el estado de naturaleza). La nueva sociedad aparece, en palabras de André Vachet, como una síntesis dialéctica: «El pensamiento de Rousseau, al ser profundamente dialéctico y acumulativo, preconiza que la desalienación del hombre no puede consistir en la vuelta al origen, a la tesis. La síntesis debe encontrarse en la sublimación moral que resume la inocencia natural, pero especializada, civilizada y purificada en el crisol de la alienación social. Si el punto de partida es el individuo en estado de naturaleza, que no conoce la razón, el punto de llegada lo constituye el individuo moral que asume la razón y el derecho contra la naturaleza.»

Desde esta perspectiva, es posible entender las afirmaciones de El contrato social (publicado en 1762) como un desarrollo positivo de las críticas anteriores a la sociedad existente. Para Rousseau, se trata de «encontrar una forma de asociación que defienda y proteja con toda la fuerza común a la persona y los bienes de cada asociado, y por la cual, uniéndose cada uno a todos, no obedezca sin embargo más que a sí mismo y permanezca tan libre como antes». El problema parece, a simple vista, insoluble; pero Rousseau ofrece de inmediato una fórmula apropiada (aunque su misma generalidad ha contribuido a aumentar la confusión sobre su pensamiento): «la enajenación total de cada asociado con todos sus derechos a toda la comuni-

dad.» A través de esta enajenación, se crea una voluntad general que sustituye a la voluntad privada de cada contratante: «En el mismo instante, en lugar de la persona particular de cada contratante, este acto de asociación produce un cuerpo moral y colectivo compuesto de tantos miembros como votos tiene la asamblea, el cual recibe de este mismo acto su unidad, su yo común, su vida y su voluntad.»

Pese a su individualismo radical, ya señalado, la ambigüedad teórica de Rousseau ha favorecido la aparición de análisis que tienden a considerar esta concepción como propia de un pensamiento democrático antiindividualista. En su formulación extrema, la tesis de Talmon (*The Origins of Totalitarian Democracy*) señala la existencia, en el siglo XVIII, de dos tipos contrapuestos de democracia: la democracia empírico-liberal y la democracia totalitaria mesiánica, y considera a Rousseau como la única fuente de importancia de la segunda, por su fusión de los conceptos de voluntad general y soberanía popular. Este planteamiento se justifica por el especial énfasis con que Rousseau señala la necesidad que tiene cada individuo de abandonar sus derechos privados por las exigencias de la voluntad general de la colectividad. Como compensación, el ciudadano alcanza la libertad civil (que no consiste en el sometimiento a los apetitos humanos, sino en la obediencia a la ley aprobada por la colectividad) y el auténtico derecho de propiedad, legalizado por el conjunto social. De manera que, frente a Locke y al liberalismo anterior, cuya defensa de la libertad trae consigo la limitación de la esfera de actividad del Estado (el Estado mínimo), Rousseau defiende la mayor ampliación posible de la acción estatal (el Estado máximo), aunque no admite más autoridad que la emanada de la totalidad de los ciudadanos.

¿Qué sentido tiene la actuación de la voluntad general? El contrato social define, como objetivos del autogobierno, el logro de la auténtica libertad e igualdad entre los hombres. La igualdad no se reduce, para Rousseau, a la fórmula liberal de igualdad ante la ley, sino que su campo se amplía para incluir la igualdad, aunque no absoluta, ante el poder y las riquezas: «Respecto de la igualdad, no debe entenderse que los grados de poder y riqueza sean absolutamente los mismos, sino que, en cuanto al poder, esté por encima de toda violencia y no se ejerza nunca sino en virtud del rango y de las leyes, y en cuanto a la riqueza, que ningún ciudadano sea tan opulento como para poder comprar a otro, y ninguno tan pobre como para verse obligado a venderse.» Lo que supone la necesidad de una continua interven-

ción de las leyes para impedir el crecimiento de las desigualdades sociales. La propiedad no es un derecho absoluto y sin límites, sino un derecho derivado, sólo válido cuando ha sido reconocido por la sociedad y se encuentra dentro de los límites marcados por la ley. Estos límites aparecen señalados en distintos textos de Rousseau. Ya en su artículo sobre Economía política señala como medidas concretas el control estatal de las herencias y las ventas de bienes familiares, la utilización del impuesto como instrumento para la redistribución de la riqueza, o la creación de graneros públicos... Medidas todas ellas que definen un Estado-providencia, totalmente opuesto al no intervencionismo liberal. En El contrato social completa esta serie de normas, estableciendo limitaciones radicales a la propiedad privada de la tierra: «En general, para autorizar el derecho del primer ocupante en cualquier terreno, es necesario: primero, que este terreno no esté ocupado todavía por nadie; segundo, que no se ocupe más que la cantidad necesaria para subsistir; tercero, que se tome posesión de él, no por una vana ceremonia, sino por el trabajo y el cultivo...»

El planteamiento rousseauiano supera así el estrecho marco de las declaraciones liberales de los derechos del hombre: su novedad esencial radica en su insistencia en «la idea de que la libertad política y la desigualdad económica abusiva son en último término incompatibles, si la democracia ha de sobrevivir y extenderse» (Ebenstein).

Partiendo de la doctrina de la voluntad general, Rousseau elabora toda una teoría política, que representa la culminación de su obra teórica. El contrato social no conduce a la transferencia de la soberanía a un solo sujeto (el monarca absoluto de Hobbes) ni a un conjunto de instituciones, entre las que se establece la división de poderes (tesis de Locke), sino a la afirmación del pueblo como único soberano. La soberanía popular es inalienable e indivisible: no se puede entregar a un conjunto de representantes elegidos, ni repartir entre varios organismos la autoridad equivalente. Sólo el pueblo puede, de forma directa y sin mediaciones, ejercer la soberanía a través de la aprobación de las leyes (definidas como «decisión de la voluntad general sobre objetos generales»). La única institución admitida, aunque no con carácter soberano, el gobierno, aparece como «poder ejecutivo» encargado de aplicar las leyes a los casos particulares, bajo control y dependencia de las decisiones de la colectividad: los magistrados «son simples oficiales del pueblo soberano, que ejercen en su nombre el poder del que son depositarios,

y que el pueblo soberano puede limitar, modificar o retomar cuando le plazca». Las ventajas e inconvenientes de las distintas formas de gobierno derivan de su mayor o menor adecuación a estos objetivos generales. Para Rousseau, el peligro que presenta todo gobierno procede de su tendencia a sustituir al pueblo como detentador de la soberanía: es éste «un vicio inherente e inevitable», capaz de alterar todo el sistema político y de convertir el autogobierno democrático en un despotismo más o menos visible. El peligro es especialmente grave en los gobiernos monárquicos, por la entrega del poder ejecutivo a una sola persona, cuyos intereses privados pueden finalmente acabar dominando al interés general. Por eso, y ante la imposibilidad de que el pueblo actúe en su conjunto como gobierno, el gobierno menos peligroso es, para Rousseau, una «aristocracia electiva», en la que «los más sabios gobiernan a la multitud, siempre que se esté seguro de que la gobernarán para el beneficio general, y no para el suyo propio». Además, existe un mecanismo capaz de anular o mitigar las tendencias nocivas del gobierno: las asambleas fijas y periódicas de todo el pueblo, con capacidad para examinar la actuación de los magistrados y de mantenerlos en su puesto o sustituirlos en caso necesario.

Esta institución completa el edificio democrático rousseauiano, cuya cohesión se apoyará, finalmente, en el establecimiento de una «religión civil» obligatoria, basada en unos dogmas «sencillos y en corto número», sin cuya aceptación «es imposible ser buen ciudadano y súbdito fiel». El último capítulo de El contrato social, que Rousseau no había incluido en su proyecto inicial, los resume así: «La existencia de la Divinidad poderosa, inteligente, bienhechora, previsora y misericordiosa; la vida futura, el bienestar de los justos, el castigo de los malvados, la santidad del contrato social y de las leyes, son los dogmas positivos. En cuanto a los negativos, los limito a uno solo: la intolerancia.»

La influencia de su obra política

La renovación introducida por la obra de Rousseau, en contraste con las doctrinas ilustradas y el liberalismo anterior, trae consigo consecuencias de importancia en el terreno de la teoría y la acción política. En este campo, su influencia no se reduce a una sola corriente teórica o práctica, sino que impregna todas las doctrinas y formas de organización política, que, aun en nues-

tro siglo, se verán obligadas a definirse, positiva o negativamente, frente al legado teórico del ginebrino. Así, mientras para el pensamiento conservador y para los teóricos fascistas Rousseau es el principal enemigo, las corrientes democráticas o socialistas tendrán en él a uno de sus más significados inspiradores.

La influencia más directa de su obra se hace visible, como han señalado, entre otros, Groethuysen y Albert Soboul, en los planteamientos políticos de los jacobinos y las masas populares de París en los años de su mayor fuerza política (1793-1794). Sin embargo, la adaptación del pensamiento rousseauiano a la práctica revolucionaria exigió, inevitablemente, la desviación y superación de sus estrictos planteamientos teóricos. Así, las fórmulas de democracia directa fueron sustituidas, en la organización política preconizada por los jacobinos, por un sistema de democracia representativa controlada por el pueblo, para acabar desapareciendo incluso ésta cuando la coyuntura revolucionaria obligó al establecimiento del predominio del Comité de Salud Pública. Como señala Soboul, la semejanza, en cambio, fue mayor en otros terrenos: culto al Ser Supremo, defensa de «una sociedad de pequeños productores independientes, cada uno de los cuales fuera dueño de su campo, su tienda o sus herramientas, y capaz de mantener a su familia sin recurrir al trabajo asalariado», en oposición a la tendencia a la concentración capitalista...

La misma dificultad de adaptar la teoría rousseauiana de la democracia directa a la Edad Contemporánea obligó al pensamiento político democrático del siglo XIX a elaborar doctrinas más complejas y próximas a la realidad. De esta forma, como señala Tierno Galván, la publicación del estudio de Stuart Mill *Considerations on Representative Government*, supone el planteamiento de nuevos problemas (el sufragio, la representación de las minorías...), por lo que «a contar desde Mill, Rousseau es un clásico».

Nota del autor

Sería difícil encontrar una vida más voluble e inconsistente, más trágica y a veces ridícula que la de Jean-Jacques Rousseau. Igualmente sería difícil encontrar un conjunto de ideas que hayan levantado más polémicas que las suyas. Lord Acton consideró que «la pluma de Rousseau ha surtido más efecto que la de Aristóteles, o Cicerón, o San Agustín, o Santo Tomás de Aquino, o ningún otro hombre en el mundo». Estas palabras, dichas por uno de los grandes historiadores ingleses, llaman poderosamente la atención, incluso si no se está de acuerdo con ellas. Se escribieron antes de que los dictadores modernos aparecieran en escena, pero también ellos se dejaron influenciar por las ideas de Rousseau, que todavía tienen eco en todo el mundo. Algunos líderes de las antiguas colonias francesas han recurrido a Rousseau en busca de guía. Fidel Castro llevaba un ejemplar de *El contrato social* en el bolsillo cuando luchaba en Cuba; más tarde se pasó a Karl Marx, para el que Rousseau era sólo un idealista burgués. Sin embargo, Middleton Murry y otros mantienen que no se puede entender por completo el *Manifiesto Comunista* si no se conoce a fondo el programa de Rousseau para la revolución social.

Se quiera o no, Rousseau está todavía ahí, y su vida es un curioso peregrinar lleno de experiencias. En este libro he intentado contar una historia sencilla sin entrar en polémicas sobre si Rousseau inspiró romanticismo, socialismo, anarquismo o comunismo. Lo he escrito a unas doce millas del Lago de Ginebra, lo que proporciona el marco adecuado para comprender la juventud de Rousseau, y el haber pasado mi juventud en París y en Versalles también me ha ayudado para entender su madurez.

Quiero expresar mi agradecimiento al catedrático Bernard Gagnebin y a los señores Jean-Daniel Candaux y Charles Wirz, todos de Ginebra, por toda la información que tan amablemente me han dado.

1. Andanzas de juventud

La familia Rousseau era de origen francés. En el siglo XVI, Didier Rousseau, de Monthléry, se instaló en París y trabajó de vinatero y vendedor de libros. Didier era hugonote, lo cual en la época de Enrique II y Catalina de Médicis suponía un gran peligro para un hombre intransigente en materia de fe y libertad. En 1549 Didier emigró a Ginebra, donde hacía ocho años que Calvino había establecido su estado teocrático protestante. Allí, en Ginebra, Didier se hizo posadero, se casó con una chica de Savoy, prosperó y formó una familia. Uno de sus descendientes fue David Rousseau, nacido en 1641, relojero de profesión y padre de catorce hijos, de los cuales sólo tres sobrevivieron tras superar la infancia. Uno de ellos fue Isaac, nacido en 1672 y que sería el padre de Rousseau. Isaac era un hombre de carácter inestable, arrogante y con mucho genio. Una vez estuvo implicado en

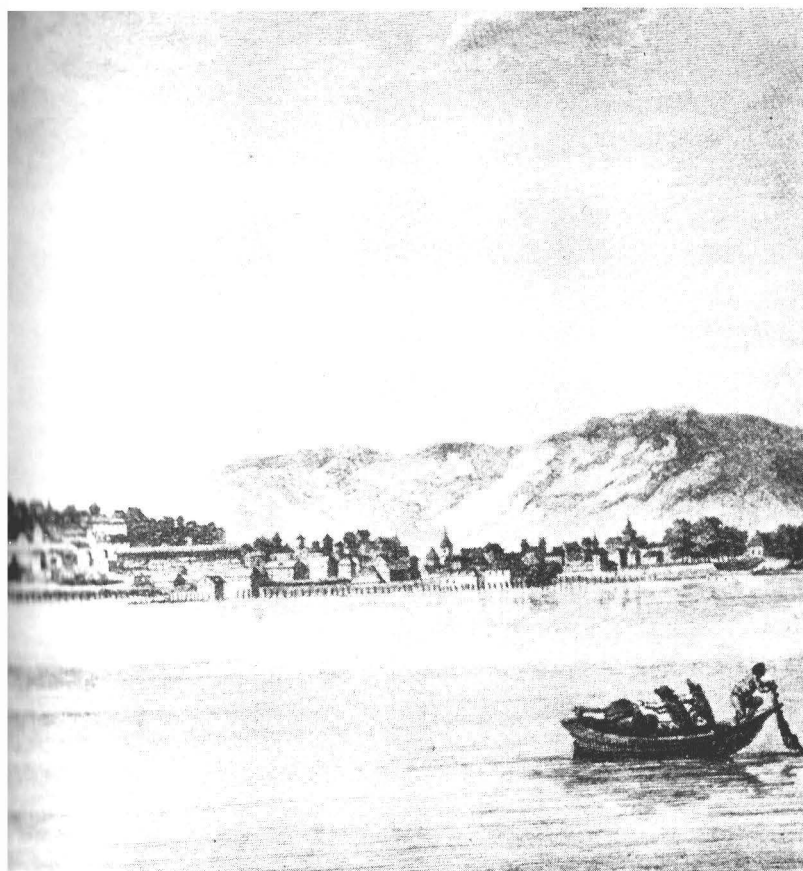


El padre de Rousseau, Isaac, era un hombre irascible e impulsivo que se vio obligado a huir de Ginebra cuando Jean-Jacques tenía diez años, dejándole prácticamente huérfano. Miniatura de principios del siglo XVIII. Biblioteca Pública y Universitaria, Ginebra.



Vista de Ginebra desde la orilla sur del lago. Grabado realizado por Laborde y Zurlauben. British Museum, Londres.

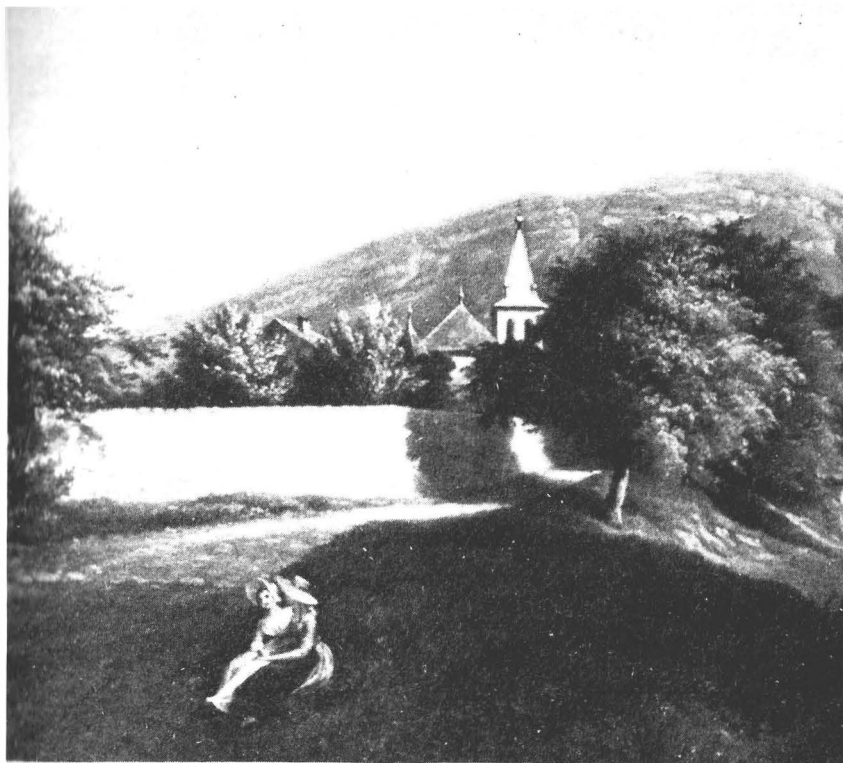
una lucha callejera con Henry St. John, más tarde vizconde de Bolingbroke. La hermana mayor de Isaac, Theodora, se casó con un ingeniero de mucha categoría, Gabriel Bernard, descendiente de una familia noble de Ginebra. Theodora tuvo un hijo a la semana de su boda. Esto supuso un gran escándalo en Ginebra, aunque no era un hecho insólito, ya que el padre de Gabriel Bernard, Jacques Bernard, abuelo materno de Rousseau, tuvo problemas constantemente debido a su inmoralidad. La hija mayor de Jacques Bernard, Suzanne, madre de Rousseau, nació a los pocos días de la boda, en 1673. Suzanne era una mujer atracti-



va, de ojos negros y de carácter muy alegre. En una ocasión fue vista, disfrazada de hombre, presenciando una función al aire libre que representaban unos músicos ambulantes. Esto le costó una grave reprimenda por parte del clero. El 2 de junio de 1704 Suzanne Bernard se casó con Isaac Rousseau, y su primer hijo, François, nació el 15 de marzo de 1705.

Isaac Rousseau fue relojero como su padre, y la familia fue ascendiendo en la escala social de tenderos a artesanos. Durante algún tiempo Isaac abandonó su taller para dedicarse a la música, y se convirtió en profesor de baile. Después del nacimiento de François dejó a su familia y se fue a Constantinopla, donde permaneció seis años trabajando de relojero en un harén. Volvió a Ginebra en 1711 y se enteró de la muerte de su suegra. Allí,





El pueblo de Bossey, cerca de Ginebra. Oleo pintado por Jacques Laurent Agasse, a principios del siglo XIX. Museo Rousseau, Ginebra.

- ◀ *La Gran'Rue de Ginebra. En el número 40 de esta calle (la segunda casa de la izquierda) nació Rousseau el año 1712.*

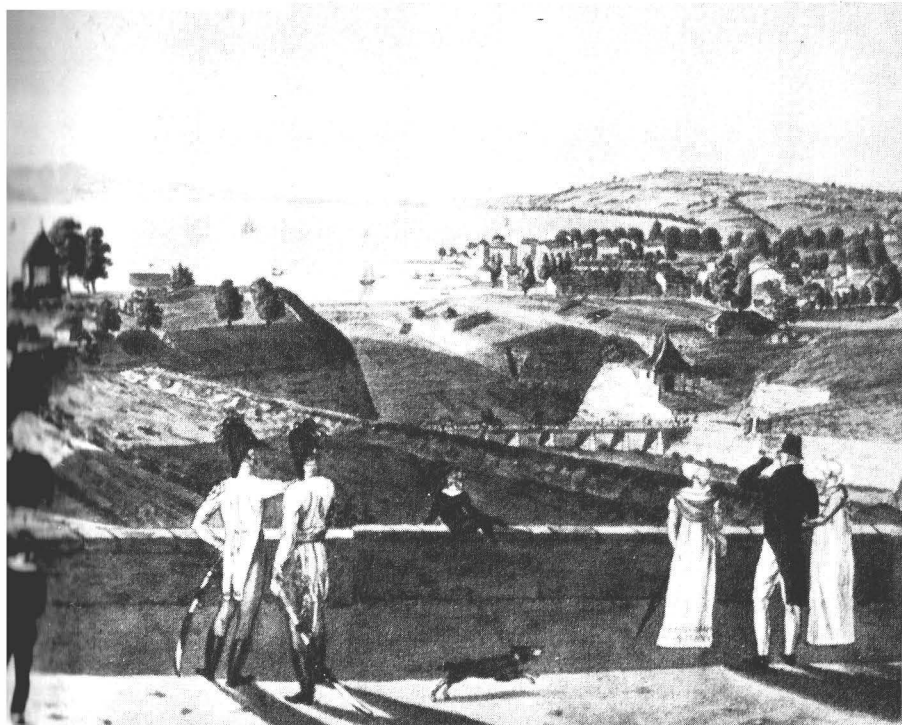
en Ginebra, en su casa de la Grand'Rue, nació Jean-Jacques Rousseau, el 28 de junio de 1712. Su madre murió de fiebres puerperales. A este hecho se atribuyen muchos aspectos del comportamiento de Rousseau a lo largo de su vida. Desde la muerte de su madre, la casa la llevó la hermana pequeña de Isaac, Suzanne. Diez años después, Isaac, que siempre estaba dispuesto a abandonar el taller para ir de caza, penetró ilegalmente en la finca del capitán Pierre Gautier, y, lo que fue más grave, le hirió con la espada. Isaac, orgulloso e igualitario, se negó a ir a la cárcel a menos que su oponente fuera también. Ya que esto era imposible, Isaac se escapó a Nyon, en el vecino País de Vaud. De-



bido a esto, Rousseau se quedó prácticamente huérfano y su tío Gabriel se convirtió en su tutor.

La herencia que Rousseau recibió por parte de padre y de madre revela una mezcla de carácter fuerte, tenacidad, orgullo, inestabilidad, sensualidad y deseo de aventura. Su hermano François se escapó a Alemania y nunca más se supo de él. Muchas de las características de sus antepasados aparecerán también en Rousseau.

Durante algún tiempo, Rousseau fue confiado al pastor M. Lambercier, en Bossey, pueblo cercano a Ginebra. En una ocasión se le acusó de romper un peine, cosa que él no había hecho y por la que el pastor le dio una paliza tremenda. Esta fue



La puerta y el puente levadizo de Rive, Ginebra. Grabado del siglo XIX, publicado por Monty. Biblioteca Pública y Universitaria, Ginebra.

◀ *El arte del grabado y el aguafuerte, aprendidos por Rousseau cuando trabajaba con Ducommun. Grabado de la Enciclopedia, de Diderot, Col. Mansell, Londres.*

la introducción de Rousseau a la injusticia. En otra ocasión, por otro error, la hermana del pastor le propinó otra gran paliza, y esta fue su introducción al masoquismo de manos de Mlle. Lambertier. Más tarde, ya de vuelta de Ginebra, tuvo la misma experiencia, esta vez con una chica, Mlle. Goton, cuando jugaban a los colegios y ella hacía de directora y él de alumno. Estos sucesos explican algunos aspectos de su actitud hacia las mujeres.

En 1725 Rousseau trabajó de aprendiz, primero con un oficinista y después, durante cinco años, con un grabador, Abel Ducommun, hombre joven y brutal. Rousseau había sido un niño alegre y espontáneo, pero ahora, bajo la influencia de su patrón, se convirtió en holgazán y falso y, alternando con malas compañías,



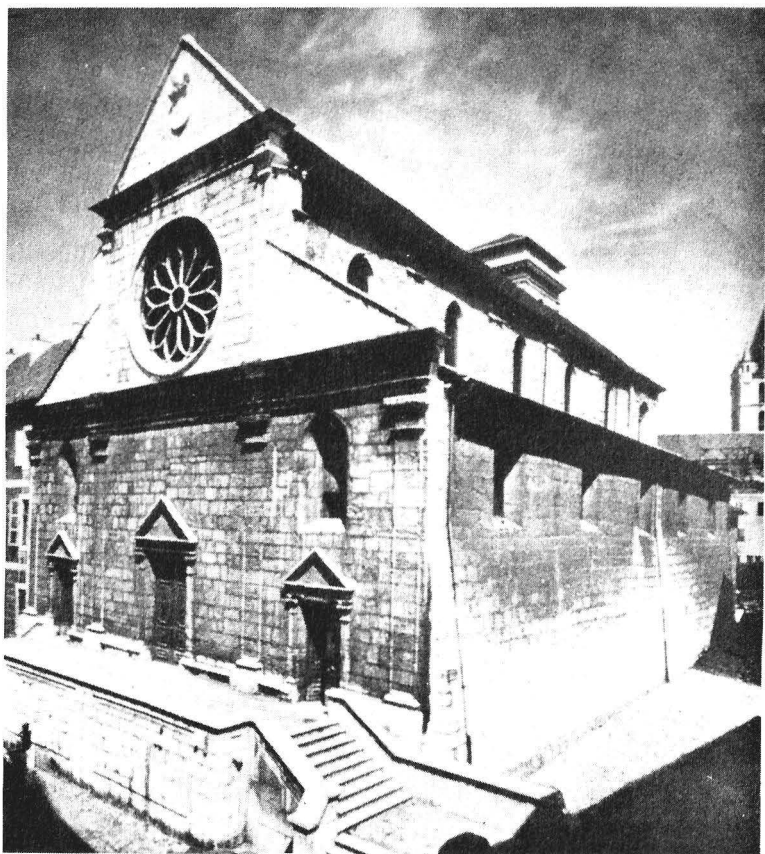
Retrato de Françoise-Louise de la Tour, baronesa de Warens, protectora, mentora y finalmente amante de Rousseau, realizado por un pintor anónimo hacia 1730. Museo Rousseau, Ginebra.

incluso dio en robar. Nunca había ido al colegio y su educación era muy superficial. Cuando vivía con su padre en Ginebra, Rousseau leía novelas de su madre que encontraba por casa; después se interesó por libros más serios y hasta leyó a los clásicos, incluido Plutarco, y, por supuesto, la *Biblia*. Poco a poco se con-

virtió en un lector incansable y devoraba cuantos libros podía sacar de la biblioteca. Esto enfurecía a su patrón, que le daba palizas por leer en horas de trabajo. Como resultado de sus lecturas, Rousseau había adquirido ideas muy superiores a las de su condición social y se sentía degradado y resentido por una autoridad injusta, y así fue como empezó a prepararse para hacer su guerra por la libertad.

El domingo 14 de marzo de 1728 Rousseau fue a pasar el día en el campo con unos amigos y al volver se encontraron con las puertas de la ciudad cerradas, pues normalmente todos los días se cerraban a la caída del sol. Fue entonces cuando Rousseau decidió poner fin a los malos tratos de que era objeto y se escapó a Confignon, pueblo cercano a Ginebra, en el reino de Cerdeña. El cura de Confignon le alojó en su casa, entusiasmado con la idea de convertir al catolicismo a un joven calvinista. Con esta idea le dio una carta de presentación para Mme. de Warens, que vivía en Annecy.

Mme. de Warens tuvo una influencia fundamental en la vida de Rousseau. Françoise-Louise de la Tour era de una familia noble de protestantes de Le Châtelard, cerca de Clarens, en el País de Vaud. Su madre murió al poco de nacer ella, en 1699, y fueron sus tías las que la criaron en un pueblo de al lado, Le Basset. En 1713 se casó con Sébastien-Isaac de Loys, barón de Warens, y fijaron su residencia en Vevey. Mme. de Warens era una mujer obstinada y estrafalaria y que siempre estaba buscando la manera de hacer dinero. En Vevey tuvo muchos problemas por dedicarse a vender vino en la ciudad, ya que ni su marido ni ella eran naturales de allí. El siguiente negocio que emprendió fue una fábrica de medias de seda, que quebró rápidamente. Dado su carácter, fue incapaz de confesar tal fracaso a su marido y a sus amigos, y optó por escaparse. En una ocasión había visitado Aix-les-Bains, en Savoy, y la habían maravillado la libertad y la vida tan agradable que se disfrutaba allí, mientras que el ambiente evangélico y puritano del País de Vaud le resultaba opresivo. Por lo tanto decidió irse a Savoy. De prisa y corriendo, recogió todos sus enseres, dinero y demás objetos de valor, lo cargó en un barco y, a las dos de la mañana del 14 de julio de 1726, salió para Evian. Pese a todo, fue ésta una huida preparada muy cuidadosamente, ya que el rey Victor Amadeo II estaba entonces en Evian y Mme. de Warens se las arregló para hacerse la encontradiza con él un día, cuando el rey volvía de misa, y suplicarle que la protegiera concediéndole una pensión. El rey asintió a sus súplicas, dado que se trataba de una conversa importante que



Iglesia de San Francisco, de Annecy, hoy catedral de San Pedro. Rousseau conoció a Mme. de Warens, el 21 de marzo de 1728, en la puerta de esta iglesia, y el recuerdo de ese día permaneció siempre en su memoria.

podía tener gran influencia para la conversión de muchos herejes suizos, así como llevar a cabo misiones secretas, políticas o diplomáticas, para el rey de Cerdeña. Mme. de Warens abjuró del calvinismo en el convento de la Visitación de Annecy. Esta era la encantadora, culta, romántica, bondadosa y ambiciosa mujer a la que Rousseau había sido recomendado por el cura de Confignon.

Rousseau encontró a Mme. de Warens a la puerta de la iglesia de San Francisco de Annecy, el 21 de marzo de 1728, Domingo de Ramos, y quedó cautivado por sus encantos. Mme. de

Warens leyó la carta del abate de Pontverre y dijo a Rousseau que fuera a su casa y la esperase hasta que ella volviera de misa. Mme. de Warens decidió que tres días más tarde Rousseau saldría para Turín e ingresaría en el Hospicio del Espíritu Santo, donde completaría su conversión al catolicismo romano. Rousseau ingresó el 12 de abril de 1728, y el 23 del mismo mes fue bautizado con los nombres cristianos de Jean-Joseph (Juan José). También tuvo que obtener la absolución del Tribunal de la Inquisición por su anterior vida de hereje protestante. El tiempo que Rousseau pasó en el hospicio le sirvió para comprender hasta qué punto la naturaleza humana puede degradarse, tal como pudo comprobarlo en el caso de algunos *moros* homosexuales que se convertían sólo para pedir limosna amparados en su buena acción.

Llegó el momento en que Rousseau tenía que ganarse la vida. Entonces fue a la tienda de un grabador y pidió trabajo a su mujer, que le recibió. Primero, le fueron entregadas unas placas para grabar, y más tarde trabajaba haciendo facturas y traduciendo cartas. Rousseau estaba prendado de esta mujer, pero su timidez le impedía hacerle la más mínima insinuación. El marido emprendió un corto viaje, y a su vuelta uno de los dependientes, que tenía mucha envidia a Rousseau, le malmetió, y Jean-Jacques fue despedido inmediatamente. Este hecho supuso otra injusticia para Rousseau, quien tuvo que buscar trabajo de nuevo. Después de unos días de búsqueda, empezó a trabajar como lacayo para Mme. de Vercellis. A la muerte de ésta, y mientras se hacía inventario de sus bienes, Rousseau se encaprichó de una cinta rosa y plateada y la robó. La cinta fue echada en falta y más tarde encontrada en poder de Rousseau. Cuando se le pidieron explicaciones por tal hecho, dijo que se la había dado una de las sirvientas, una chica llamada Marion, lo cual era una mentira calumniosa, y Rousseau nunca se perdonó a sí mismo esta acción de falta de honradez. Marion y Rousseau fueron despedidos inmediatamente.

Sin ocupación, holgazaneando, durmiendo en una casa donde los sirvientes sin trabajo podían pasar la noche por un *sou*, Rousseau estaba en peligro de desintegración moral. En una ocasión realizó actos exhibicionistas cerca de un pozo donde sabía que las chicas iban a sacar agua. Esta situación le produjo mucha turbación y le costó mucho trabajo salir de ella. Afortunadamente, tuvo la suerte de conocer a un cura de ideas muy liberales, el abate Jean-Claude Gaime, el cual actuó como su director espiritual y le ayudó muchísimo. Rousseau encontró otro traba-



jo, como lacayo del conde de Gouvon, y también hizo de secretario de su hijo, el abate de Gouvon. Aunque una de sus ocupaciones era servir la mesa, nunca vistió de librea y era evidente que ya destacaba por su erudición. Todo marchaba sobre ruedas por aquel entonces, cuando Rousseau puso fin a la situación llevado por un impulso de acompañar a Ginebra a un antiguo compañero suyo. Consiguió su despido por negligencia intencionada y en junio de 1729 partió con su amigo.

En realidad, nunca tuvo intención de volver a Ginebra, pero Annecy estaba de camino. En Annecy se encontró otra vez con la amable y bondadosa Mme. de Warens, que le recibió muy bien y le dio una habitación en su propia casa. Ella se convirtió en «mamá» para él y él era el «*petit*» para ella. Mme. de Warens nunca había tenido un hijo y Rousseau nunca había conocido a



La plaza del Duomo, de Turín, por la época en que Rousseau vivía en esa ciudad. La calle del fondo de la plaza es la Via Porta Palatino, donde se encontraba el Hospicio del Espíritu Santo. Rousseau ingresó en esta institución el 12 de abril de 1728, con el fin de complementar su conversión al catolicismo. Grabado realizado por Friedrich Bernhard Werner, hacia 1730. Biblioteca Nacional Universitaria, Turín.

una madre. Estaba encariñado con ella y se comportaba con filial devoción en su presencia, pero cuando estaba ausente, el ansia de estar con ella era tal, que le producía dolor físico.

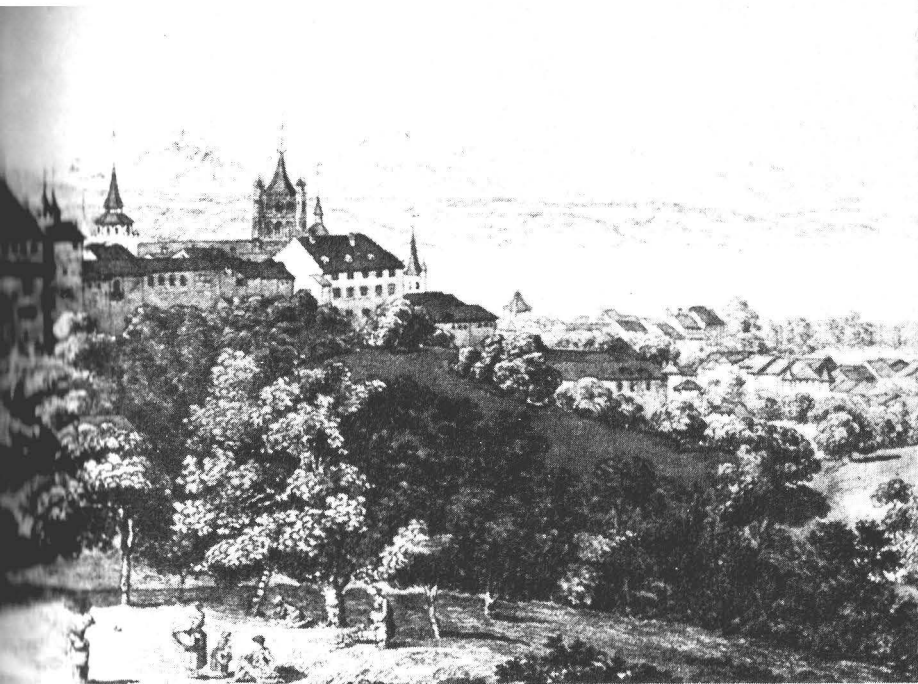
Era preciso buscar una profesión. Por esa época se declaró un incendio en un monasterio al lado de la casa de Mme. de Warens y había peligro de que el viento propagase las llamas a la casa. El obispo de Annecy se personó en la casa y él, Mme. de Warens y Rousseau rezaron de rodillas en el jardín para evitar la tragedia. La dirección del viento cambió en seguida y la casa quedó fuera de peligro. Rousseau firmó un certificado como testigo presencial del «milagro». Teniendo en cuenta su actitud posterior, éste fue un hecho sorprendente; pero entonces estaba de acuerdo con el plan de hacerse sacerdote. Ingresó en el seminario lazarista de Annecy, con una pensión que le daba el obispo,



Cogiendo cerezas, grabado de Pierre Autoine Baudoin (1765) que representa a Rousseau recogiendo cerezas y tirándoselas a Mlle. Galley y Mlle. de Graffenried. Col. particular.

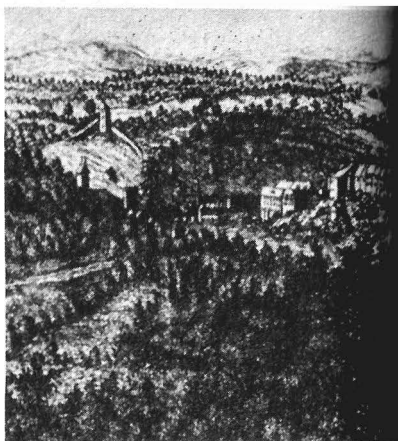
y allí conoció a un cura de ideas muy liberales, el abate Jean-Baptiste Gâtier, con quien intimó mucho. Pero Gâtier se marchó, y a los dos meses de estar en el seminario, Rousseau ya no soportaba quedarse allí por más tiempo.

Como tenía una gran pasión por la música, entró en la escuela de música de la catedral, que dirigía Jacques Le Maistre, a quien Rousseau cogió gran afecto. Pero en abril de 1730 Le Maistre tuvo una discusión con el chantre de la catedral y se marchó. Mme. de Warens le tenía en gran estima y pidió a Rousseau que le acompañara a Lyon. Una vez allí, Le Maistre sufrió un ataque epiléptico en la calle y Rousseau pidió ayuda a la gente que pasaba, les dijo el nombre de la pensión donde el enfermo estaba hospedado y abandonó a su amigo y compañero allí mismo. Este fue otro hecho vergonzoso que Rousseau se reprochó.



Vista de Lausanne, ciudad en la que Rousseau, con el nombre de Vaussore de Villeneuve, se hizo pasar por compositor. Grabado por J. L. Alberli y B. A. Dunker. Museo del Viejo Lausanne.

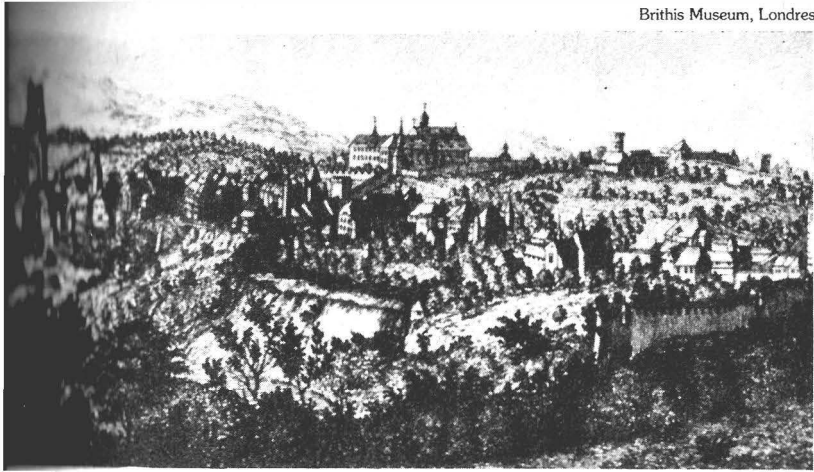
Cuando volvió a Annecy, se encontró con que Mme. de Warrens se había ido a París, probablemente en una de sus misiones secretas. Así, solo, Rousseau empezó un periodo en el que anduvo errante y sin rumbo fijo. Un día fue de paseo a Thônes, donde se encontró con dos chicas a caballo, Mlle. de Graffenried y Mlle. Galley, que estaban pasando apuros para vadear un riachuelo, y Rousseau les ayudó a cruzarlo. Rousseau había heredado los ojos negros y el pelo moreno de su madre y debía de resultar muy atractivo. Las chicas le pidieron que las acompañara y le tomaron el pelo despiadadamente. Mlle. de Graffenried le hizo subir a su caballo y él la agarró fuerte de la cintura para mantener el equilibrio. El corazón le latía tan deprisa que ella lo notaba, y le confesó que el suyo estaba latiendo igual, pero Rousseau era demasiado tímido para poner la mano en el corazón de



Placa colocada en el hotel de la Clef, en Vevey, conmemorando la visita realizada por Rousseau en 1730.

la joven y comprobarlo. Las dos chicas le llevaron a un huerto con cerezos donde él, subido en una escalera, les cogía cerezas y se las tiraba, y Mlle. Galley las recogía inclinada hacia adelante y dejando que las cerezas entraran por el escote de su vestido y le cayeran entre los pechos. Esta debió de ser una experiencia difícil, que hizo pasar un mal rato al nieto del lascivo Jacques Bernard.

De vuelta en Annecy, Rousseau se enteró de que la criada de Mme. de Warens quería volver a su casa de Friburgo y pidió a Rousseau que la acompañase, lo que éste hizo con perfecta corrección. En el camino se detuvo en Nyon para visitar a su padre, quien le recibió con mucha frialdad por haber abjurado de su religión. Desde Friburgo fue a Lausanne para recrearse de nuevo con la vista del maravilloso lago. Allí tuvo la osadía de hacerse pasar por un experto compositor, con el nombre de Vausore de Villeneuve. Sus conocimientos de canto eran bastante buenos, pero no sabía nada en cuanto a composición musical. A pesar de todo, compuso una pieza musical para interpretarla en una casa particular y él mismo dirigió la orquesta. La disonancia era tan grande que los músicos no pudieron contener la risa y empezaron a tocar estrepitosamente hasta producir un sonido ensordecedor. El público quedó horrorizado con tal cacofonía y el incidente no ayudó a Rousseau a encontrar alumnos para dar clases de música; aunque, a pesar de lo ocurrido, todavía encontró alguno.



Vista de Friburgo, ciudad visitada por Rousseau junto al impostor Athanasius Paulus. Grabado de Les Etats et les Délices de la Suisse, de Richat, 1764.

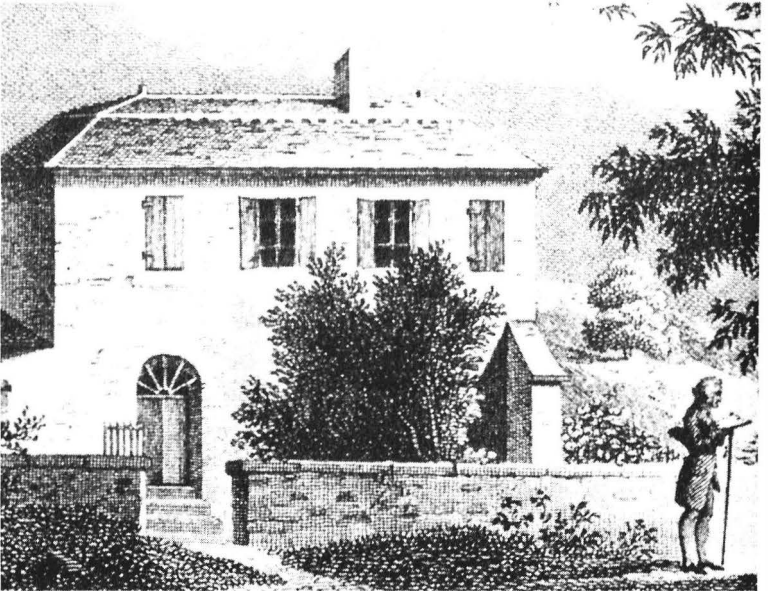
En agosto de 1730 se fue de Lausanne a Vevey, la antigua ciudad de Mme. de Warens, y se hospedó dos días en el hotel de la Clef. Poco después estuvo en Neuchâtel, viviendo todavía de lo que ganaba dando clases de música. En abril de 1731, en una posada en Boudry (donde nació Jean-Paul Marat), conoció a un hombre que decía ser el archimandrita Athanasius Paulus y que decía estar haciendo una colecta para la restauración del Santo Sepulcro. Rousseau intimó con este hombre y trabajó como intérprete suyo, ya que el archimandrita hablaba italiano pero no francés. Los dos juntos continuaron la colecta en Friburgo, Berna y Soleure. Esta última ciudad era la sede del embajador francés, quien desenmascaró al archimandrita impostor y le expulsó. El obispo de Annecy mandó una carta de recomendación al embajador para que ayudase a Rousseau, y como el secretario del embajador tenía un amigo en París, el coronel Godard, que estaba buscando una persona para que cuidara de un sobrino suyo, Rousseau fue enviado a París con más cartas de recomendación y cien francos.

París era La Meca en la imaginación de Rousseau. Allí esperaba encontrar una ciudad de calles anchas, incluso más bonita y simétrica que Turín. Por el contrario, cuando entró por Saint-Marceau (hoy, el barrio que rodea la calle Mouffetard), encontró un laberinto de calles estrechas, sucias y malolientes, llenas de casas inmundas, de pobreza y de vendedores ambulantes



Pobres, por Louis Watteau de Lille, 1795. Col. privada. Escenas semejantes a ésta impresionaron profundamente a Rousseau en su primer viaje a París.

Rousseau leyendo ante Les Charmettes, la casa de campo que poseía Mme. de Warens cerca de Chambéry. Grabado por Gossard. Biblioteca Nacional, París.



y mendigos. Esta repugnante primera impresión se le quedó grabada. En cuanto al coronel Godard, era un rico avariento al que Rousseau no podía aguantar, y en agosto de 1731 emprendió de nuevo su camino, esta vez rumbo a Lyon.

Allí se quedó sin dinero y se vio obligado a dormir en la calle. Un día, un hombre que le oyó cantar le preguntó si sabía música y si podía copiarla. Este encuentro no sólo le salvó de morir de hambre en aquel momento, sino que le enseñó la manera de ganar algún dinero, enseñanza que Rousseau puso en práctica con creces más adelante.

Mme. de Warens se había trasladado de Annecy a Chambéry e invitó a Rousseau a que fuera allí. En otro intento de encontrarle trabajo, le empleó en el catastro municipal de Saboya, donde trabajaba ocho horas al día; allí permaneció desde octubre hasta julio del año siguiente, 1732. Su pasión por la música le alejó del catastro, y volvió a dar clases de música. En seguida se hizo con un grupo de jóvenes alumnas procedentes de las mejores familias de Chambéry. Esto tuvo un resultado inesperado. Mme. de Warens, para proteger a Rousseau de las trampas amorosas que le tendían sus alumnas, le convirtió en su amante, o, mejor dicho, le hizo compartir sus favores con su criado, Claude Anet, un campesino de Montreux que había ido a Saboya y había sido convertido al catolicismo. Anet murió el 13 de marzo de 1734 y entonces Rousseau tuvo a Mme. de Warens para él sólo. Rousseau veía esta relación como incestuosa.

Durante los años siguientes, Rousseau se dedicó a leer vorazmente, como nunca lo había hecho antes. Mme. de Warens alquiló una casa de campo a las afueras de Chambéry, Les Charmettes, que todavía puede verse hoy, lo mismo que el jardín con el pequeño oratorio que ella instaló a la entrada del dormitorio. En esta casa, Rousseau tuvo una estancia idílica y pasó una de las últimas épocas de quietud de su vida.

2. Entre las mujeres y la música

De acuerdo con las leyes de Ginebra, Rousseau, que ahora tenía veinticinco años, ya era mayor de edad. Por eso fue de incógnito a Ginebra y reclamó la herencia de su madre como presunto heredero de su hermano François, del que no se había sabido nada desde su desaparición. Tuvo éxito en su gestión y dio el dinero que obtuvo a Mme. de Warens.

A pesar de la vida feliz de que disfrutaba, Rousseau no se encontraba bien, y se obsesionó con la idea de que tenía pólipos en el corazón, enfermedad entonces frecuente. El especialista que le fue recomendado para que le tratara su enfermedad fue el doctor Antoine Fizes, de Montpellier, el cual figura en las obras de Smollett y en las cartas de Laurence Sterne. Rousseau salió para Montpellier, y en el viaje conoció a Mme. Suzanne-Françoise de Larnage, con quien trabó amistad, haciéndose pasar, sin razón aparente, por un jacobita llamado Dudding, y con la que pronto comenzó a coquetear, aunque fue ella la que le sedujo realmente. Siempre parecía que era la mujer la que daba los primeros pasos. En este caso, Rousseau confesó más tarde que estaba muy agradecido a Mme. de Larnage por haberle dado la oportunidad de vivir un amor apasionado.

El biógrafo de Rousseau, Georges May, ha destacado un aspecto curioso de su vida sexual: con las mujeres rubias, como Mme. de Warens, experimentaba una relación sexual espiritual; con las morenas, como Mme. de Larnage, una pasión erótica. Por esta razón, Rousseau no pensaba que la aventura con Mme. de Larnage implicara ser infiel respecto a Mme. de Warens, ya que, desde su punto de vista imaginativo y emocional, lo que compartía con aquélla era muy distinto a lo que ésta le daba.

Después de pasar el invierno en Montpellier, lo que no le hizo ningún bien ni ningún mal, Rousseau volvió a Les Charmettes, donde encontró que otro criado había ocupado su puesto. Entonces buscó refugio en sus libros. Ya había visto su nombre impreso el año anterior, cuando el *Mercure de France* de junio

A Mm. Le 22^e Aoust 1740.

Madame

Je n'ay jamais douté de la continuation
de vos bontés envers mon fils, vous ne
sauriez vous dementir vous avez l'âme trop
belle, ie ne saurois trop vous remercier
de luy avoir procuré un employ qui le
tire de l'inaction, l'étude est fort belle
mais quand on la pousse jusques a un certain
point & qu'on a pas du bien on doit chercher
des occupations qui donne du pain, ie croy
qu'il se souviendra toute sa vie de ce qu'il
vous doit, pour moy Madame ie ne puis
que vous admirer & faire des vœux continuel
au ciel pour votre conservation & votre prospérité.
j'ay appris depuis quelques iours que mon fils
souffloit si cela étoit vray ie serois fort
affligé car il est impossible qu'une personne
ne se ruine en voulant faire des épreuves
continuelles de chimie il est vray qu'on
trouve des beaux secrets mais il sont plu
utiles aux autres qu'à celui qui a bien
brulé du charbon pour les trouver

Carta, fechada el 22 de agosto de 1740, escrita por el padre de Rousseau a Mme. de Warens dándole las gracias por toda la ayuda prestada a su hijo y, en especial, por proporcionarle el trabajo de preceptor de los hijos de M. de Mably. Isaac menciona también en la carta la enfermedad de Jean-Jacques a consecuencia de un accidente sufrido mientras experimentaba con productos químicos. Biblioteca Pública y Universitaria, Ginebra.

de 1737 publicó una canción con música de M. Rousseau de Chambéry. Ahora seguía escribiendo sobre temas variados en prosa, en verso, canciones y música. Ya tenía confianza en sí mismo; su pluma era pródiga, y su estilo, un modelo de elocuencia. Fue por entonces cuando escribió una ópera corta, *Narciso o el amante de sí mismo* (*Narcisse, ou l'amant de lui-même*), que más tarde tuvo bastante éxito. En una ocasión leyó en un libro escrito por Le Maître de Claville, *Traité du vrai mérite*, lo siguiente: «De vez en cuando nace un alma privilegiada para preservar en el mundo la idea de lo que fue la naturaleza en toda su pureza.» Rousseau estaba convencido de quién sería esta «alma privilegiada». Ya tenía entonces grandes deseos de protagonismo, aunque posteriormente pretendería lo contrario.

Poco después recibió una oferta de Lyon para ser preceptor de los dos hijos del general preboste de esta provincia, M. de Mably; la aceptó, y empezó a trabajar en mayo de 1740. Este trabajo supuso un gran ascenso en la escala de sus contactos culturales, ya que M. de Mably tenía dos hermanos famosos: el abate de Mably, economista y escritor, y Condillac, el filósofo. Los dos iban a figurar en la vida de Rousseau.

Ahora, en su nuevo trabajo, el joven autodidacto estaba enseñando a otros chicos, y sistematizó su trabajo en su *Proyecto para la educación de M. de Sainte-Marie*, un esquema para la educación del hijo mayor de M. de Mably. En este puesto estuvo un año entero —fue el trabajo que realizó por más tiempo ininterrumpidamente—, pero después del año el contrato no le fue renovado y volvió a Chambéry.

Los negocios de Mme. de Warens iban muy mal, sus grandiosos planes habían fracasado y todavía no cobraba la pensión prometida por el rey de Cerdeña. Rousseau escribió varias cartas de negocios, en un estilo magistral, para Mme. de Warens, y poco después de su llegada cayó enfermo.

Durante y después de su convalecencia Rousseau trabajó en un sistema de notación musical que él había inventado. En lugar de notas de formas ovaladas en distintas líneas de dos pentagramas, con signos complicados, él usaba números para representar sonidos, puntos encima o debajo de los números para indicar octavas más altas o más bajas, otros signos para agudas y graves, barras para marcar los tiempos, y todo ello en una sola línea. Le bastaron ocho líneas para transcribir por completo el minué del *Dardanus* de Rameau. Rousseau afirmaba que con su sistema resultaba más fácil transponer sonidos de una tecla a otra y también que facilitaba el aprendizaje de los principiantes.

Chanson Negre⁺

+ j. j. Rousseau	<i>Sisello qu'elles la pleine</i>	sol	3		1	2		3		2	1		6
a fait un air	<i>moi perdi bonheur à moi,</i>				1	5		1		3	5		1
avec la balle pour	<i>yeux à moi Semble fontaine</i>				1	2		3		1	6		1
cette chanson et	<i>D'epis moi pas n'iré toi</i>				6	5		1		3	1		5
La note à la marge	<i>Le jour quand moi coupé l'ame</i>				3	4		5		2	3		2
de la main suivan	<i>mi songés à l'amour moy</i>				1	6		3		4	1		3
la premiere de	<i>La nuit quand moi dans Cabonne</i>				3	4		5		4	3		2
noter qu'est de	<i>Dans dormir moi qu'iré toi</i>				1	6		3		2	1		3
son invention.													5

Ejemplo del sistema de notación musical inventado por Rousseau, usando números para representar sonidos. Biblioteca Pública y Universitaria, Ginebra.

No tenía en cuenta el hecho de que a él le interesaba la melodía y no la armonía.

En agosto de 1742 se fue a París armado con su sistema, sus manuscritos y las recomendaciones de sus amigos de Lyon para personajes famosos, como Fontenelle, el conde de Caylus e incluso el duque de Richelieu, y se hospedó en el Hotel Saint-Quentin, en la calle Cordiers, cerca de la Sorbona. Todo a su alrededor le resultaba deprimente: la calle, el hotel, la habitación; el único consuelo que tenía era que muchas personalidades, como M. de Mably y Condillac, habían vivido allí. En seguida conoció a dos hombres que tendrían gran influencia en su vida: Daniel Roguin, de Yverdon (un amigo para toda la vida), y Denis Diderot (con el tiempo, un enemigo para toda la vida).

El 22 de agosto de 1742 el gran Réaumur en persona presentó a Rousseau en una reunión de la Real Academia de Ciencias y éste dio una conferencia sobre su sistema de notación musical. Esta fue una gran oportunidad para darse a conocer a todas las personalidades científicas destacadas de Francia. La Academia nombró jueces para que dictaminaran sobre la aportación de Rousseau, y éstos elogiaron la claridad en la exposición de su método. Aceptaron que podía ser útil para cantantes, pero muy difícil para instrumentistas y orquestas; añadieron que la Academia nunca daba su aprobación a una composición que no fuera original y de provecho, y la de Rousseau no era ni lo uno, por las razones ya conocidas, ni lo otro, ya que el padre Souhaiti ha-



Retrato de Louise-Marie-Madeleine Dupin, pintado por Jean Marc Nattier. Col. A. Tryer, Rilly-Sur-Vienne. Mme. Dupin, que ofreció a Rousseau el puesto de preceptor de su hijo, estaba casada con un nieto del mariscal de Saxe, y más tarde sería abuela de Aurore Dupin, más conocida como George Sand.

Rousseau, cuando ocupaba el puesto de secretario del conde de Montaigu, embajador de Francia en Venecia. Su nombramiento fue un desastre que acabó con la ruptura de sus relaciones con el conde. Oleo por autor anónimo. Biblioteca Pública y Universitaria, Ginebra.

bía presentado un método de notación parecido sesenta y cinco años antes.

Rousseau se quedó muy disgustado y también resentido ante tal fallo, que él achacaba a la ignorancia del jurado, aunque, de hecho, en él había algunos músicos importantes. Pero estaba decidido a atraerse al público como fuese, y se recluyó en el ático de su hotel a escribir *Disertación sobre la música moderna* (*Dissertation sur la musique moderne*). También quiso demostrar la validez de su método, y empezó a dar clases de música a una joven americana, Mlle. des Roulins, que no tenía ningún conocimiento previo, y en tres meses aprendió a leer y a cantar cualquier tonada mediante su sistema de notación. Su libro fue un poco polémico al principio, pero la polémica pasó pronto y nadie se ocupó más de su sistema de notación musical.

Avido de fama, Rousseau no sabía qué hacer para conseguirla y cambió completamente de tema: ahora se dedicó a escribir sobre cómo hacer una máquina para volar. «¿Por qué los pájaros tienen el privilegio de excluirnos de su medio, cuando los peces nos admiten en el suyo?» Sin embargo, *El nuevo Dédalo* (*Le nouveau Dédale*) nunca pasó de ser un manuscrito.

En 1743 su *Disertación sobre la música moderna* tuvo un efecto inesperado, ya que le sirvió para conocer a Mme. Dupin,



una de las mujeres más ricas y hermosas de París, esposa de un recaudador de impuestos. Mme. Dupin recibió a Rousseau *en déshabillé*, y él fue tan necio que le hizo una declaración amorosa. Como era una mujer con mucho mundo y experiencia, le sometió a un periodo de indiferencia, le dio algunos consejos y le ofreció ser el preceptor de su hijo, Dupin de Chenonceaux, por una temporada. Su hijastro, Dupin de Francueil, y Rousseau se hicieron íntimos amigos, unidos por su afición a la música y su



Entrada al Canareggio, Venecia. Cerca de este canal se encontraba el palacio Toma Quirini, sede de la embajada francesa. Cuadro de autor anónimo. National Gallery, Londres.

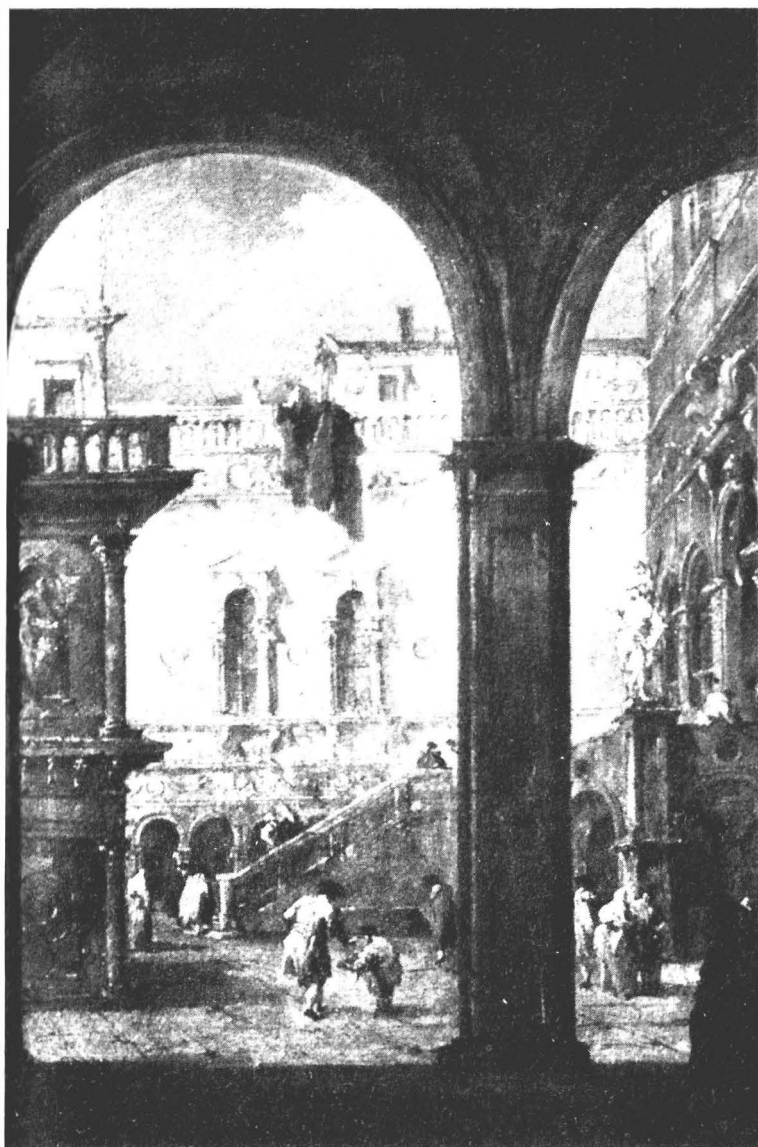


interés por la química. Rousseau dejó el deprimente hotel en que se hospedaba y se fue al Jeu de Paume, en la calle Verdelet, cerca de la calle Plâtrière, donde vivía Mme. Dupin. Al poco tiempo tuvo pleuresía, y durante su convalecencia empezó a escribir un ballet llamado *Las musas galantes* (*Les muses galantes*), que más tarde se representó con éxito. El 26 de junio de 1743 le fue ofrecido el puesto de secretario del embajador de Francia en Venecia, conde Pierre-François de Montaigu, trabajo que no dudó en aceptar.

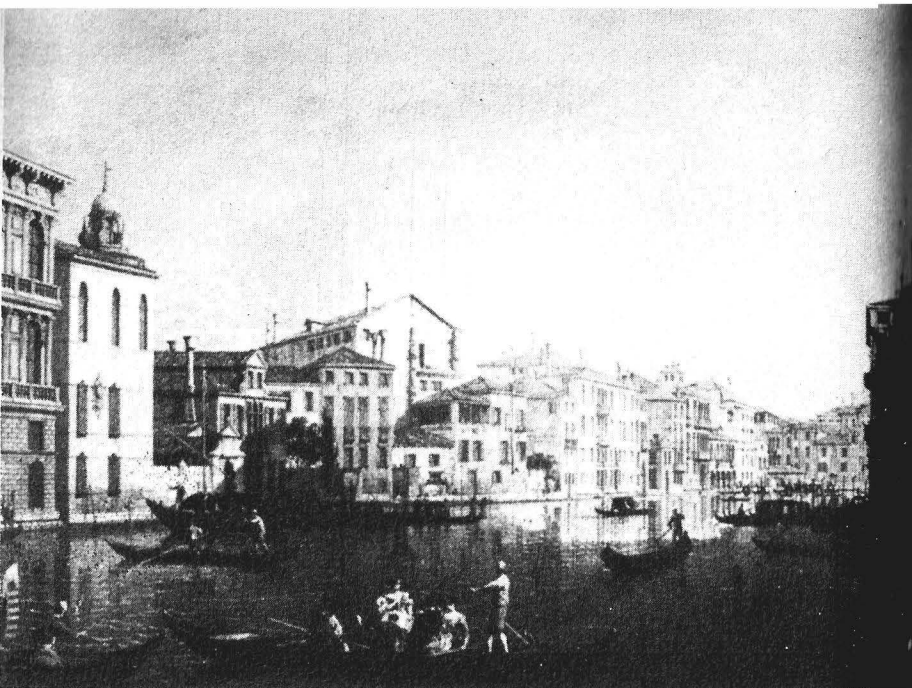
Se fue a Lyon, desde allí siguió el curso del Ródano, paró en Chambéry para hacer una visita breve a Mme. de Warens y llegó a Marsella, donde embarcó para Génova. Allí fue puesto en cuarentena por doce días, y el 4 de septiembre, por fin, llegó a Venecia. Vivía en la embajada, que estaba en el Palacio Toma Quirini, en la Fondamenta delle Penitente, cerca del Canareggio. Desde el primer momento las cosas fueron mal entre el embajador y su secretario, el cual se enojó mucho cuando le dijeron que era el secretario del embajador, no de la embajada. A pesar de todo, era Rousseau quien escribía los mensajes al rey de Francia o a las secretarías de Estado, y las comunicaciones al Senado de la República de Venecia.

Rousseau no se dedicaba a trabajar en la secretaría exclusivamente. Estaba en la ciudad cuna de Casanova y tenía que probar su gran especialidad: las cortesanas. Tuvo una escena con una, llamada «La Padoana», que sirvió para poner de manifiesto, una vez más, que Rousseau siempre desempeñaba el papel pasivo en cualquier relación amorosa. Después de tomar uno de sus refrescos y de oírla cantar, le dejó un ducado en la mesa y se disponía a salir cuando la cortesana, al verle, rechazó el dinero, a menos que se lo ganara. Rousseau, después de estar con ella, no podía entender cómo no le había contagiado ninguna enfermedad. La segunda experiencia fue todavía peor, pues se había hecho a la idea de que Zulietta le proporcionaría un placer apasionado, y nada más lejos de lo que ocurrió. Cuando entró en su habitación y la vio en *vestito di confidenza*, bien por la impresión que tuvo de que pertenecía a otro hombre o bien por el hecho de que tenía un pecho sin pezón, el caso es que se desplomó en el suelo envuelto en lágrimas. La cortesana, para humillarle todavía más, le dijo: «Muchacho, deja a las mujeres y dedícate a estudiar matemáticas.»

Las relaciones con el embajador se hicieron insostenibles cuando éste dijo a Rousseau que no había sitio para él en la cena que darían al duque de Módena y a su séquito. Rousseau pro-



El innegable encanto de Venecia se ensombreció para Rousseau debido a las malas relaciones con su superior, el embajador, y al estrepitoso fracaso de sus aventuras amorosas. Patio veneciano. Oleo por Francesco Guardi. Col. Wallace, Londres.



Uno de los muchos enfrentamientos de Rousseau con el embajador francés en Venecia tuvo lugar cuando éste le privó de su góndola personal. El Gran Canal de Venecia. Oleo del estudio de Canaletto. Col. Wallace, Londres.

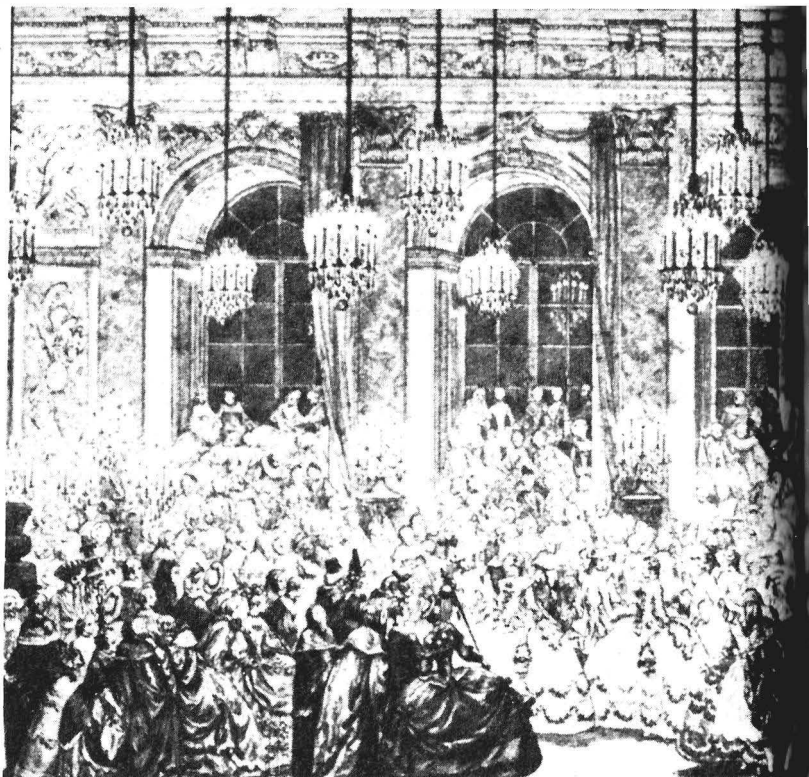
testó enérgicamente, pero sin ningún efecto; aunque, después de todo, la cena con el duque no se celebró. Lo cierto es que protestó indignado, además de por las constantes humillaciones de que era objeto por parte del incompetente embajador, preocupado sólo por las apariencias sociales, por muchas otras cosas: porque le quitaron su góndola personal, por la irregularidad con que le pagaban su sueldo y otros gastos, etc. Después de una discusión muy violenta Rousseau fue despedido, y el 6 de agosto de 1744 dejó la embajada y fue a visitar a su amigo el cónsul de Francia para contarle lo ocurrido. El cónsul le invitó a cenar, cena a la que iban a asistir todos los grandes personajes franceses de Venecia. El embajador no tuvo a nadie a cenar esa noche y, furioso, mandó una carta al Senado de Venecia dando orden de que arrestaran a Rousseau. El augustísimo cuerpo actuó con mucha dignidad y no empezó ningún trámite hasta el 22 de agosto, día en que Rousseau se fue de Venecia. A base de todos estos

incidentes comenzó a formarse la opinión de Rousseau acerca de la alta sociedad francesa.

A la vuelta de Venecia fue por el paso Simplon, y en el camino le causaron gran impresión las islas Borromeas, que más tarde utilizaría en sus escritos. Cuando llegó a París fue al Hotel d'Orléans, en la calle Chantre, cerca del Palacio Real; después vivió con un amigo español en la calle Saint-Honoré y, por último, en su vieja guarida, el Hotel Saint-Quentin. En París intentó cobrar un dinero que el embajador de Venecia le debía, pero su solicitud fue rechazada porque no era súbdito francés y, por tanto, no tenía derecho a compensación alguna. Al conocer esta respuesta escribió una carta al ministro de Asuntos Exteriores suplicando «justicia», pero fue en vano. En esta carta aparece por primera vez el tema que más tarde no dejaría de obsesionarle. Quería una justificación no sólo para su estima personal, sino para que la gente no le tratase como a una víctima de la injusticia. Entre tanto, terminó su ballet *Las musas galantes*, que se representó en septiembre de 1745 en la casa del director de ceremonias y en algunos teatros en Passy. Esto le sirvió de consuelo.

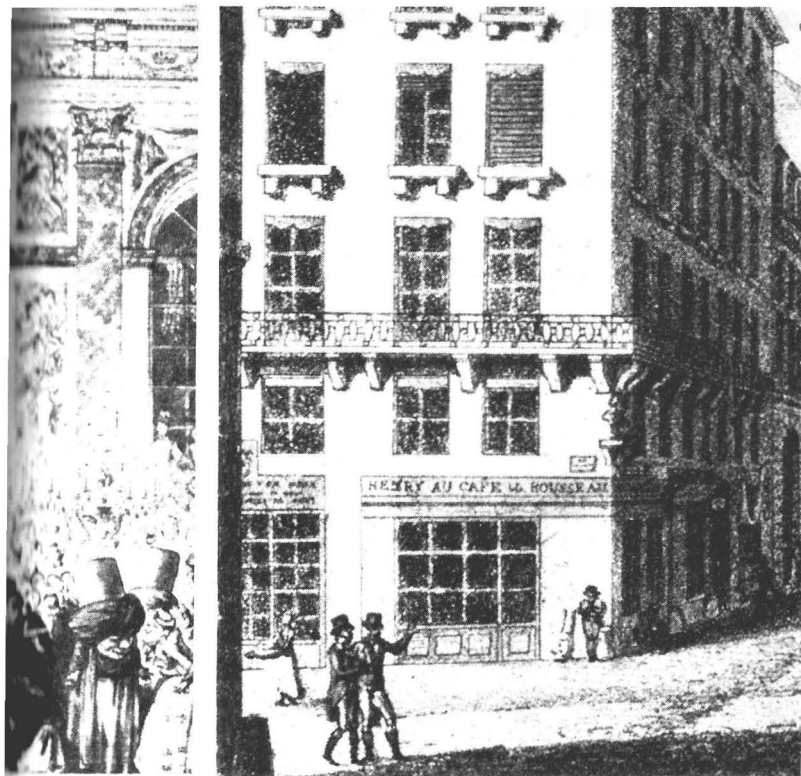
Para la celebración de la boda del Delfín se había encomendado a Voltaire y a Rameau que escribieran y compusieran una comedia para ballet, *La princesa de Navarra*. La hicieron en tres actos, pero el duque de Richelieu quiso que se redujera a un solo acto, y Voltaire rápidamente reescribió el guión y la llamó *Les fêtes de Ramire*. Naturalmente, la música tenía que rehacerse también, y Richelieu se la encargó a Rousseau. El ballet fue representado en Versalles el 22 de diciembre de 1745. Aunque el trabajo de Rousseau fue el más ingrato, su nombre no apareció en el programa ni recibió pago alguno. Como consecuencia del disgusto, se puso enfermo.

Al Hotel Saint-Quentin acababa de entrar a trabajar una lavandera nueva, Thérèse Levasseur, de Orléans. Thérèse también servía las mesas, y los huéspedes se burlaban de ella por sus modales poco refinados. Esto fue suficiente para que Rousseau se pusiera de su parte. Trece años más joven que él, Thérèse se convirtió en su amante, y Rousseau le prometió que nunca la abandonaría ni se casaría con ella. Cumplió la primera promesa, pero no la segunda. Thérèse era analfabeta, y que un hombre como Rousseau, que había llegado a ocupar el puesto de secretario de embajada, se uniera a ella quería decir que sus perspectivas en la sociedad estaban empezando a cambiar. Tuvieron cinco hijos y a todos los metieron en la inclusa nada más nacer. En una car-



Baile de máscaras organizado en Versalles con motivo de la boda del delfín. Rousseau fue el encargado de adaptar la música de un ballet compuesto para esta ocasión por Voltaire (letra) y Rameau (música). Grabado por Cochin el joven.

ta que Rousseau escribió en clave a Mme. de Francueil, justifica su actitud con varios argumentos: primero, tenía una enfermedad incurable de vejiga y se temía que no viviría mucho; además, no tenía dinero y ni siquiera un trabajo estable que le permitiese educar a sus hijos debidamente o dejarles algún legado. Tampoco quería que fuesen educados por la familia Levasseur porque se convertirían en «pequeños monstruos». Así que la mejor solución era la inclusa, donde no recibirían ningún mimo y lo pasarían mejor, y, además, esta era la forma de educación que Platón recomienda en su *República*: los niños deben ser educados por el Estado. En diciembre de 1747 Rousseau y Thérèse se instalaron en el Hotel de Saint-Esprit, en la calle Plâtrière.



Hotel de Saint-Esprit, en la calle Plâtrière (hoy calle Jean-Jacques Rousseau), lugar donde se instalaron Rousseau y Thérèse en 1747. Grabado por C. Last según un original de Lameau. British Museum, Londres.

En aquella época era corriente en París que los hijos ilegítimos fuesen abandonados por sus padres. Mme. du Tencin tuvo un hijo que estuvo expuesto en la puerta de la iglesia de San Jean-le-Rond y le pusieron este nombre, y después añadieron D'Alembert. Rousseau y D'Alembert se conocieron en 1746, cuando éste y Diderot estaban empezando a preparar *La Enciclopedia, diccionario explicativo de las ciencias, las artes y los oficios*. Este era un trabajo para el que ambos estaban muy bien cualificados: D'Alembert era un gran físico y matemático y Diderot tenía muchos conocimientos de biología. En principio pensaron que la *Enciclopedia* sería una traducción de la *Cyclopaedia* de Ephraim Chambers, publicada en Londres en 1728; pero las ciencias y la

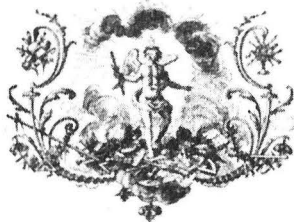
ENCYCLOPÉDIE, OU DICTIONNAIRE RAISONNÉ DES SCIENCES, DES ARTS ET DES MÉTIERS.

PAR UNE SOCIÉTÉ DE GENS DE LETTRES.

Mis en ordre & publié par M. DIDEROT, de l'Académie Royale des Sciences & des Belles-Lettres de Prusse, & quasi à la Partie MATHÉMATIQUE, par M. D'ALEMBERT, de l'Académie Royale des Sciences de Paris, de celle de Prusse, & de la Société Royale de Londres.

*Tantum seras velle quae potest,
Tantum deus aequo iussit honorat.*

TOME PREMIER.



À PARIS,

Chez
 BUISSON, rue de la Harpe, à l'Écu.
 DAVID, Palais National, à la Plume d'Or.
 LE BRETON, Imprimeur ordinaire du Roi, au Salon de Peinture.
 DURAND, rue de la Harpe, à la Lanterne.

M D C C C L I I.

AVEC APPROBATION ET PRIVILEGE DU ROI.



Portada y primera página de la Enciclopedia, editada por Diderot y publicada en 1751. British Museum, Londres.

tecnología habían progresado tanto desde entonces, que decidieron hacerla nueva por completo.

La autorización para la publicación de la *Enciclopedia* fue dada el 21 de enero de 1746 y el primer volumen se publicó en 1751. Rousseau fue invitado a colaborar con artículos sobre música y economía política. La *Enciclopedia* pronto encontró oposición porque, según el fiscal de la Corona francesa, su tendencia era «defender el materialismo, destruir la religión y promulgar la independencia». D'Alembert creyó más prudente abandonar y el trabajo lo continuó enteramente Diderot, quien, con sus colaboradores, formó un grupo que más tarde se conocería por los *philosophes* (filósofos).

3. Contra la sociedad civilizada

Denis Diderot, hijo de un cuchillero de Langres, fue uno de los filósofos y escritores más importantes de su siglo. La base de su filosofía era la preeminencia de la naturaleza. No aceptaba que hubiera un Dios en la naturaleza y mantenía que el universo material está en perpetuo movimiento. Su fe en el naturalismo le hacía rechazar la moralidad cristiana porque negaba los placeres naturales producidos por las funciones naturales. Por lo tanto, rechazaba las llamadas virtudes, tales como la castidad, la modestia y la sobriedad, que se refieren sólo al individuo. Para él la verdadera virtud era la caridad, aplicada a toda la humanidad, y a favor de la cual debían emplearse las ciencias y la tecnología.

En junio de 1749 Diderot publicó un ensayo, *Carta sobre los ciegos*, basado en la vida de un catedrático de matemáticas de la Universidad de Cambridge, Nicholas Saunderson, quien se quedó completamente ciego cuando tenía un año. El tema de su ensayo es que las razones dadas para probar la existencia de Dios, tomando como ejemplo las maravillas de la naturaleza, no significan nada para un ciego. «Si queréis hacerme creer en Dios debéis dejarme tocarle.» Esto era un ataque directo a la supuestamente infinita compasión de Dios y un argumento en pro del materialismo, lo que fue suficiente para que Diderot fuera metido en el calabozo del Castillo de Vincennes, el 24 de julio de 1749, sin juicio previo. Cuando Rousseau se enteró de lo ocurrido a su amigo, se enojó mucho y, con una mezcla de servilismo y descaro que pronto sería muy corriente en él, escribió una carta a Mme. de Pompadour pidiéndole que Diderot fuera puesto en libertad o, de lo contrario, que también él fuera encarcelado.

Un mes después Diderot continuaba en el calabozo, pero en condiciones un poco menos rigurosas, y Rousseau fue a visitarle. En el camino de París a Vincennes vio un anuncio en un periódico en el que la Real Academia de Dijon ofrecía un premio al mejor ensayo sobre si el restablecimiento de las artes y las ciencias había contribuido al perfeccionamiento de la moral. Los aca-



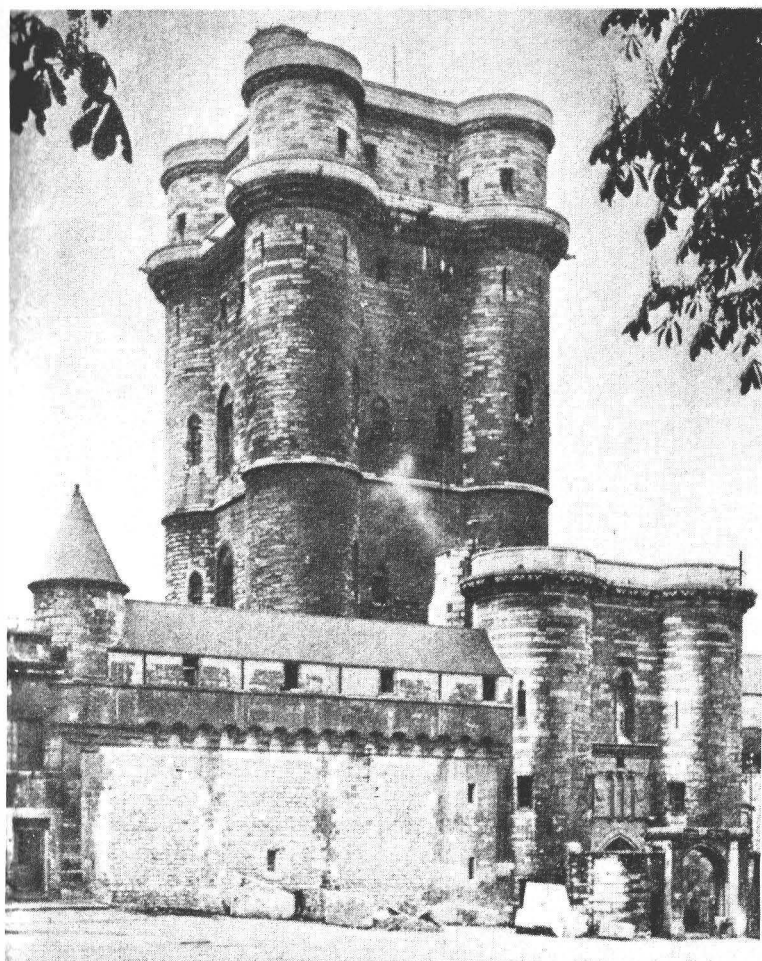
Denis Diderot, editor y principal autor de la Enciclopedia. Varias de sus obras fueron condenadas, y una de ellas, Carta sobre los ciegos, se consideró una blasfemia tal, que su autor fue encarcelado en un calabozo del castillo de Vincennes. Retrato por L. M. van Loo, 1767. Museo del Louvre, París.

El castillo de Vincennes, la fortaleza del siglo XIV en la que fue encarcelado Diderot el 24 de julio de 1749. ►

démicos de Dijon no podían imaginar, al proponer un concurso sobre tal tema en plena época de la Ilustración, que estaban dando comienzo a algo que no ha terminado todavía en nuestros días. Para Rousseau, la pregunta era una revelación; en un instante vislumbró que la respuesta resolvería todos sus problemas. La pregunta le permitía revelarse a sí mismo y deleitarse con la venganza que se iba a tomar por todas las injusticias que había sufrido. Su respuesta sería sin duda un no rotundo.

El progreso de las ciencias y las artes había dado lugar a un mundo artificial y corrompido, en el que la sociedad colmaba de riquezas y privilegios a los que ya los poseían e imponía toda clase de privaciones y miserias a los que no tenían nada. Además, los ricos, que se enorgullecían de sus modales y degeneradas costumbres, estaban llenos de vicios. «Nuestras almas se han corrompido hasta tal extremo, que las artes y las ciencias han progresado.» ¿De dónde pueden haber venido estos abusos sino de la fatal desigualdad que el hombre introdujo, con la consiguiente degradación de las virtudes? La guerra a la desigualdad sería la clave del pensamiento de Rousseau.

En su *Discurso sobre las ciencias y las artes* (*Discours sur les sciences et les arts*) condena de manera especial la invención de la imprenta por permitir dejar constancia para la posteridad de los peligrosos sueños de Thomas Hobbes, quien no creía en la primitiva virtud del hombre. Omar había dado orden de que-



mar la biblioteca de Alejandría. Si Gregorio el Grande hubiese estado en el lugar de Omar y los *Evangelios* en el lugar del *Corán*, ¿habría sido diferente el resultado? Los gobernantes deberían tener el mismo interés en prohibir la imprenta en sus reinos que habían tenido en introducirla.

La época más dichosa que el ser humano disfrutó fue cuando no existían las ciudades, el arte ni las ciencias; antes de que éstas introdujeran el lujo, la relajación de la moral y la esclavitud en la sociedad, castigos que el hombre se imponía a sí mismo,



producto de su vanidad, para salir del feliz estado de ignorancia en el cual la eterna sabiduría le había puesto en la naturaleza. Un hombre que piensa es un animal depravado. La astronomía nació de la superstición; la elocuencia, de la ambición, las mentiras, el odio y la adulación; la geometría, de la avaricia, y la física, de la vana curiosidad. Todas estas ciencias proceden de la vanidad humana. El arte y las ciencias son el producto de nuestros vicios. ¿De qué serviría el arte si no existiera la riqueza para mantenerlo, o la historia si no existieran tiranos, guerras y conspiraciones?

A la paradoja de Rousseau le fue otorgado el premio y fue publicada. El jurado no pudo llegar a esta conclusión por el contenido, pero, sin duda, debió de quedar impresionado por la belleza de su estilo, la originalidad de sus ideas y quizá por sus valores sensacionalistas. Sea como fuere, desde el momento de su publicación Rousseau saltó a la fama, que era lo que su vanidad anhelaba, a pesar de que más tarde lo negara. Pero el efecto más grave, y que tendría que sobrellevar toda su vida, era que el hombre se había convertido en prisionero del autor y ya siempre tuvo que mantener esta paradoja. Este primer *Discurso* fue una proeza nada despreciable: escribir un libro para probar que la litera-

Retrato de Jean-Jacques Rousseau. Grabado realizado a partir de un mármol original, esculpido del natural, existente en el gabinete de M. Denou. Biblioteca Nacional, París.



◀ *Un ejemplo de las injusticias sociales que Rousseau condenaba: una dama de la alta aristocracia se entrevista con un juez para conseguir su favor. Grabado por N. Arnoult, siglo XVIII. British Museum, Londres.*

tura es dañina. La misma contradicción de base aparecerá en todas sus obras posteriores sobre el teatro, las relaciones matrimoniales, la educación o las instituciones políticas.

En enero de 1750 Rousseau y Thérèse se cambiaron al Hotel del Languedoc, en la calle Grenelle-Saint-Honoré. Por entonces estaba bien encaminado hacia el éxito, rodeado de un amplio círculo de amigos cultos y prestigiosos. Su vida transcurría en tres niveles diferentes. Uno, con los Dupin, para quien trabajaba de secretario y administrador, ganando un buen sueldo y disfrutando de su lujosa casa de París y de su maravilloso castillo de Chenonceaux, a las orillas del Loira. Otro, alternando con sus ilustres amigos Diderot y Condillac, con los que comía una vez a la semana en el Panier Fleuri, en el Palacio Real, para discutir de filosofía. Por último, por las noches cenaba en la sucia vivienda que la familia Levasseur tenía al final de la calle Saint-Jacques. Pronto se dio cuenta de que no podía continuar así y que tenía que ser consecuente con los duros ataques que había hecho públicamente contra los ricos viciosos y la sociedad en general. Debía predicar con el ejemplo. Por lo tanto, renunció a su trabajo con los Dupin; ésta era la primera vez en su vida que se iba de un trabajo voluntariamente; hasta entonces siempre le habían

Le nocher loindu rivage Lutte en vain contre l'o.
 Quand il voit regner sur l'on des La nuit p
 son de Le vent s'augmen
 te Il perd l'es poin
 Ainsi mon coeur qu'amour tourmente Par son poi
 voir est enporté

LE DEVIN DU VILLAGE INTERMÈDE

RÉPRÉSENTÉ A FONTAINEBLEAU

Devant leurs Majestés

les 18 et 27 Octobre 1752.

ET A PARIS PAR

l'Académie Royale de Musique

le 1^{er} Mars 1753.

PAR

J. J. ROUSSEAU.

Crus par M^{rs} Vaublanc depuis le 1^{er} Pluche jusqu'à la fin

Peix 9^{ll}.
A PARIS

Chez M^{rs} de la Roche au Palais National
 Chez M^{rs} de la Roche au Palais National
 Et à la Boutique de l'Opéra

AVEC PRIVILEGE DU ROY.



despedido. Para ganarse el pan recurrió a lo que en una ocasión, en Lyon, le había salvado la vida: copiar música. Todavía había demanda para este tipo de trabajo para orquestas y coros.

Este era solamente el primer paso de su «reforma». Se había convertido en un simple *citoyen* (ciudadano), pero todavía mantenía buenas relaciones con sus amigos ricos. Entre tanto volvió a su música y compuso una ópera, *El adivino del pueblo* (*Le devin du village*), que se estrenó en Fontainebleau el 18 de octubre de 1752, ante Luis XV y la corte. Al día siguiente el rey le iba a recibir en audiencia y, probablemente, le asignaría una pensión, pero Rousseau se fue de Fontainebleau antes de que la audiencia tuviera lugar. Sus problemas urinarios le estaban afectando cada vez más, y no quería asistir a ningún acto importante del que no pudiera retirarse fácilmente para atender a sus necesidades.

El adivino del pueblo tuvo mucho éxito en París, y el Théâtre Français representó su *Narciso, o el amante de sí mismo*, cuyo texto había retocado el poeta Marivaux. En 1753 Rousseau publicó esta obra con un prólogo nuevo en el que otra vez atacaba violentamente las artes y las ciencias, replicando a los que le acusaban de inconsecuencia con sus principios por atacar sus efectos devastadores mientras se dedicaba a la literatura, la música y el teatro. Su defensa fue una obra maestra de sofisma dialéctico: si los hombres fueran juzgados por sus actos, no habría ningún cristiano en la tierra. La intención es lo que cuenta, no la acción. Amparado en esto, Rousseau afirmaba que su comportamiento, al escribir libros y obras de teatro, podía no ser bueno, pero que eso no significaba que sus principios de condena de la literatura y el teatro fueran malos. Esta artimaña dialéctica era similar al giro que él daba a la práctica normal de juzgar el carácter del hombre por sus obras; por el contrario, decía, sus obras debían juzgarse por su carácter, que era, naturalmente, «bueno». Con todas estas contradicciones internas y con tantas inconsecuencias justificadas, se estaba engañando a sí mismo, y continuaría haciéndolo cada vez más.

▼ Una de las páginas de música copiadas por Rousseau después de renunciar a su trabajo con los Dupin. Biblioteca Pública y Universitaria, Ginebra.

■ Portada de la ópera de Rousseau, *El adivino del pueblo* (Biblioteca Pública y Universitaria, Ginebra), y grabado de la misma obra con dos de sus protagonistas, Colette y el adivino (Biblioteca Nacional, París).



Grabado de la ópera *Narciso*, de J. J. Rousseau, publicada en 1753 con un prólogo en el que el autor atacaba violentamente las artes y las ciencias. Biblioteca Pública y Universitaria, Ginebra.

En 1753 volvió a la música y publicó *Carta sobre la música francesa* (*Lettre sur la musique française*), pero esta vez sin mucho éxito. Se repetía el caso de su preferencia por la melodía y no por la armonía, y por lo tanto prefería la música italiana a la francesa. En su *Carta* difamaba a la música francesa por su complicada armonía: «La música francesa es un continuo ladrido.» Esta afirmación le trajo grandes problemas. Por un lado, los franceses se preguntaban qué derecho tenía un suizo de referirse a la música francesa como «nuestra música» y, por otro, la orquesta de la Opera de París colgó una efigie suya en señal de protesta y le anuló el privilegio que tenía de entrar en la Opera.

Ese mismo año, 1753, la Academia de Dijon anunció otro premio para un ensayo sobre el origen de la desigualdad entre los hombres y si ésta era castigada por la ley natural. El concurso brindaba a Rousseau la inesperada oportunidad de ampliar la teoría que había expuesto en su primer *Discurso* y extenderse en su condena a los vicios y perversidad de la sociedad. Esto merece una atención especial, ya que determinó todo lo que escri-

DISCOURS

*SUR L'ORIGINE ET LES FONDEMENTS
DE L'INEGALITE PARMY LES HOMMES.*

Par **JEAN JAQUES ROUSSEAU**
CITOTEN DE GENÈVE.

*Non in depravatis, sed in his quæ bene secundum
naturam se habent, considerandum est quid sit na-
turale. ARISTOT. Politic. L. 2.*



A AMSTERDAM,

Chez. MARC MICHEL REY.

M · D · C · C · L · V.

Portada del Discurso sobre el origen de la desigualdad entre los hombres,
de Rousseau, publicado en Amsterdam, en 1755. British Museum, Londres.

bió posteriormente, siendo siempre él mismo el punto de referencia. La mejor forma de describir el *Discurso sobre el origen de la desigualdad entre los hombres* (*Discours sur l'origine de l'inégalité parmi les hommes*) es citar algunas de las ideas que expone y examinar su validez.

El comienzo no era muy prometedor, ya que el prólogo decía: «Empecemos por descartar todos los hechos, porque nada tienen que ver con la pregunta.» Es verdad que por aquel entonces había pocos hechos establecidos sobre las condiciones de vida del hombre primitivo, pero había algunos, que Rousseau rechazó y sustituyó por otros, producto de su imaginación, llegando a hacer afirmaciones como ésta: «En ese estado primitivo sin cobertizos, sin casas, sin ninguna propiedad privada, cada individuo encontraba un alojamiento fortuito, a veces cada noche en un sitio; los hombres y las mujeres se conocían y se emparejaban por casualidad, según la suerte, las circunstancias y el deseo.»

Su condena a la sociedad le obligaba a creer que el hombre, originalmente, no era un ser sociable. Es curioso que no prestara ninguna atención a la descripción que Buffon había hecho de los monos, en la que decía que formaban grupos y vivían juntos. Esto debería haber indicado a Rousseau que los ancestros del hombre ya eran animales sociales mucho antes de que llegasen a ser hombres.

La monstruosa y absurda afirmación de Rousseau de que una mujer, después de dar a luz, no tenía por qué necesitar al padre de su hijo más que antes de conocerle por azar, había sido ya denunciada como falsa por John Locke. Este, en su obra *Tratados de Gobierno*, publicada en 1690, manifestaba que la unión entre el hombre y la mujer no tenía como único fin la procreación, sino que debía durar, por lo menos, el tiempo necesario para criar y enseñar al recién nacido hasta que fuera capaz de valerse por sí mismo. Rousseau conocía la obra de Locke y la rechazaba con argumentos muy pobres y retorcidos, diciendo: «Aunque podría ser beneficioso para la especie humana que la unión del hombre y la mujer fuera permanente, esto no quiere decir que haya sido establecida por la naturaleza; pues si no, habría que decir que la naturaleza ha instituido también la sociedad civilizada, las artes, el comercio y todo lo que es útil al hombre.» Es decir, la filosofía de Locke tiene que ser falsa porque la de Rousseau tiene que ser verdadera.

«Según la opinión unánime, los hombres son, por naturaleza, iguales entre sí, como lo son los animales de una misma es-

LES ILLUSTRES FRANÇAIS.



Retrato alegórico de Georges Louis Leclerc, conde de Buffon, autor de la Historia natural, obra que marcó un hito en biología y literatura, y por la que Buffon llegó a ser miembro de la Academia Francesa.

pecie.» Esta afirmación es rebatida por la genética y la antropología, que han demostrado que los grupos de animales superiores tienen jerarquías instintivas, que les dan prioridades diferentes en cuanto a ocupación de territorio, a la búsqueda de pareja y a la obtención de comida. Todo hace suponer que el hombre primitivo era similar a estos animales.

«Yo pregunto, ¿qué evidencia hay para afirmar que en los países donde la medicina apenas se practica la esperanza de vida es más corta que en los países donde la medicina se ejerce con asiduidad...? Con tan pocas fuentes de enfermedades, el hombre en un estado natural necesita pocos remedios y pocos médicos.» Quizá no proceda enfrentar las afirmaciones de Rousseau con las estadísticas hechas por las Naciones Unidas: en 1975 la esperanza de vida para los varones nacidos en Gran Bretaña se ci-

fraba en 70 años, en la India, 50, y en Guinea, 39. Pero sí procede decir que enfermedades como la malaria, la enfermedad del sueño y muchas otras, e incluso el hambre, han sido atajadas gracias al progreso de la medicina, la dietética, la agricultura y la pesca, progreso que el hombre primitivo, por el que Rousseau aboga, nunca hubiera realizado. Tampoco tiene Rousseau ninguna base sólida cuando afirma la ausencia de enfermedades entre el hombre primitivo y los animales, ya que los fósiles presentan claras evidencias de problemas patológicos, como artritis, osteítis, caries dentales, etcétera.

«La conmiseración entre los animales es más sincera, porque un animal que ve sufrir a otro se identifica profundamente con su dolor... Por lo tanto es verdad que la compasión es un sentimiento natural.» El poeta William Cowper tenía tres liebres y observó que cuando una estaba enferma las otras dos la atacaban para aumentar su sufrimiento. Darwin observó lo mismo con una manada de vacas de Chillingham, y cualquiera que observe detenidamente a los mamíferos o a los pájaros podrá comprobarlo. Hay pruebas de que en los comienzos de la evolución del hombre ocurría esto mismo. El cráneo del hombre del Paleolítico hallado en el Monte Circeo muestra que después de muerto se le cortó la cabeza y se le rompió la caja del cráneo, sin duda para sacarle los sesos y comerlos. Lo mismo se ha podido ver en el hombre de Pekín, en el hombre del Neanderthal de Krapina, Ehringsdorf, Ngandang y Steinheim, y en el hombre de la Edad de Bronce de Wansleben. El hombre de Tolund fue estrangulado. Es posible que muchos de estos actos de violencia se cometieran por ritos religiosos que incluían sacrificios humanos, como los que se pueden ver en las pinturas de las cuevas de Adaurá, cerca de Palermo. En cualquier caso, aportan una refutación completa a la afirmación de Rousseau de que la compasión es un sentimiento natural.

«El primer individuo al que, tras haber cercado un terreno se le ocurrió decir “esto es mío” y encontró a gentes lo bastante simples como para hacerle caso, fue el verdadero fundador de la sociedad civilizada.» En esto Rousseau estaba más acertado, pero ignoraba por completo quién fue ese primer malhechor que proclamó el derecho a la propiedad privada. Este instinto es natural en los animales y está particularmente desarrollado en los mamíferos y los pájaros. Estos, cuando tienen que alimentar a sus crías y necesitan un terreno grande para buscar comida, marcan las fronteras de su territorio; los pájaros lo hacen con el canto, y los mamíferos depositando excrementos.



El moralista. *Biblioteca Nacional, París.* Rousseau condenaba tajantemente a la sociedad civilizada en su *Discurso sobre la desigualdad*.

Todas las fantasías en las que Rousseau basa su afirmación de que el hombre es «bueno» por naturaleza pero que la sociedad civilizada le corrompe son falsas. Nadie puede escribir una historia conjetural del hombre primitivo sin conocimientos de biología, antropología y sociología, y Rousseau no los tenía. Su segundo *Discurso* también pone de manifiesto su metodología errónea. Dado como era a hacer afirmaciones arbitrarias, se hubiera escandalizado si alguien le hubiera citado las famosas palabras de Bossuet: «El mayor error de la mente es creer las cosas como uno quiere que sean, y no creerlas como uno ha visto que son.» Tampoco le hubiera gustado la respuesta que Oliver Cromwell dio a los comisarios escoceses: «Os suplico, por las entrañas de Cristo, que consideréis la posibilidad de que podéis estar equivocados.» Rousseau estaba convencido de que tenía razón en todo lo que decía, pensaba, afirmaba o predicaba.

Rousseau, como otros muchos hombres, se intoxicó con su propia propaganda, de ahí la certidumbre de su convicción. Habiendo demostrado al mundo, de forma satisfactoria para él, que antes de que la civilización arruinara al hombre éste era un ser libre y virtuoso, ahora proclamaba estas virtudes en él mismo, ya que él se había liberado de la corrupción de la sociedad por su «reforma», y así había recuperado la «bondad» natural. Su mayor pesar era que no le estaba permitida la «libertad natural». Esta absolución moral que él mismo se otorgó tuvo gran repercusión.

Entre los muchos comentarios que se podrían hacer al segundo *Discurso* de Rousseau, hay uno que es importante mencionar. Como él mismo dijo, descartó los hechos y los sustituyó por lo que él consideraba que eran argumentos, pero que, en realidad, eran sólo quimeras. Es difícil que haya habido un hombre con una imaginación más poderosa que la suya. Rousseau admitió que, desde su adolescencia, se masturbaba porque encontraba más placer así que con una compañera de carne y hueso, ya que sus imaginarias compañeras eran un dechado de cualidades y reunían todo lo que él deseaba en una mujer. Como su imaginación trabajaba constantemente para proporcionarle todos los placeres que sus sentidos no le podían dar, en tal estado de eferescencia también trabajaba en sentido opuesto. Así, inventaba temores y fobias de enfermedades, o conspiraciones de enemigos para privarle de sus derechos y libertad, o, y esto era lo peor, gente que hacía malévolas deformaciones de sus obras y de su pensamiento para desacreditarle a los ojos de la posteridad. Estos sentimientos se le agudizaron con los años.

4. Elogio de la vida sencilla

En 1754 Rousseau piensa que su «reforma» le exige vincularse de nuevo con su ciudad natal, y decide dedicar su segundo *Discurso* a la República de Ginebra. (Por cierto, esta vez no ganó el premio de Dijon). Ahora tenía que abandonar el catolicismo que tan superficialmente había abrazado. De camino a Ginebra, él y Thérèse fueron a Chambéry a visitar a Mme. de Warens, a quien encontraron muy mal y en clara decadencia. Habían fracasado sus esfuerzos por abrir una fábrica de jabón, y también sus minas de acero y carbón. Años después, Rousseau nunca se perdonó el haber abandonado a Mme. de Warens entonces, cuando estaba sumida en la miseria y en la desgracia y necesitaba su ayuda.

En Ginebra Rousseau fue catequizado por los pastores, a quienes causó buena impresión, si bien con ciertos reparos, debido a Thérèse, ya que no tenían ninguna prueba de su matrimonio y, sin embargo, compartían la misma habitación. Los pastores hicieron algunas concesiones y el problema se subsanó con el pretexto de que la presencia de Thérèse era continuamente requerida para atenderle a causa de su enfermedad incurable de vejiga. El 1 de agosto de 1754 fue readmitido en el seno de la Iglesia calvinista, adquiriendo así los derechos de ciudadano ginebrino.

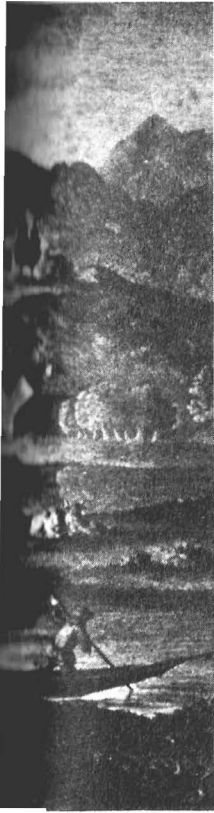
En septiembre hicieron un viaje en barco, con algunos amigos, por el Lago de Ginebra y visitaron Coudrée, Meillerie, Vevey, Lausanne, Morges y Nyon. A pesar de que Rousseau afirmaba su preferencia por el campo, de hecho era un hombre de ciudad, y este viaje le permitió recoger «material», especialmente del este del lago, de Meillerie, Clarens y de la parte del País de Vaud. En 1816 Shelley y Byron hicieron un viaje parecido, una peregrinación a los lugares «santificados» por Rousseau.

La vuelta de Rousseau a Ginebra no fue un simple acto de patriotismo y filial devoción, significó mucho más; aclara muchos aspectos básicos de su vida y de su obra. Sus ancestros en Gi-



Vista del Lago de Ginebra que reúne los ideales ensalzados por Rousseau: naturaleza, campesinos, casas de campo; sin ciudades, fábricas ni lujos. Grabado del siglo XVIII. British Museum, Londres.

nebra habían vivido durante ciento cincuenta años en un ambiente calvinista y de democracia republicana, totalmente ajenos al florecimiento de los genios literarios franceses del siglo XVII, como Corneille, Molière y Racine. La Ilustración del siglo XVIII fue el resultado del trabajo de estos predecesores, pero la alta sociedad francesa se aprovechó de ellos para dar rienda suelta a su irreligiosidad e inmoralidad. En Ginebra se sabía muy poco de música, aunque muchos familiares de Rousseau eran muy aficionados a ella. Se podía suponer la reacción de la clase media republicana de Ginebra cuando Rousseau se sumergió en la brillantez de la vida literaria y musical de París, en la monarquía abso-



En 1755, con motivo de la crítica de Voltaire al segundo Discurso de Rousseau, comenzó una tensa y agria relación entre los dos escritores. Retrato de Voltaire, por Gardelle. British Museum, Londres.

luta de Francia; lo que no se podía predecir era la influencia que este ambiente francés tendría en Rousseau.

Al año siguiente, 1755, Voltaire se instaló en Ginebra, en una preciosa casa a la que él llamó *Les Délices*. En este mismo año se publicó su segundo *Discurso* y Rousseau mandó un ejemplar a Voltaire, quien el 30 de agosto de 1755 le escribió una carta en la que decía: «Muy señor mío: he recibido su nuevo libro, escrito contra la raza humana, y le doy las gracias... Jamás se desplegó tanta inteligencia para querer convertirnos en bestias. Al leer su libro entran ganas de andar a cuatro patas.» Rousseau le contestó con una carta muy suave, pero la semilla del odio entre los dos hombres ya estaba sembrada. Rousseau no podía aceptar el hecho de que Voltaire se hubiese instalado en Ginebra, a la que él siempre consideraría su ciudad, y decidió no volver allí. Las relaciones entre ambos se hicieron todavía más ten-



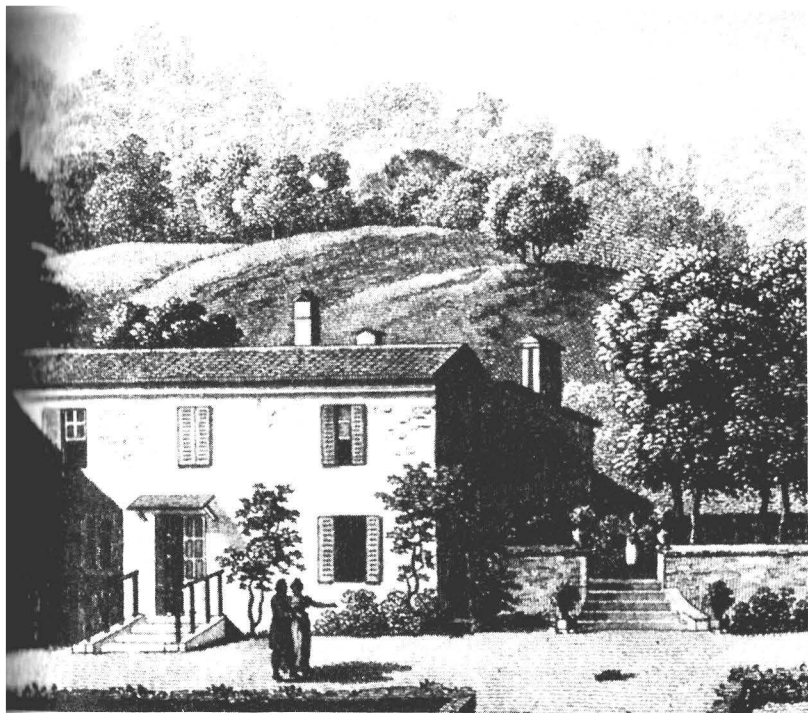
Retrato de Mme. d'Epinay, por Liotard. Museo de Arte e Historia, Ginebra.

L'Ermitage, la casa de Mme. d'Epinay en Montmorency prestada a Rousseau. Biblioteca Pública y Universitaria, Ginebra.



sas a raíz del terremoto de Lisboa, en 1755, cuando Voltaire escribió un poema sobre dicho suceso, en el que negaba el principio optimista de que todo ocurre para bien en el mejor de los mundos y propugnaba el reconocimiento de la existencia del mal. Rousseau le contestó con una *Carta sobre la Providencia* (*Lettre sur la Providence*), fechada el 18 de agosto de 1756, en la que elevaba una protesta, de forma correcta, contra la negación de Voltaire de la bondad de la Providencia y la implicación de que Dios había puesto al hombre en la tierra sólo para sufrir. La respuesta directa de Voltaire fue su obra maestra, *Cándido*.

En 1756 el famoso doctor en medicina Théodore Tronchin ofreció a Rousseau el puesto de bibliotecario de honor en la ciudad de Ginebra, pero éste lo rechazó para dedicarse a llevar a cabo el segundo paso de su «reforma». Hasta entonces había estado, al menos en cierto modo, jugando con dos barajas. Ahora, que ya sabía a qué atenerse y lo que quería, y conocía sus posibilidades, era el momento de demostrar su aversión a la vida de las ciudades y afirmar su independencia retirándose a vivir en



el campo. Años atrás, su amigo Dupin de Francueil le había presentado a su amante, Mme. d'Épinay, mujer de un recaudador de impuestos, muy rica y poseedora de un castillo y una casa de verano, llamada L'Ermitage en las inmediaciones del bosque de Montmorency. Mme. d'Épinay preparó esta casa y se la ofreció a Rousseau. Este le contestó, con insolencia, que estaba equivocada si pensaba que podía convertir a un amigo en un lacayo; a él no le compraba nadie por nada, e insistía en mantener su independencia. Al final aceptó la casa, con la condición de que no implicaba obligación alguna por su parte. Rousseau había decidido que la amistad era incompatible con la gratitud, y como la amistad era lo más importante, él nunca quería deber nada a nadie. Esto significaba que su ingratitud era parte de una doctrina que practicaba más estrictamente cuanto más bondadosa era la gente con él. Ello explica en gran manera su comportamiento posterior, cuando imploraba cariño y compasión y al mismo tiempo los rechazaba. En este caso, Mme. d'Épinay no le tomó en serio y le llamaba «mi osito» —bien podía haber añadido «resentido»—.



El primer beso de amor, grabado para la edición ilustrada de La nueva Eloísa, publicada en Amsterdam, 1764. British Museum, Londres.



Julia, ya convertida en Mme. de Wolmar, se arroja al lago para salvar a su hijo. El amor materno, grabado para la edición ilustrada de La nueva Eloísa. Amsterdam, 1764. British Museum, Londres.

El monumento a los viejos amantes, ilustración de H. Gravelot para la edición de La nueva Eloísa publicado en 1774. ▶

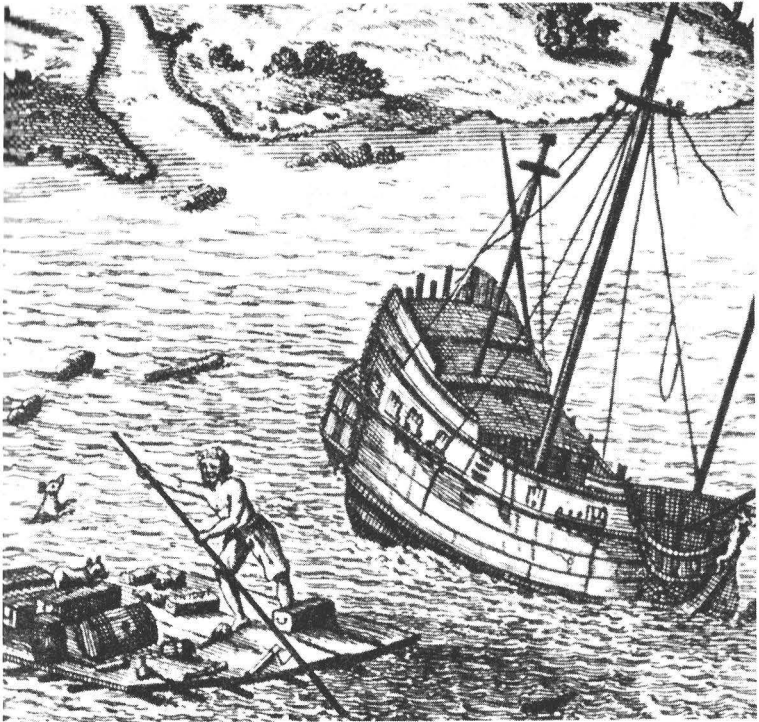


El 9 de abril de 1756 la diligencia de Mme. d'Épinay recogió a Rousseau, a Thérèse y a la madre de ésta, Mme. Levasseur, y todos se instalaron en L'Ermitage.

En su idílico retiro, donde podía vagar a capricho por el bosque de Montmorency, Rousseau emprendió el periodo más importante de su producción literaria. Paseando por el bosque y soñando despierto, imaginó los personajes que protagonizarían su novela *Julia, o la nueva Eloísa* (*Julie, ou la nouvelle Héloïse*). Estos eran Julia d'Étanges y su prima Claire d'Orbe, ambas llenas de encantos y virtudes. Durante una larga ausencia del padre de Julia, barón d'Étanges, la madre invita a casa a un joven de condición modesta, Saint-Preux, y le hace preceptor de su hija. Saint-Preux le da clases pero también la seduce, como Abelardo sedujo a Eloísa, de ahí el título del libro de Rousseau. Cuando el barón D'Étanges vuelve a casa, aprueba los progresos que Eloísa ha hecho en sus estudios, pero no acepta que se los deba a un preceptor plebeyo. Por su parte, Saint-Preux se niega a aceptar dinero alguno, porque le convertiría en un criado.

Locamente enamorados, Saint-Preux y Julia se escriben interminables cartas llenas de sentimentalismo y emoción. Un inglés misterioso aparece en escena, lord Edward Bomston, y también se enamora de Julia. El y Saint-Preux se preparan para batirse en duelo, pero el lord, que está borracho, se tuerce el tobillo y tiene que posponer el duelo. Cuando lord Edward se entera de que Julia está enamorada de Saint-Preux, va a suplicar al barón D'Étanges la mano de Julia, pero no para él sino para Saint-Preux. El barón tiene otras ideas y no acepta. Extremadamente preocupado por las clases sociales, el barón no quiere oír hablar del casamiento de su hija con un hombre vulgar e insiste en prometerla en matrimonio a un aristócrata húngaro amigo suyo que en una ocasión le salvó la vida. Julia no está dispuesta a complacer a su padre; éste le da una bofetada; Julia se cae y se hace daño con una mesa, con tan mala fortuna que le provoca un aborto.

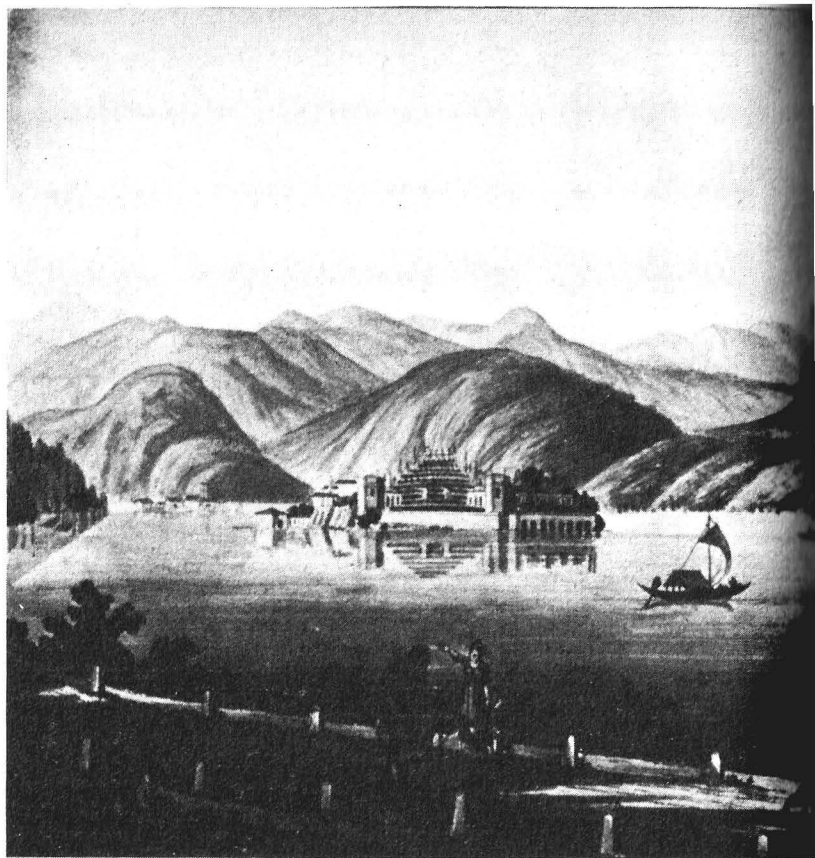
Julia entonces accede a los deseos de su padre y se casa con M. de Wolmar, por el que no siente ningún amor. Entre tanto, Saint-Preux, que se ha ido a Inglaterra con lord Edward, da la vuelta al mundo en barco con el almirante Anson. Wolmar con su ternura se gana el amor de Julia, y cuando Saint-Preux vuelve, unos años después, encuentra a un matrimonio feliz, con dos niños, viviendo en una aldea, Clarens, en las proximidades del Lago de Ginebra. Wolmar, aunque conoce todo acerca del pasado de Saint-Preux, le invita a vivir en casa con ellos. Saint-



R. Crusoe rescatando sus mercancías del barco hundido. *Ilustración de la obra Robinson Crusoe, de D. Defoe. Londres, 1726. British Museum, Londres.*

Preux se queda admirado por la sencillez y la felicidad de que disfruta la pareja. Julia quiere que él sea el preceptor de sus hijos y confía en que se case con su prima Claire d'Orbe, pero Saint-Preux exclama: «Julia, hay impresiones eternas que ni el tiempo ni la consideración borran. La herida cicatriza, pero la cicatriz permanece.» Uno de los niños de Julia se cae al lago y Julia se tira al agua para salvarle; lo consigue, pero enferma de pleuresía y muere: el supremo sacrificio del amor materno.

La finalidad del libro era demostrar que la grandeza de la virtud y la felicidad del matrimonio podían prevalecer sobre la inmoralidad y la promiscuidad reinantes en París, donde toda mujer bien situada tenía un amante y todo hombre una querida. Con la premeditada intención de desprestigiar a la sociedad y a la vida ciudadana, la acción transcurría lo más lejos posible de una gran ciudad; ni siquiera en Francia sino en un pueblecito de Suiza, don-



de la gente no estaba tan contaminada por las artes y las ciencias. En cuanto a la elección de escenarios, Rousseau tuvo algunas dudas, ya que sentía predilección por islas y refugios en lugares apartados y solitarios. *Robinson Crusoe* era uno de sus libros favoritos, y así Saint-Preux, en sus viajes, va por las solitarias islas de Juan Fernández y Tinian. Al volver de Venecia, Rousseau vio las islas Borromeas y, como necesitaba un lago para el final de su novela, al principio pensó en situarla allí, en el Lago Mayor, pero al final se decidió por Clarens y el Lago de Ginebra porque era la tierra natal de Mme. de Warens.

Mme. d'Épinay había presentado a Rousseau a su cuñada, la condesa D'Houdetot, que vivía en la vecindad. Esta tenía un amante, el marqués de Saint-Lambert, que, junto con el marido

Cuando Rousseau conoció las islas Borromeas, junto al Lago Mayor, pensó situar en éste el final de su novela La nueva Eloísa. Después, sin embargo, se decidió por Clarens y el Lago de Ginebra, lugar natal de Mme. de Warens. Vista de las islas Borromeas, por G. Berettini. Sala de Mapas, British Museum, Londres.



de ella, se había marchado a la guerra a Alemania. Un día Mme. d'Houdetot visitó a Rousseau vestida con su atuendo de montar a caballo y éste se enamoró locamente de ella, y desde entonces la veía con los ojos con que Saint-Preux veía a Julia. Las cartas que Saint-Preux escribía a Julia eran las mismas que Rousseau escribía a su perfecta mujer soñada; las de Julia a Saint-Preux eran las cartas que Rousseau imaginaba que su mujer soñada le escribiría a él: por supuesto, ninguna mujer real se las habría escrito. Mientras escribía el libro, se sentía en el paraíso, que no era menos real para él por ser producto de su imaginación. Pero ahora, con Mme. d'Houdetot, vivía su propia novela, aunque de una forma casi decorosa y dentro de los límites de la decencia. Pero la novela terminó cuando el marido y el amante de Mme.

Comment peux-tu te résoudre à dédicacer ainsi ton propre ouvrage?
Comment oses-tu rendre indigne de ton estime celui qui fut
honoré de tes bontés? Ah Sophie! je t'en conjure, ne te fais point
rougir de l'ami que tu as recherché. C'est pour ta propre gloire
que je te demande compte de moi. Ne suis-je pas ton bien? N'en
as-tu pas pris possession? Tu ne peux plus t'en dédire, et puisque
je t'appartiens malgré moi-même et malgré toi, laisse-moi du
moins mériter de t'appartenir. Rappelle-toi ces temps de félicité
qui pour mon tourment ne sortiraient jamais de ma mémoire.
C'est cette flamme vivifiante dont je receus une seconde veüe plus
précieuse que la première, rendant à mon ame ainsi qu'à mes
sens toute la vigueur de la jeunesse: l'ardeur de mes sentimens
m'élevoit jusqu'à toi: combien de fois ton cœur plein d'un autre
amour fut-il ému des transports de mien? Combien de fois
m'as-tu dit dans le bosquet de la cascade: vous êtes l'ame et le
plus tendre d'entre les Dieux: un jour nous nous unirons.

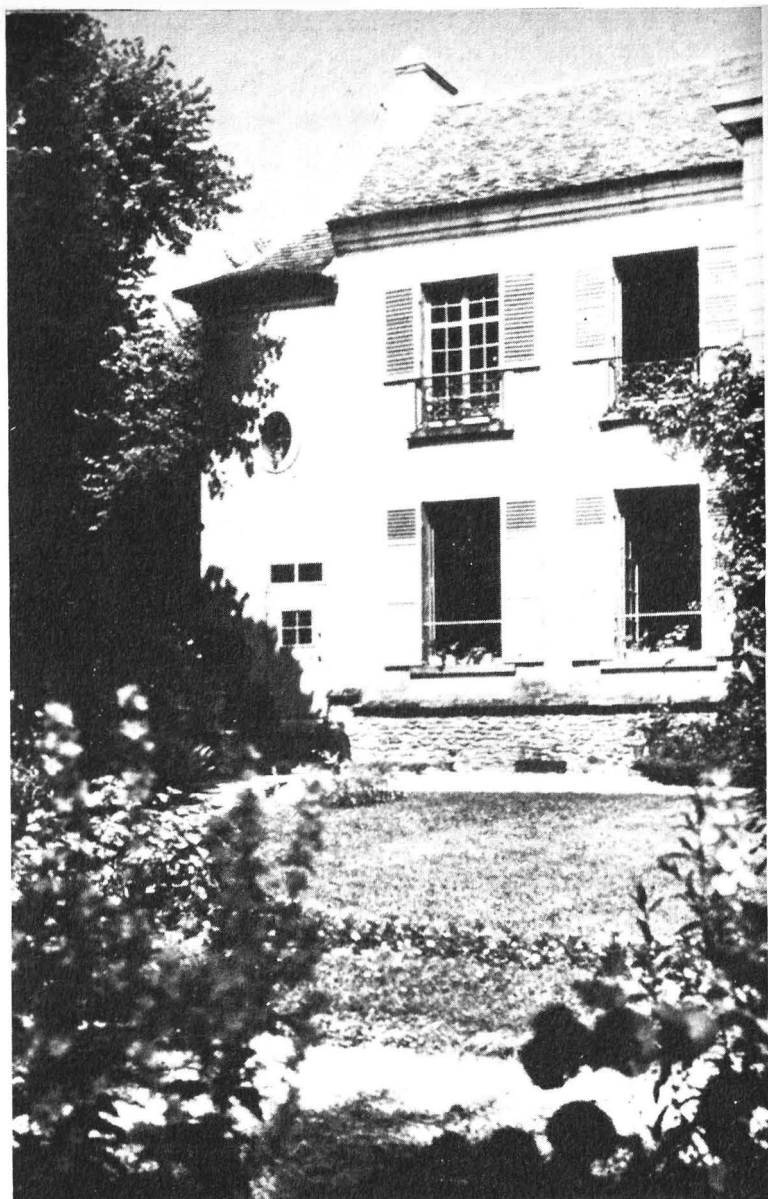
d'Houdetot volvieron a casa y ella se apresuró a quemar las cartas de Rousseau y a pedirle que le devolviera las suyas. Como ella era condesa y él sólo pertenecía a la clase media baja, su amistad estaba condenada al fracaso porque no estaba bien vista entre la sociedad, y esto era una humillación para Rousseau.

El alejamiento de Rousseau de su grupo de amigos, «los filósofos» de París, causó alguna desavenencia al principio, y más tarde degeneró en grandes enemistades. Diderot, D'Alembert y Melchior Grimm, prestigioso editor de *La correspondance littéraire* e íntimo amigo de Rousseau, le acusaban de desertar de la causa del progreso. Diderot, en un pasaje de su libro *El hijo natural* (*Le fils naturel*), decía: «El hombre bueno vive en sociedad; el hombre malo vive en soledad.» Rousseau lo tomó como un ataque contra él.

Surgieron más problemas, ahora relacionados con Mme. d'Épinay, entonces amante de Grimm. Mme. d'Épinay tenía que ir a Ginebra a ver a un médico, el doctor Tronchin, y Diderot pensó que Rousseau tenía la obligación de acompañarla, a lo que éste se negó alegando, en parte, las limitaciones que tenía debido a su enfermedad. Esto desencadenó una mordaz correspondencia que terminó con la ruptura de sus relaciones. El 10 de diciembre de 1757 Rousseau recibió una carta de Mme. d'Épinay que él interpretó como aviso para que desalojara la mansión, y cinco días después se mudó a otra casa, Mont-Louis, que tuvo la suerte de encontrar en la vecindad.

En 1757 salió el volumen de la *Enciclopedia* donde aparecía un artículo de D'Alembert sobre Ginebra, en el que resaltaba el hecho de que el gobierno de la ciudad no autorizaba el teatro porque consideraba que todos los actores y actrices eran personas disolutas. Voltaire le apoyaba en esto porque había experimentado el caso de una actriz amiga suya, Adrienne Lecouvreur, que murió en París y la iglesia se negó a darle cristiana sepultura, mientras que la actriz inglesa Nan Oldfield había sido enterrada en la abadía de Westminster. Si Ginebra autorizara el teatro —continuaba diciendo D'Alembert— tomando las precauciones necesarias para evitar la depravación, la educación de los ciudadanos, su delicadeza y sus sentimientos se enriquecerían, los extranjeros visitarían la ciudad y el comercio prosperaría.

Esto era más de lo que Rousseau podía tolerar. El teatro era uno de los productos más perniciosos de la sociedad, del lujo y la inmoralidad a los que él tenía declarada la guerra. Repleto de indignación, se dedicó de lleno a escribir *Carta a D'Alembert sobre los espectáculos* (*Lettre á M. D'Alembert sur les specta-*



Mont-Louis, la casa a la que se mudó Rousseau en diciembre de 1757, tras abandonar L'Ermitage. Mont-Louis pertenecía al príncipe de Condé.



El cenador de Mont-Louis, lugar que Rousseau utilizaba como sala de escritura, y que él mismo denominaba su «calabozo».



Jean-le-Rond D'Alembert, físico y matemático, y amigo de Diderot y Voltaire, fue el redactor del discurso preliminar de la Enciclopedia. Retrato, por Maurice Quentin de Latour, 1753. Museo del Louvre, París.

LETTRES

DE DEUX

A M A N T S ,

Habitans d'une petite Ville au
pied des Alpes.

RECUEILLIES ET PUBLIÉES

PAR J. J. ROUSSEAU.

PREMIERE PARTIE.



A AMSTERDAM,
Chez MARC MICHEL REY.

M. DCC. LXI.

Portada de Carta a D'Alembert, de Rousseau, publicada en Amsterdam en 1758. En ella, Rousseau protestaba indignado por la propuesta de abrir un teatro en Ginebra. British Museum, Londres.

Portada de una de las primeras ediciones de La nueva Eloísa, de Rousseau, publicada bajo el título Cartas de dos amantes. Amsterdam, 1761. British Museum, Londres.

J. J. ROUSSEAU

CITOTEN DE GENÈVE,

A M^R. D'ALEMBERT,

*De l'Académie Françoisé, de l'Académie Royale des
Sciences de Paris, de celle de Prusse, de la Société
Royale de Londres, de l'Académie Royale des Bel-
les-Lettres de Suede, & de l'Institut de Bologne :*

Sur son Article GENÈVE

Dans le VII^me. Volume de l'ENCYCLOPÉDIE,

ET PARTICULIEREMENT,

Sur le projet d'établir un

THÉÂTRE DE COMÉDIE en cette Ville.

Dii meliora piis, erroremque hostibus illum.



A AMSTERDAM,

Chez **MARC MICHEL RET,**

M. DCC. LVIII.

cles), y la terminó en tres semanas. Los escenarios corrompen la moral, decía. ¿Qué talento tiene el actor? Su arte es sólo falsificación e hipocresía, al asumir el carácter de otros y no el suyo propio y decir cosas que no siente. ¿Cuál es el trabajo del actor? Un oficio en el que se exhibe por dinero. En cuanto a las actrices, la riqueza de sus galas sólo tiene un fin erótico.



Ilustración de la obra Clarissa, de Samuel Richardson. Este autor era la figura más destacada de la novela sentimental inglesa y cuando murió en julio de 1761, el mismo año en que se publicó La nueva Eloísa, Rousseau ocupó su lugar en el favor del público.

Grabado para La nueva Eloísa, realizado en 1786 por un artista inglés. Una prueba de la fama de esta novela de Rousseau en Inglaterra. British Museum, Londres.

A continuación hace otro comentario sobre las mujeres, caballo de batalla de Rousseau, de forma exaltada: «A las mujeres, en general, ni les gusta ni aprecian el arte, y no tienen ningún talento. Pueden alcanzar el éxito en labores insignificantes que sólo requieren superficialidad y un poco de gusto, y, a veces, lógica... Sus escritos son tan vacíos y bellos como ellas mismas y contienen el ingenio que uno quiera ponerles, pero carecen por completo de profundidad. No saben cómo describir o sentir el amor.»

Así se expresaba un hombre que vivía con una querida y había tenido cinco hijos ilegítimos, que había escrito y representado con éxito varias óperas y obras de teatro y quien, en nombre de la moral, invocaba la ira del cielo ante la propuesta de que Gi-



nebra tuviera un teatro. Un hombre que confesaba tener pasión por las mujeres y que las deshonoraba sin discriminación, llegando a negar que tuvieran alma. Todo se debía a los principios que había afirmado en sus dos *Discursos*, a los cuales se tenía que ceñir y que estaban acabando con él. Lord Melbourne demostró gran inteligencia cuando dijo: «Nunca nadie hizo nada completamente absurdo sin apoyarse en profundos principios.»

El libro le ganó a Rousseau el odio eterno de Voltaire, quien se había dedicado en cuerpo y alma al establecimiento de un teatro en Ginebra, donde sus obras se pudieran representar y él pudiera actuar en ellas. En 1759, Voltaire había ofrecido a Rousseau, a través de un amigo, alojamiento en una casa que acaba-

ba de comprar, con la certeza de que la oferta sería rechazada. Al año siguiente Rousseau se enteró de que una carta que había escrito a Voltaire sobre la tolerancia se había publicado, y acusaba a éste de haberlo hecho. El 17 de junio de 1760, Rousseau escribió una carta a Voltaire que supuso la ruptura definitiva de sus relaciones. Entre otras cosas, decía en su carta: «No le tengo ningún afecto, señor; me ha hecho mucho daño, a mí, su discípulo y fiel seguidor. Ha arruinado Ginebra como pago a la hospitalidad que allí ha recibido. Vd. me ha indisputado con mis ciudadanos..., ha hecho imposible que yo viva en mi propia ciudad... Le odio.» Voltaire no contestó a esta carta, pero escribió a un amigo y le decía: «He recibido una carta muy larga de Jean-Jacques Rousseau. Está medio loco. Es una pena.»

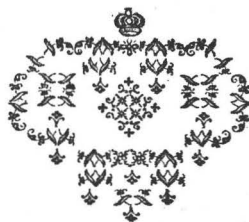
Después de los violentos ataques que había hecho a las obras dramáticas y al teatro en general como causantes de la corrupción moral, Rousseau se sentía obligado a justificarse por la publicación de una novela, otro medio de destruir las virtudes. Lo hizo en un segundo prólogo a *La nueva Eloísa*, y expresaba con énfasis que eran las virtudes de la gente del pueblo las que él elogiaba y no el lujo ostentoso de las ciudades. Su novela era, por tanto, una obra moral, más constructiva que las de esos escritores ingleses, como, por ejemplo, *Clarissa* de Samuel Richardson, un sermón dirigido a las jóvenes, cuando eran las madres las que lo necesitaban.

La nueva Eloísa se publicó en 1761 y su éxito inmediato fue enorme, favorecido por la muerte, en julio de ese mismo año, de Samuel Richardson, al que Rousseau sucedió como autor más destacado de la novela sentimental. Las descripciones que hacía de prados y valles alpinos (no de altas montañas), de excursiones al Lago de Ginebra o sobre la vendimia en Clarens, y la ingenua conducta de los personajes eran algo nuevo en la novela, además de ser el primer libro en el que el lector, particularmente las mujeres, se podía identificar con los personajes. Pero la clave de su éxito fue, sin duda, la elocuencia de su prosa, llena de lirismo, hasta entonces desconocida en la novela francesa.

5. Sobre el Estado y la educación

El siguiente libro de Rousseau fue *El contrato social* (*Du contrat social, ou principes du droit politique*), que se publicó en 1762. En este libro podía reiterar sus ataques a la sociedad. Al igual que en sus dos *Discursos*, asentaba sus principios *a priori*. «El hombre nace libre, y, sin embargo, donde quiera que esté se encuentra encadenado. ¿Por qué este cambio?» Las constitucio-

D U
CONTRACT SOCIAL;
O U
P R I N C I P E S
D U
D R O I T P O L I T I Q U E.
P A R J. J. R O U S S E A U,
C I T O Y E N D E G E N E V E.
— *fœderis æquas*
Dicamus leges.
Æneid. xi.



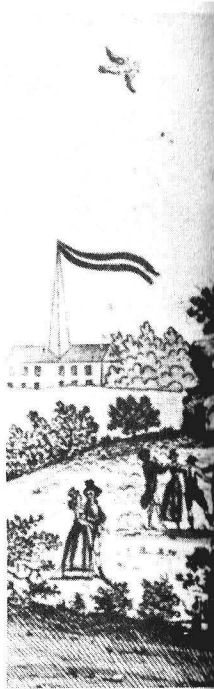
A AMSTERDAM,
Chez MARC MICHEL REY,
M D C C L X I I.

Portada de *El contrato social*, de Rousseau, publicado en Amsterdam, el año 1762. British Museum, Londres.



Un demócrata. Caricatura de un sans-culotte de la Revolución francesa, representante de un movimiento considerado en Inglaterra como el resultado de la obra de Rousseau, publicada en Londres, 1791. Biblioteca Nacional, París.

Grabado que representa la fiesta del Ser Supremo (Biblioteca Nacional, París), uno de los resultados de la incursión de Rousseau en el tema religioso a través de El contrato social, libro con el que aparece retratado en la imagen de la izquierda. Col. de sir Walter y lady Bromley-Davenport.



nes políticas han sido un problema desde la época de Platón. La filosofía política ha cambiado de acuerdo con el poder que el Estado ejerce sobre los ciudadanos y, como resultado, el grado de libertad y los derechos que éstos poseen. Las ideas de Thomas Hobbes en cuanto a la libertad del ciudadano eran menos liberales que las de John Locke a este respecto, mientras que Rousseau no admitía ninguna restricción en cuanto a derechos y libertades individuales. Un hombre que no disfrute de plena libertad no es un hombre. Rousseau trata el problema ingeniosamente, pero con poca sinceridad. En un pueblo ideal existe una voluntad colectiva encaminada únicamente al bien común. Cada individuo, al asociarse con esta voluntad colectiva, aunque pierde su voluntad individual, gana una libertad sin límites y los mismos derechos que el resto de los individuos.

Los partidos políticos son dañinos porque representan a la voluntad particular y sólo sirven para poner en peligro la voluntad colectiva. El Estado de Rousseau, sin partidos políticos, es la caricatura del estado totalitario. ¿Qué ocurre si un hombre se niega a aceptar la voluntad colectiva? Aquí Rousseau recurre a su





educación calvinista y a un pasaje del Antiguo Testamento donde Moisés pregunta a Jehová qué se debe hacer con un hombre al que se le encontró recogiendo leña en sábado; Jehová contesta que «a ese hombre se le debe, sin duda, matar». Esta es también la receta de Rousseau para castigar al individuo disidente, que no es más que un enemigo del Estado. Rara vez ha estado la libertad tan amenazada como lo está en este libro.

El libro contenía una amenaza todavía mayor para la propia libertad de Rousseau, después de su publicación, ya que en un capítulo sobre la religión civil desarrolla la idea de que la religión cristiana sólo se ocupa del otro mundo, y no de éste, por lo que al individuo le resulta muy difícil decidir si debe obedecer al juez o al sacerdote. El cristianismo sólo predica servidumbre y dependencia e invita a la tiranía. Un sólo hipócrita, un Cromwell por ejemplo, bastaría para esclavizar a un pueblo. Por tanto, debe haber una religión civil, hecha por el Estado y que predique la creencia en un Dios misericordioso y una vida futura con bendiciones para el bueno y castigos para el malo.

En cuanto al tipo de constitución a adoptar en un Estado ideal, la democracia sólo es aplicable en un pueblo de dioses. Va en contra de la naturaleza de las cosas que una mayoría imponga su voluntad a una minoría: nunca ha habido una democracia perfecta y nunca la habrá. Estas palabras eran incongruentes, teniendo en cuenta que salían de la pluma de un hombre a quien se considera el profeta de la democracia. En otro pasaje del libro dice que un gobierno monárquico tiene que ser siempre peor que un gobierno republicano, porque en éste el pueblo elige sólo a hombres inteligentes y capacitados, mientras que en aquél los hombres en el poder son, en su mayoría, sinvergüenzas e incompetentes. A continuación, para protegerse a sí mismo y quedar bien con el primer ministro francés, el duque de Choiseul, añadía que cuando, por mera casualidad, un hombre nacido para gobernar está en el poder en una monarquía, sin duda su mandato hará época. Choiseul no se dio por aludido.

El tercer libro de la gran trilogía de Rousseau fue *Emilio*, o *sobre la educación* (*Émile, ou de l'éducation*), también publicado en 1762. Ya que, por hipótesis, el hombre era originariamente bueno antes de que la sociedad le corrompiera y le hiciera malo, el niño tiene que ser bueno antes de que la sociedad le malogre.

◀ Rousseau redactando el Emilio en el valle de Montmorency. Grabado del siglo XVIII. Biblioteca Nacional, París.



Ilustración de la obra de Rousseau Emilio, o sobre la educación, publicada en Amsterdam el año 1762.

Página manuscrita del borrador del Emilio, conservada en la Biblioteca Pública y Universitaria de Ginebra.

É M I L E ,
O U
DE L'ÉDUCATION.

Par J. J. ROUSSEAU,
Citoyen de Genève.

Sanabilibus egrotamus malis ; ipsaque nos in rectum
genitos natura , si emendari velimus , juvat.

Sen : de iur. L. II. c. 13.

TOME PREMIER.



À AMSTERDAM,
Chez JEAN NÉAULME, Libraire.

M. DCC. LXII.

Avec Privilège de Nosseign. les Etats de Hollande
& de Westfrise.



Portada de la primera publicación del Emilio, en 1762, y cubierta de la edición de 1793, ambas conservadas en el British Museum, Londres.

El contrato social. «Si existe un país muy pobre en el mundo en el que nadie puede ganarse la vida a menos que cometa un crimen, no es al criminal al que se debe castigar, sino a aquél que le obliga a cometerlo.» Rousseau también profetiza: «Estamos acercándonos a un estado de crisis y a un siglo de revoluciones.» Y sigue con una observación pesimista: «Creo que es imposible que las grandes monarquías europeas puedan durar mucho más.»

El *Emilio* trata de un niño que ha sido «educado» por un preceptor, no por su padre. Teniendo en cuenta lo que Rousseau

había hecho con sus propios hijos, dar un padre a Emilio era muy difícil. La madre lo amamantará y su preceptor se encargará de lo relativo a la enseñanza. Será criado en el campo y habituado a pasar privaciones, lejos de todo producto de la sociedad. La primera fase de su educación será puramente negativa: sin libros de ninguna clase, no debe aprender a leer, pero se le deben agudizar los sentidos. No se le enseñará nada, pero su curiosidad le llevará a hacer preguntas y así aprenderá de las respuestas. A su preceptor le está permitido, y debe, provocar situaciones para incitarle a hacer preguntas que en otro caso no haría. Aprenderá de la experiencia. Por ejemplo, en una ocasión se le persuadió a plantar judías en el jardín del jardinero, y un día se quedó consternado cuando encontró todas las judías arrancadas. El jardinero protesta enérgicamente porque él tenía plantados allí melones y se le habían echado a perder con las judías. De este modo Emilio aprende el significado de propiedad, es decir, la tierra pertenece al primer hombre que la ha trabajado.

Emilio ejercitará el cuerpo y los sentidos para ser más fuerte, más ágil y más experto que ninguno de los niños de su edad.

En la fase siguiente de su formación, después de cumplir los doce años, viene la educación positiva, en la que la inteligencia de Emilio será estimulada mediante la meditación y reflexión, pero todavía sin libros. La salida y la puesta de sol le introducirán a la cosmología; los viajes, a la geografía. Se le enseñará a trabajar con las manos: será aprendiz de un carpintero. Cuando cumple los quince años, su preceptor le empieza a enseñar «religión natural», y aquí Rousseau se inspira en su propia experiencia, cuando el abad Gaime y el abad Gâtier fueron una ayuda tan grande para él. Sobre ellos modela la «Profesión de fe del vicario saboyano», que fue la parte más polémica del libro y la que le acarrearía graves problemas. Entre tanto, el preceptor estaba ocupado buscando una novia para Emilio. Esta, Sophie (así se llamaba Mme. d'Houdetot), sería educada exclusivamente para ser esposa y madre. Emilio se enamora de Sophie, pero el preceptor insiste en que se debe marchar lejos de ella por dos años, para estar seguro de su amor. Cuando vuelve, se casan.

Así es como el autor, que había mandado a sus hijos a un hospicio y nunca se había preocupado de verlos y mucho menos de educarlos, prescribe un programa ideal de educación. La mayoría de las propuestas del libro eran absolutamente impracticables, pero tuvo un gran éxito, porque lo había escrito Rousseau, porque la práctica de la higiene que recomendaba era útil y porque la vida en el campo se estaba poniendo de moda. Además,



Ilustración para la edición francesa del Emilio, publicada en 1785. British Museum, Londres. El jardinero le dice a Emilio: «Recuerda que arruinaré tu cosecha de judías si arrancas los melones que yo he plantado.»



Otra ilustración para la edición francesa del Emilio, por C. P. Marillier. British Museum, Londres. En ésta, Sophie trabaja en la carpintería y «con sus blancas y delicadas manos maneja el cepillo sobre el tablón».

había entonces un creciente interés por los problemas de la educación.

Los principios religiosos del libro consumaron la ruptura entre Rousseau y sus antiguos amigos «los filósofos». Aunque las ideas de Rousseau son ahora consideradas progresistas, en aquel momento parecieron intolerablemente reaccionarias a Voltaire y a «los filósofos» que estaban luchando contra la Iglesia Romana y los crímenes judiciales que se estaban cometiendo por celo católico. Sin embargo, aquí estaba Rousseau creyendo en Dios a su manera y profesando ser cristiano al, aunque un cristiano que los teólogos no podían más que condenar.

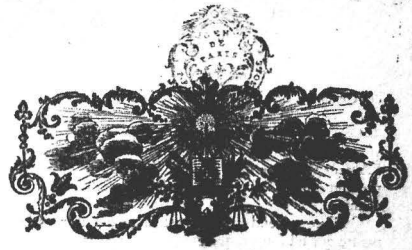
En su segundo *Discurso*, Rousseau concedía poca importancia a la medicina y a los médicos, y ahora su enfermedad requería urgente atención. Además de su problema urinario, tenía una hernia, y para orinar se veía obligado a apretarse el vientre. Estos trastornos coincidían muchas veces con ataques de delirios mentales, cuando se imaginaba que todo el mundo le engañaba, le tiranizaba y deliberadamente falsificaban lo que él decía. En Mont-Louis trabajó mistad con dos vecinos que, a pesar de pertenecer a una clase social muy diferente, se tomaron muchas molestias para ayudarle. Eran el mariscal duque de Luxemburgo y su mujer. La duquesa de Luxemburgo se encargó personalmente de que el *Emilio* fuera publicado por una editorial francesa en París, ya que pensaba que el editor holandés que se había venido encargando de sus publicaciones no ofrecía buenas condiciones. Hubo un pequeño retraso por parte de la imprenta y a Rousseau le entró el pánico. Su pesadilla era que el manuscrito del *Emilio* había caído en manos de los jesuitas y que éstos lo alterarían, y él pasaría a la posteridad con ideas que no eran las suyas propias. Desesperando de obtener el reconocimiento de sus contemporáneos, se puso todavía más frenético con la preocupación de que tenía que deslumbrar a la posteridad, pues estaba convencido de que «le adorarían».

No tenía fundamento para someterse a ese tormento mental, pero coincidió con el temor de que tenía una piedra en la vejiga y veía su agonía muy próxima. Pensaba que tenía los días contados y expresó dos últimos deseos a la duquesa de Luxemburgo: cuidar de Thérèse cuando él faltara, y averiguar el paradero del mayor de los niños que había abandonado en el hospicio nada más nacer. El duque de Luxemburgo se tomó el trabajo de buscar al cirujano más eminente, un urólogo llamado Jean Baseilhac, más conocido por «Frère Côme». El duque acompañó al cirujano a casa de Rousseau y estuvo con él las dos horas que



Retrato del duque de Luxemburgo, mariscal de Francia. Col. Mansell, Londres.

Orden dada por el Parlamento francés para quemar el Emilio. Archivos de Francia, París.



ARREST DE LA COUR DE PARLEMENT,

QUI condamne un Imprimé ayant pour titre, *Emilio, ou de l'Éducation*; par J. J. Rousseau, imprimé à la Haye... M. DCC. LXII. à être saisi & brûlé par l'Exécuteur de la Haute-Justice.

EXTRAIT DES REGISTRES DU PARLEMENT.

De 9. Juin 1762.

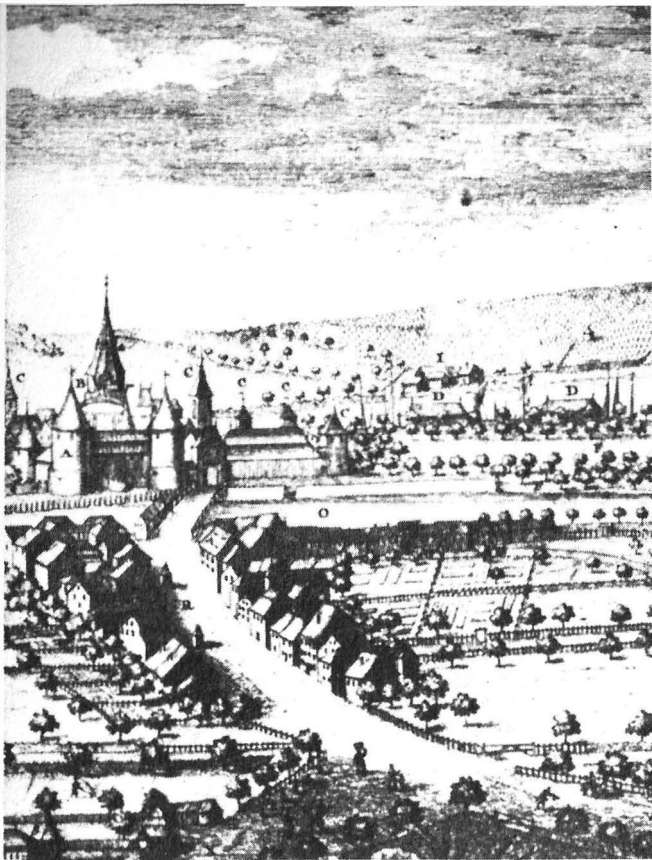
CE jour, les Gens du Roi sont entrés, & M^{re} Omer-Joly de Fleury, Avocat dudit Seigneur Roi, portant la parole, ont dit :

Qu'ils déséroient à la Cour un Imprimé en quatre volumes in-octavo, intitulé : *Emilio, ou de l'Éducation*, par J. J. Rousseau, Citoyen

1762 93 11

duró la delicada operación de ponerle una sonda en la vejiga. El médico aseguró a Rousseau que no tenía ninguna piedra en la vejiga y que, si bien tenía la próstata inflamada, viviría muchos años así, aunque padeciendo fuertes dolores. Unas semanas después se le rompió la sonda en la uretra y no le pudo ser extraída, lo que empeoró momentáneamente su situación. Para facilitar sus sondajes, Rousseau encargó a un sastre armenio de Montmorency un traje consistente en una capa larga, sin pantalones, y con un sombrero de piel.

Durante este tiempo en París, se estaba fraguando una tormenta porque, naturalmente, era muy peligroso para un calvinista en el año 1762, introducir en Francia libros como *El contrato social* y *Emilio*. Rousseau siempre había pensado que él no tendría peligro de sufrir persecución porque era suizo y sus libros se imprimían en Holanda y no tenían que ser sometidos a la censura francesa. Daba por hecho y confiaba en que el censor, su amigo M. de Malesherbes, haría la vista gorda. Pero había tentado demasiado a la Providencia. El 8 de junio de 1762 el príncipe



Vista de Yverdon, ciudad suiza a la que huyó Rousseau en 1762. Grabado por D. Hershber, 1756. Biblioteca Cantonal y Universitaria, Lausanne.

de Conti, que tenía gran debilidad por Rousseau, envió un mensaje a los duques de Luxemburgo diciéndoles que al día siguiente el Parlamento de París iba a dictar una orden de que se quemara el *Emilio* y se arrestara a Rousseau. A media noche la duquesa mandó a uno de sus sirvientes a casa de Rousseau para prevenirle y recomendarle que abandonara Francia inmediatamente. El 9 de junio salió en un carruaje hacia la frontera suiza, y cuando la cruzó, se bajó y besó el suelo de una tierra libre (eso pensaba él). El 14 de junio llegó a Yverdon, a casa de su viejo amigo Daniel Roguin.



El pueblo de Môtiers-Travers, cerca del río Areuse, en el valle de Travers. A la derecha, la casa de Rousseau. British Museum, Londres.

Felizmente, Rousseau había evitado ir a Ginebra, donde el embajador francés era muy poderoso. El 19 de junio el gobierno de Ginebra dictó orden de quemar el *Emilio* y *El contrato social* y de arrestar a Rousseau. Poco después el gobierno de Berna ordenó a Rousseau que abandonara su territorio, ya que Yverdon, en el País de Vaud, estaba bajo su soberanía desde 1536, en que fue arrebatado a Saboya. La sobrina de Roguin, Mme. Boy de la Tour, puso a disposición de Rousseau una casa que tenía en Môtiers-Travers, en el vecino principado de Neuchâtel.

El soberano de Neuchâtel era Federico el Grande, rey de

Prusia; y el gobernador, George Keith, conde mariscal de Escocia, conocido por «milord maréchal», quien había sido proscrito en Gran Bretaña por el papel que desempeñó en la rebelión jacobita de 1715. Su residencia era el castillo de Colombier, cerca de Neuchâtel, y allí dio una buena acogida a Rousseau. Se hicieron íntimos amigos, y Keith le consiguió el permiso del soberano para residir en el principado y, después, la carta de ciudadanía. Al fin Rousseau se encontraba en una situación agradable, viviendo en un lugar maravilloso, en el valle del Areuse, rodeado por las colinas de la sierra del Jura, entre campesinos sencillos, pero al mismo tiempo disfrutando de la amistad del gobernador y de otros personajes locales. Thérèse llegó el 20 de julio, y todo parecía indicar ahora que Rousseau podría vivir la vida de sus sueños para el resto de sus días.

Campo, sencillez y libertad —y a estos placeres pronto añadiría el de la botánica, en la que fue iniciado por Jean-Antoine d'Ivernois—. Rousseau hacía excursión tras excursión a los diferentes valles y colinas de la sierra del Jura con sus amigos Pierre-Alexandre du Peyrou y Jean-Jacques de Luze, y llevaban un burro para cargar las mantas y provisiones. Dormían en pajares, comían al aire libre, y recogían plantas que después identificaban y comparaban unas con otras. Todos disfrutaban como niños. En casa, Rousseau hacía su propio pan —retorno a las condiciones primitivas—, pero pagaba unos derechos al panadero del pueblo por este privilegio.

6. Polémicas religiosas

Desgraciadamente, a Rousseau no le favorecía mucho su pasado, que continuamente le deparaba sorpresas desagradables, y él mismo se buscaba un problema detrás de otro. Su orden de arresto en París fue seguida por una carta pastoral del arzobispo de esta ciudad, Christophe de Beaumont, condenando el *Emilio*. Era una declaración de anatema en toda regla: «San Pablo profetizó, queridos y amados hermanos, que vendrían días peligrosos cuando hubiera hombres vanidosos, orgullosos, déspotas, blasfemos, impíos, calumniadores, que sólo buscaran satisfacer su propia voluptuosidad en lugar de buscar a Dios; hombres de mente corrompida y pervertida fe.»

Esta carta pastoral enojó a Rousseau tanto como la orden para su arresto dada por el Parlamento de París, y decidió contestar al arzobispo con un libro, *Carta a Christophe de Beaumont (Lettre à Christophe de Beaumont)*. Era un nuevo conflicto entre David y Goliat: el impotente seglar protestante luchando contra el poderoso arzobispo católico. Rousseau empezaba su libro con una mentira, afirmando que se había convertido en autor y había saltado a la fama muy a pesar suyo. Estaba tratando de ganarse la compasión, pero luego procedía a rebatir las acusaciones del arzobispo punto por punto. Después de hábiles argumentos, terminaba en un estilo épico:

«Ilustrísima, me ha insultado públicamente y le acabo de demostrar que todo son calumnias. Si Vd. fuera un particular, un pobre seglar como yo, y yo le pudiera emplazar a comparecer ante un tribunal imparcial con su carta pastoral y yo con mi *Emilio*, sin duda Vd. sería culpado y condenado a repararme los daños tan públicamente como ha difundido su libelo. Pero Vd. ocupa un puesto en el que está absuelto de la obligación de actuar con justicia y yo no soy nadie. Con todo, Vd., prelado, nombrado para enseñar a otros sus obligaciones, conoce las suyas en este caso. En cuanto a mí, he cumplido con la mía. No tengo nada más que decirle y termino.»



En este belicoso libro Rousseau insiste en que es cristiano, pero un cristiano que no tiene nada que ver con la doctrina del pecado original de San Pablo, ni con la gracia divina, el miedo o el misterio de la predestinación. Sus ideas eran, evidentemente, inadmisibles para los católicos romanos, pero no eran mucho más aceptables para los calvinistas. El grado de confianza en sí mismo que Rousseau tenía puede medirse por el siguiente pasaje de este libro: «Sí, no tengo miedo a decirlo. Si existiera en Europa un solo gobierno inteligente cuyas ideas fueran sensatas y bene-

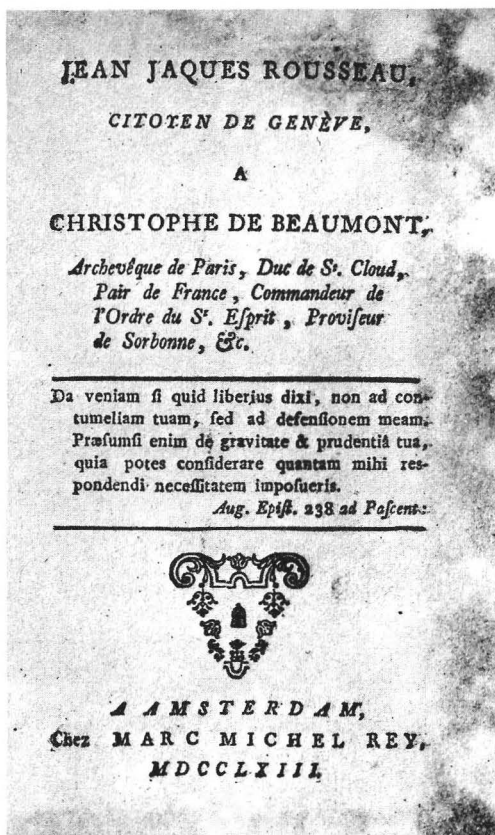
Ilustración perteneciente a la edición francesa del *Emilio*, publicada en 1785. British Museum, Londres.

◀ Christophe de Beaumont, arzobispo de París, fue el autor de la carta pastoral que atacaba a Rousseau y su obra *Emilio*. Como respuesta, Rousseau escribió su Carta a Christophe de Beaumont, en la que afirmaba que cualquier gobierno inteligente levantaría un monumento al autor del *Emilio*. Grabado por R. Gaillard, según original de J. Chevallier. Biblioteca Nacional, París.



ficiosas, hubiera hecho honores en público al autor del *Emilio* y le hubiera levantado una estatua.»

La acción del gobierno de Ginebra le enojó todavía más: el 21 de enero de 1761 había prohibido a las bibliotecas públicas prestar *La nueva Eloísa*. Ahora estaba indignado porque consideraba que tanto la condena del *Emilio* como la de *El contrato social* eran ilegales, ya que los asuntos de ortodoxia teológica eran de la jurisdicción del tribunal consistorial de pastores y no del gobierno. Todavía más, no se podía dar legalmente una or-



Portada de la Carta a Christophe de Beaumont, publicada en Amsterdam el año 1763. British Museum, Londres.

Representación imaginaria de Rousseau y Voltaire peleando. Biblioteca Nacional, París. En realidad, nunca se conocieron, pero después de que Voltaire publicara El sentimiento de los ciudadanos y otros ataques a Rousseau mientras éste se encontraba en Inglaterra, la enemistad de los dos fue de dominio público.

den de arresto contra un autor sin darle antes opción a defenderse. Sus amigos ginebrinos salieron en defensa de Rousseau y presentaron quejas ante el gobierno por el trato de que estaba siendo objeto. A este grupo se le conoció por «los representantes»; los que apoyaban la actitud del gobierno de rechazar las quejas fueron llamados «los negativos». De esta forma Rousseau se convirtió en causa de ruptura política de la República. Como el gobierno proseguía con sus condenas, prohibiendo ahora la reimpresión en Ginebra de la *Carta a Christophe de Beaumont* y Rousseau consideraba que «los representantes» no habían estado lo suficientemente activos para defenderle, decidió dar un paso drástico y dramático: el 12 de mayo de 1763 renunció a su ciudadanía, convirtiéndose así en apátrida.



La renuncia de Rousseau agravó todavía más la lucha entre los partidos de la ciudad. El fiscal de Ginebra, Jean-Robert Tronchin, escribió un libro, *Cartas del campo*, para justificar las acciones del gobierno. Rousseau contestó con sus *Cartas de la montaña* (*Lettres écrites de la montagne*), que causaron gran escándalo en Ginebra, tanto en medios teológicos como políticos. En su *Carta a Christophe de Beaumont* había exagerado a propósito su defensa de los principios protestantes, con la esperanza de que esto le congraciara con las autoridades de Ginebra. Ahora hacía lo mismo con el catolicismo, por si se veía obligado a vivir en Francia otra vez.

Las *Cartas de la montaña* fueron un error táctico por dos razones: en primer lugar, porque al renunciar a la ciudadanía de

Ginebra, Rousseau había perdido el derecho a intervenir o criticar al gobierno y a la religión; y en segundo lugar, porque había desquiciado tanto sus argumentos, que le dio a Voltaire la oportunidad que había estado esperando; ahora podía atacar a Rousseau donde más podía dolerle. Voltaire, haciéndose pasar por ciudadano de Ginebra, publicó un panfleto anónimo llamado *El sentimiento de los ciudadanos*, en el que preguntaba: ¿Quién es ese hombre que piensa que se le deben levantar estatuas y con la misma humildad compara su vida con la de Jesús; ese que ultraja al cristianismo y a la Reforma, e insulta a nuestros gobernantes y pastores? ¿Es un erudito que habla en contra de otros eruditos? No, es un desgraciado sifilítico que arrastra tras de sí, de pueblo en pueblo y de montaña en montaña, a una ramera, a cuya madre él ha matado y con la que ha tenido hijos y los ha abandonado a la puerta de un hospicio.

El reto ya estaba planteado y el terrible secreto había salido a la luz. Rousseau tenía grandes remordimientos de conciencia, pero la medida que tomó no iba a aliviarlos: añadió notas en el panfleto de Voltaire rebatiendo sus declaraciones y lo envió a París para que fuese reimpreso. En sus notas daba los nombres de médicos que podían atestiguar que él nunca había sufrido enfermedades venéreas (lo cual era verdad), afirmaba que Mme. Levasseur estaba viva y disfrutaba de buena salud (lo que también era cierto), y que él nunca había abandonado a ningún niño a la puerta de un hospicio (lo que, en teoría, era verdad, porque a sus hijos los había llevado al hospicio la comadrona directamente). Rousseau había engañado no sólo al mundo, sino a sí mismo. Este remordimiento de conciencia que padecía le hizo pensar en escribir sus *Confesiones* (*Confessions*). Recientemente se había hecho un sello con la inscripción *vitam impedere vero* («someter la propia vida a la verdad»). Con toda esta ostensible devoción a la verdad, al final tenía que confesarlo todo.

Los problemas de Rousseau no terminaron con los disgustos relacionados con la política: empezaba ahora el turno de la teología. Las críticas católicas a sus ideas religiosas, según las expresaba el vicario de Saboya, ya habían aparecido en la carta pastoral del arzobispo. Ahora les tocaba a los protestantes atacarle. Cuando llegó a Môtiers-Travers, el pastor, Frédéric-Guillaume de Montmollin, se mostró orgulloso de tener a tal celebridad en su parroquia, escuchó su profesión de fe y le admitió a la comunión. Sin embargo, en Ginebra, sede de la ortodoxia calvinista, había un pastor, Jean Sarasin, muy apasionado en la defensa de la fe de la Reforma, que entresacó todos los pronunciamientos

El lema de Rousseau, *Vitam impendere vero* («para someter la propia vida a la verdad»), perteneciente a la portada de la primera edición de *Cartas de la montaña*, 1764. Rousseau mandó hacer un sello con este lema y lo utilizó durante toda su vida.



inaceptables y poco ortodoxos contenidos en el *Emilio*, *El contrato social* y las *Cartas de la montaña*, y se los hizo observar al pastor de Môtiers-Travers.

La heterodoxia de Rousseau se puede tratar en seis puntos. Primero, la duda de si Rousseau creía en la necesidad de la revelación cristiana para llegar a Dios, porque él hablaba constantemente de «religión natural», basada en la naturaleza y en la propia conciencia del hombre.

Después viene el punto de las múltiples religiones en el mundo. Dos tercios de la raza humana no son judíos, ni musulmanes, ni cristianos. Rousseau sostiene que si sólo hay una religión verdadera, será necesario estudiarlas todas. ¿Son los milagros pruebas históricas suficientes para el cristianismo? Después de demostrar la doctrina por los milagros, es imprescindible demostrar los milagros por la doctrina. Rousseau prefería creer a pesar de los milagros.

Esto lleva al siguiente punto, donde Rousseau pone en duda la credibilidad histórica de los *Evangelios*. Dios ha hablado, ¿pero a quién? A los hombres, y son los hombres los que han dicho lo que Dios ha dicho. ¿Quién escribió los *Evangelios*? Los hombres. ¿Quién afirma la veracidad de los milagros? Los hombres. «Hubiera preferido oír a Dios yo mismo», decía Rousseau: «Cuántos hombres entre Dios y yo.»

Después venía la pregunta sobre el origen de la moral. Para Rousseau la moral era: «Conciencia, instinto divino, voz celestial eterna, la guía segura de los ignorantes y de los sabios, de los esclavos y de los que tienen libertad; el juez infalible del bien y del mal.» Esto no era suficiente para los sacerdotes y los pastores, que necesitaban el Día del Juicio y premios y castigos después de la muerte para mantener a sus rebaños en el buen camino. Todavía menos aceptable era el argumento de Rousseau de que como la bondad de Dios era infinita, era innecesario rogarle por algo que ya había concedido.

Un punto muy delicado era la definición de la Reforma, se-

gún la profesaba la Iglesia calvinista. Rousseau afirmaba que la Iglesia de Ginebra, al estar reformada, no tenía una profesión de fe precisa, ya que estaba basada en la libre interpretación de las Sagradas Escrituras, en la autoridad de la razón en materia de fe, en la tolerancia evangélica y en la obediencia a la ley. Esto también era claramente inaceptable.

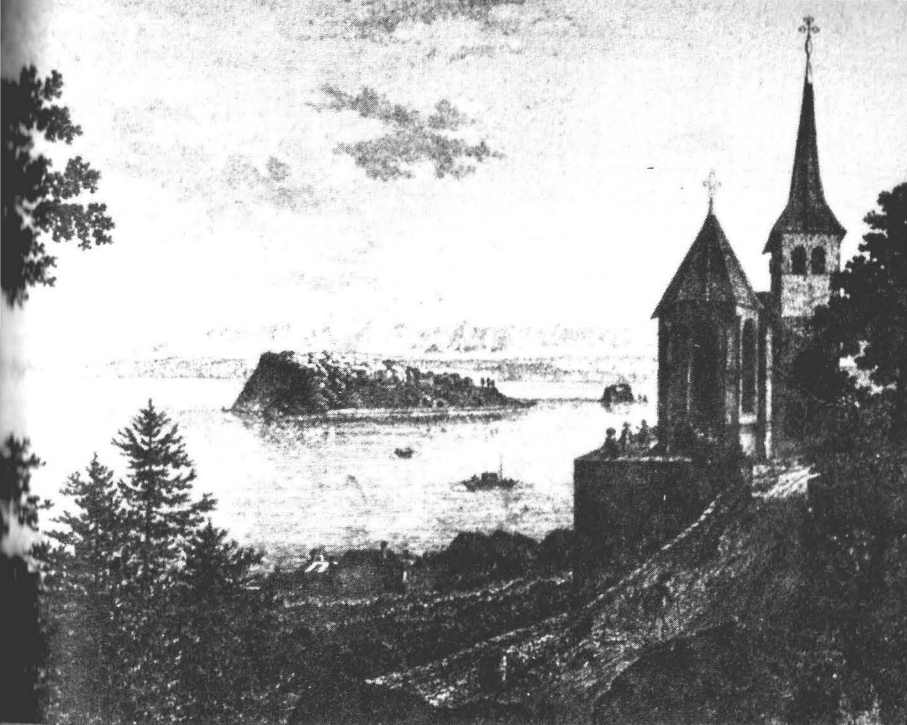
Por último, estaba la afirmación de Rousseau en *El contrato social* de que el cristianismo no tenía relación con la política porque se ocupaba sólo del mundo del espíritu, y ésta era la razón por la que debía existir una religión civil, regulada por el Estado, para asegurar que cada ciudadano amara sus obligaciones en la tierra.

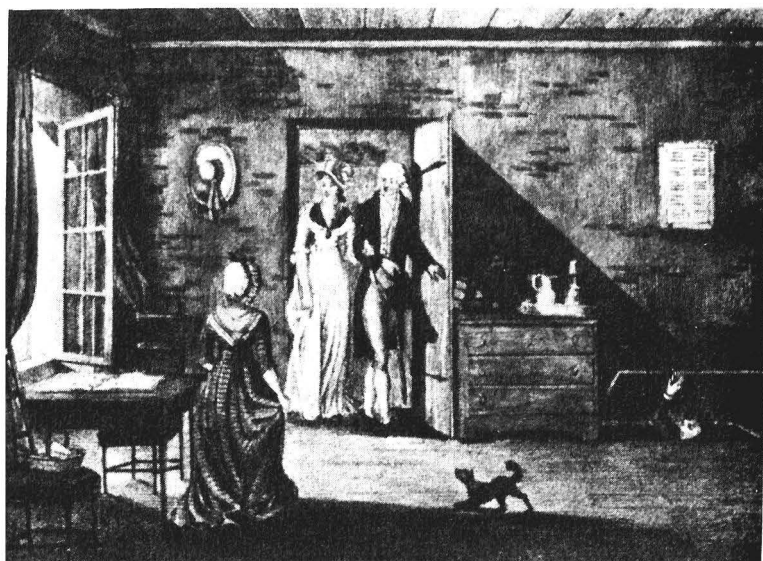
El periodo de «luna de miel» de Rousseau en Môtiers-Travers estaba tocando a su fin. Su enfermedad seguía causándole problemas, y ahora se dedicaba a cortar leña para sudar y así reducir la entrada de líquido en la vejiga. Problemas más graves se le avecinaban. Montmollin se había dado cuenta, por fin, de que había sido poco prudente y muy ingenuo al admitir a Rousseau en el redil, y convocó a éste a una reunión para hacerle preguntas sobre su fe; pero Rousseau se negó a asistir. La controversia llegó a oídos de Federico el Grande, quien dio orden de que Rousseau fuera apartado de la competencia del consistorio de pastores; pero fue en vano. Montmollin pronunció un sermón contra los perversos en el que toda la parroquia vio una alusión a Rousseau y el 6 de septiembre de 1765 su casa fue apedreada. Rousseau salió para Neuchâtel el día 8 y el 12 se refugió en la pequeña isla de San Pedro, en el Lago de Biemme, en la que sólo había una casa, perteneciente al síndico, quien le dio alojamiento.

El tiempo que vivió allí disfrutó de una existencia idílica, sin ninguna preocupación, aislado del mundo, coleccionando plantas y paseando en una barquita por el lago. Proyectaba recopilar un libro sobre la flora de la isla, pero la isla pertenecía a Berna, y el gobierno de allí no veía sus libros con mejores ojos que los de París y Ginebra. Casanova preguntó una vez al gran científico bernés Albrecht von Haller qué pensaba de *La nueva Eloísa*: «Es la peor de las novelas —contestó Haller—, porque es la más elocuente.» El gobierno de Berna expulsó a Rousseau de la isla

La isla de San Pedro, en el lago de Biemme, vista desde el norte. Grabado por Johann Joseph Hartmann. Biblioteca Nacional Suiza, Berna. ▼

La casa del síndico de Berna, en la que se alojó Rousseau durante su estancia en la isla de San Pedro. ►



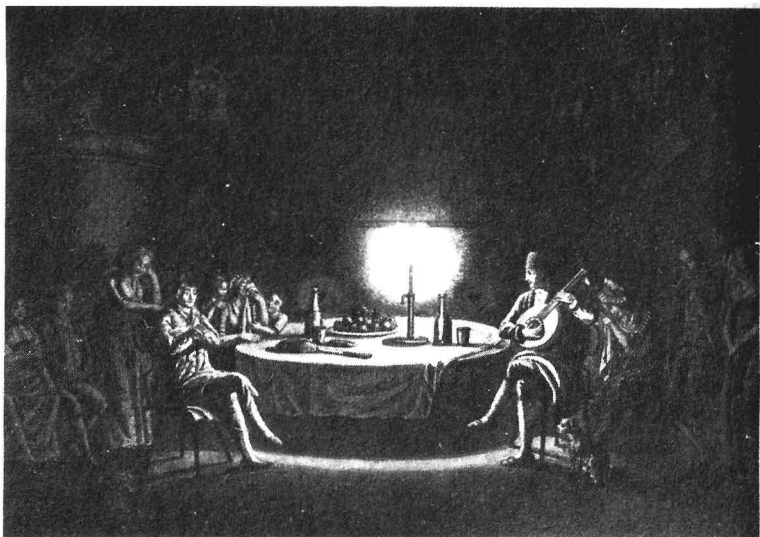




El embarque de los conejos, grabado perteneciente a las Confesiones, de Rousseau. Biblioteca Nacional, París. Rousseau y Thérèse, junto con la mujer y la hermana del síndico, transportan conejos para poblar de estos animales un islote situado al sur de la isla de San Pedro.

◀ La sala de estar de la casa del síndico, en la isla de San Pedro.

◀ Grabado imaginario del dormitorio de Rousseau en la isla de San Pedro, que representa la entrada de unos visitantes en la habitación y la huida de Rousseau por una trampilla, a la derecha. British Museum, Londres.



Grabado en el que aparece Rousseau cantando ante la familia del síndico para agradecer la hospitalidad que se le brindó en la isla de San Pedro. Biblioteca Nacional, París.

Rockhall, la casa de Rodolphe Vautravers, en Bienne, donde estuvo Rousseau en octubre de 1765. Dibujo a lápiz de J. Hartman. Museo Schwab, Bienne.





A la izquierda, el pastor de Ginebra Paul Moulton, amigo de Rousseau (Biblioteca Pública y Universitaria, Ginebra). A la derecha, W. Kenrick (National Portrait Gallery, Londres), traductor de las obras de Rousseau al inglés.

de San Pedro. Desesperado, rogó a las autoridades de Berna que le metieran en la cárcel donde quisieran y prometió no escribir nada nunca más. La petición no tuvo ningún efecto, y el 25 de octubre de 1765 se marchó a Bienne, una pequeña ciudad que formaba parte del obispado de Basle. Allí conoció a un suizo naturalizado inglés, Rodolphe Vautravers, que vivía en una lujosa casa, Rockhall, donde le invitó a quedarse.

El nombre de Rousseau era conocido en Gran Bretaña por sus dos *Discursos*, que habían sido traducidos al inglés. Pero fueron sus tres grandes libros, traducidos por William Kenrick, los que le dieron fama allí. La condena del *Emilio* y de *El contrato social* en París y en Ginebra y, también, en La Haya, despertó la curiosidad británica por dichas traducciones. Así, cuando Rousseau se refugió en Môtiers-Travers su nombre y su fama eran ya bien conocidos entre los viajeros británicos, y muchos de ellos fueron a visitarle.

Cuando Edward Gibbon volvió a Lausanne en 1763, había roto su compromiso con Suzanne Curchod, que trabajaba de criada en casa del pastor de Ginebra, Paul Moulton, amigo de Rousseau. Moulton, muy afectado por la insensibilidad de Gibbon, rogó a Rousseau que intercediera ante él por Suzanne. Rousseau, después de hojear por segunda vez el libro de Gibbon



Ensayo sobre el estudio de la literatura, contestó que no le gustaba su autor y, por lo tanto, no creía que fuera el hombre adecuado para Mlle. Curchod.

Ese mismo año, Peter Beckford, especialista en la caza del zorro, fue a ver a Rousseau, y éste le explicó que no había aceptado las invitaciones para exiliarse en Inglaterra sólo por fidelidad a sus protectores franceses, ya que Inglaterra estaba en guerra con Francia. Rousseau siguió diciéndole: «Odio los libros, sólo te enseñan a hablar de lo que no sabes.»

En mayo de 1764, Daniel Malthus, padre del famoso economista inglés, fue a visitar a Rousseau y le invitó a ir a su casa, en Surrey; era un contacto más en Inglaterra. Pero el visitante más destacado del año fue el bufón James Boswell. Poco antes de su llegada, Rousseau había recibido, en septiembre de 1764, una oferta de Pasquale di Paoli para redactar una constitución política para Córcega. Durante el mandato de Paoli, Córcega se había sacudido el yugo de su soberano, la República de Génova. En *El contrato social* Rousseau había dicho que Córcega era el único país que quedaba en Europa capaz de tener una legislación bien fundada, y Boswell le dijo que él iba camino de Córcega, e incluso se ofreció para ser su emisario. En uno de sus escritos, Boswell describe a Thérèse como «una chiquilla francesa muy alegre».

Se había hablado mucho de la posibilidad de que Rousseau fuera a Inglaterra, y en mayo de 1765 Vautravers recibió una car-

James Boswell, vestido de jefe corso, tal y como asistió a un acto realizado en honor de Shakespeare en 1769. Grabado por J. Miller, 1770. National Portrait Gallery, Londres.



◀ *A la derecha, Thomas Hollis (Col. Mansell, Londres), un republicano inglés que aconsejó a Rousseau visitar Inglaterra, pero no vivir en ese país. A la izquierda, el doctor John Turton, que conoció a Rousseau en Bienne, y le transmitió la invitación del mariscal Keith para ir a Berlín (Col. R. H. Turton, M. P., Castillo Upsall).*

ta de Thomas Hollis, el racionalista evangélico republicano, con las siguientes referencias a Rousseau:

«Si el excelente Rousseau decidiera visitar Inglaterra, le vendría muy bien para su salud y, además, disfrutaría mucho en el viaje. Tengo la seguridad de que aquí sería muy bien recibido y respetado por todos. Pero con el tipo de vida que él ha llevado y las rutinas a que todos estamos sujetos, no creo que éste sea el país en el que él deba afincarse. En cuanto a tranquilidad, ¿quién no ve la tormenta que se está cerniendo sobre nosotros? La idea de abandonar la literatura y destruir todos sus libros es la reacción de un hombre que ha trabajado mucho y se ha visto maltratado. Pero un hombre de la experiencia de Rousseau, tan activo y prolífero, después de unas semanas de descanso, que se debería tomar, sería el primero en rechazar tal idea.»

Si Rousseau hubiera seguido este consejo, se habría ahorrado muchos disgustos. La «tormenta» fue la que Hollis había previsto que se desencadenaría a causa de la implantación de impuestos en las colonias americanas.

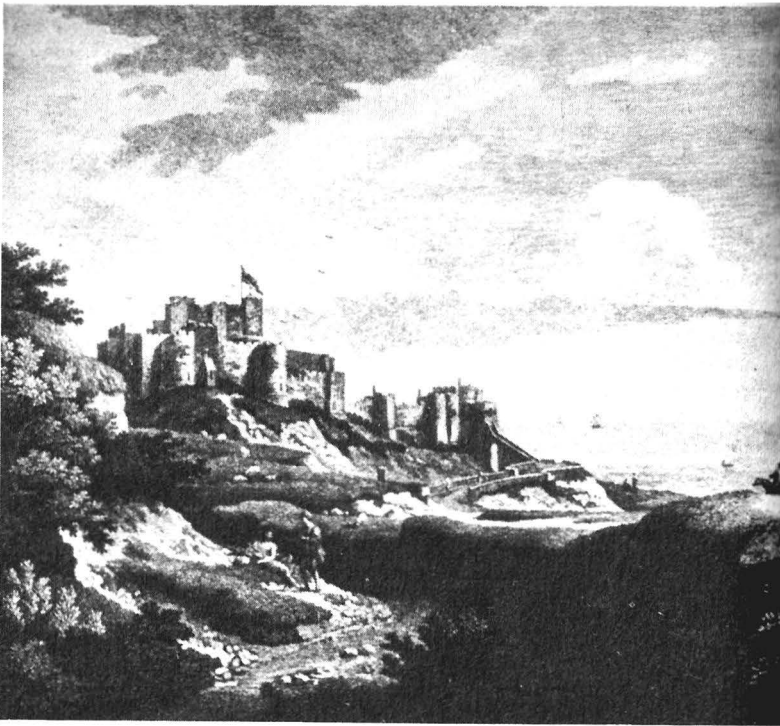
En Bienne, Rousseau no sabía qué hacer, si quedarse allí durante el invierno o marcharse. Otro inglés fue el que le hizo tomar la decisión: el doctor John Turton, más tarde médico privado de Jorge III, que venía de Berlín con una invitación del mariscal Keith a Rousseau para que fuera allí a refugiarse. Rousseau decidió dejar Suiza, pero no ir a Berlín. Por el contrario, iba a aprovechar la invitación de David Hume y trasladarse a Inglaterra. Dejó a Thérèse en la isla de San Pedro, salió de Bienne el 29 de octubre de 1765 y llegó a Estrasburgo el 2 de noviembre. Entrar en Francia era un riesgo porque la orden para su arresto estaba todavía en vigor; sin embargo, fue recibido con mucho entusiasmo y su ópera *El adivino del pueblo* se representó en su honor. Allí recibió otra invitación, ésta de un cosaco de Ucrania, Cyril Razoumovsky, para ir a Rusia, pero la rechazó. El 9 de diciembre salió de Estrasburgo y llegó a París el 16. El príncipe de Conti, prior mayor de la Orden de Caballeros Hospitalarios de Francia, le invitó al palacio de Le Temple. Fue muy agasajado y se representó para él su ballet *Las musas galantes*.

7. En Inglaterra

El 4 de enero de 1766, con David Hume y Jean-Jacques de Luze, Rousseau se puso en camino hacia Londres. Pasaron la noche, sucesivamente, en Senlis, Roye, Arras y Aire, y llegaron a Calais el 8 de enero. A mediodía del día 11, después de una mala travesía, llegaron a Dover. Pasaron una noche en Canterbury y otra en Dartford y el lunes 13 de enero estaban en Londres, alojándose en la calle Buckingham, en Strand.

La llegada de Rousseau se había aguantado con gran impaciencia. El día 10 de enero William Rouet, escocés entonces residente en Londres, escribió a su amigo el barón William Mure, de Caldwell, y le decía que los viajeros eran muy esperados. En otra carta, fechada el 16 de enero, Rouet decía que Hume estaba ocupadísimo buscando una casa en el campo para Rousseau. Los periódicos estaban todos pendientes del acontecimiento. *The Gazetteer and New Daily Advertizer* del día 20 decía: «El erudito Mr. Rousseau llegó a la ciudad el pasado lunes en compañía De Mr. David Hume. Por error se dijo que Mr. Rousseau se había ido a Putney; pero, de hecho, está en la calle Buckingham, en Strand. Parece ser que este sabio de Ginebra, y escritor de varias obras importantes, está tan deseoso de vivir en retiro que ha convencido a sus amigos de que quizá se vaya al condado de Radnor, en Gales, para vivir como un granjero en la finca de un señor importante del condado.» Este señor era Chase Price, de Knighton, primero diputado por Leominster y después recaudador de impuestos de aduanas en Radnor.

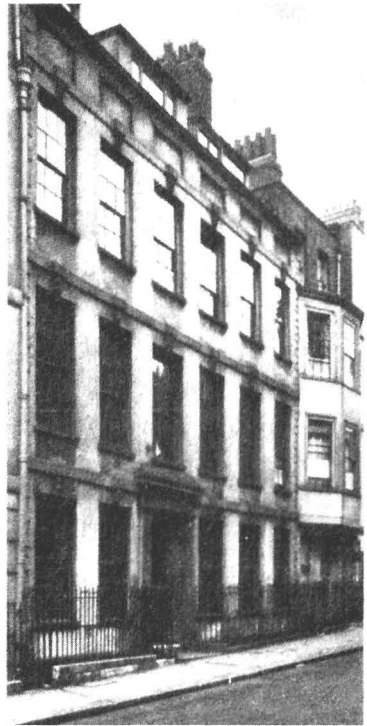
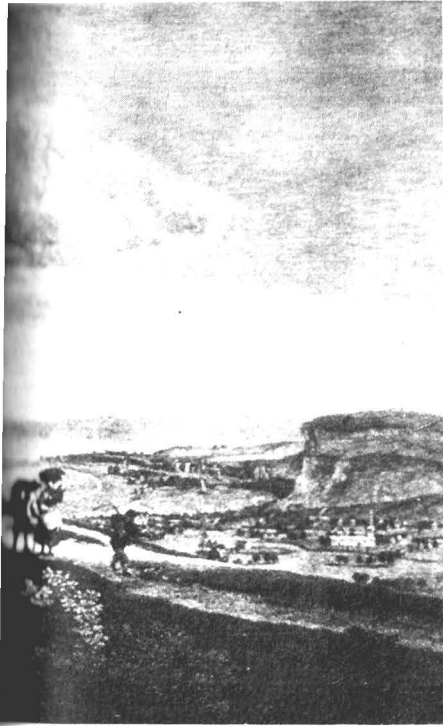
Hume había estado de verdad ocupado, como decía Rouet. El 17 de enero Hume y Rousseau fueron a Fulham a ver la casa de un jardinero francés que alquilaba habitaciones, pero sólo le quedaba una habitación con dos camas y una estaba ya ocupada por una persona enferma. Un tal señor Townsend le ofreció alojamiento en su casa, cerca de Londres, pero no llegaron a un acuerdo porque Rousseau insistía en que Thérèse tenía que comer con la familia. Ya en 1762, cuando Rousseau huyó de Fran-



cia, Hans Stanley (nieto de sir Hans Sloane), de Paultons, le había ofrecido una casa en la isla de Wight, y ahora que Stanley era jefe de la guardia del Castillo de Carisbrooke y gobernador de la isla le reiteraba la oferta, pero Rousseau la declinó porque, según las descripciones que conocía de la isla, no tenía tanto arbolado como a él le gustaba, estaba muy expuesta a los vientos, tenía muchos habitantes y la vida, se decía, era tan cara como en Londres.

Rousseau no se encontraba a gusto en la casa de la calle Buckingham, había demasiada gente; estaba siempre llena de visitantes, curiosos que querían ver «la atracción», y Hume se había convertido en el director del espectáculo. El duque de York, lord Nuneham, el príncipe heredero de Brunswick, el coronel Webb y el reverendo Richard Penneck, rector de Abinger y director del gabinete de lectura del Museo Británico, estuvieron entre la multitud de espectadores que desfiló por allí.

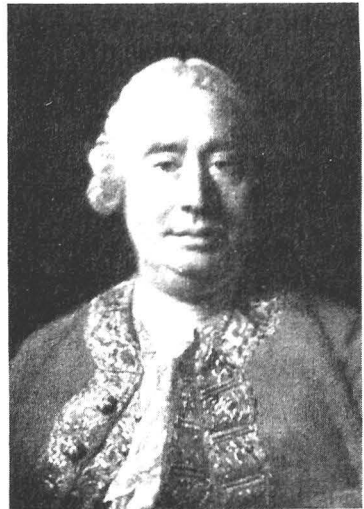
Al poco tiempo, Hume se dio cuenta de que cuando se ofreció para buscar vivienda a Rousseau en Inglaterra su magnani-

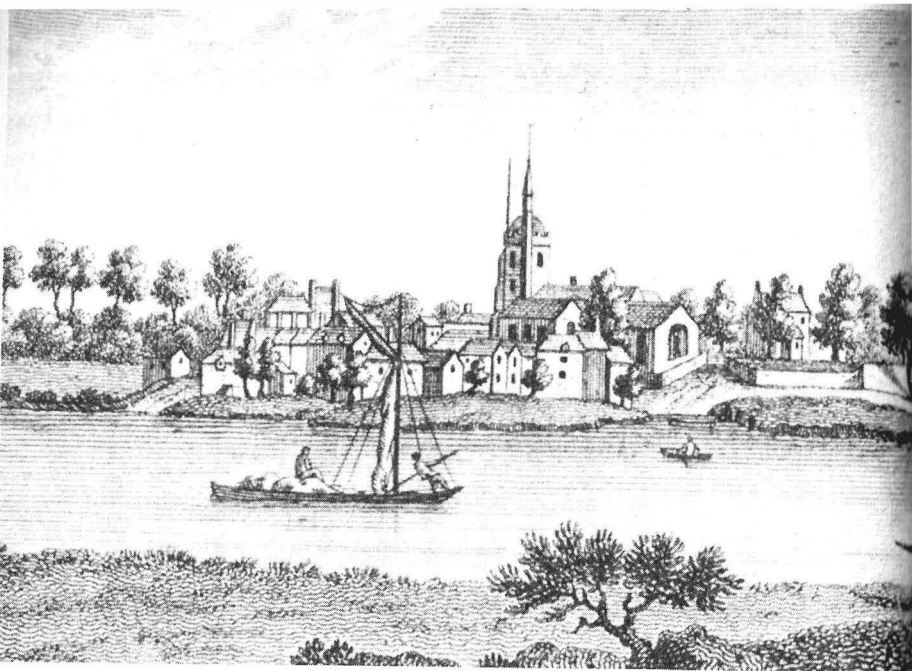


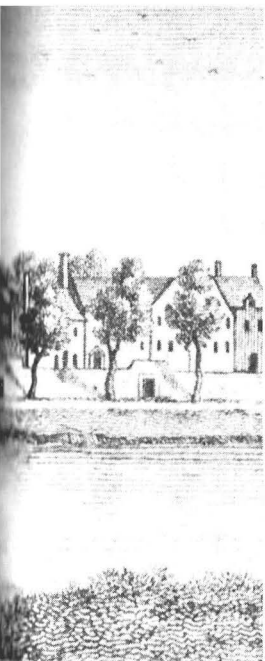
Vista del castillo y la ciudad de Dover, a cuyas costas arribó Rousseau, acompañado por David Hume, el 11 de enero de 1766. Grabado de J. Mason según original de G. Lambert, 1762. Sala de Mapas, British Museum, Londres.

El número 10 de la calle Buckingham, Londres, lugar donde se alojó Rousseau desde el 13 al 31 de enero de 1766, durante su viaje a Inglaterra.

David Hume invitó y acompañó a Rousseau en su viaje a Inglaterra. Sin embargo, no tardó mucho en pasar de ser un bienhechor a convertirse en el «peor enemigo» del ginebrino, que sospechaba de él como espía. Retrato por Allan Ramsay, 1766. Galería Nacional de Escocia, Edimburgo.







A la izquierda, vista de Chiswick. Col. Mansell, Londres. A la derecha, D. Garrick y Miss Younge actuando en Zara. Victoria and Albert Museum, Londres.

◀ *Monaughty, la casa de Chase Price en el condado de Radur, ofrecida por su dueño a Rousseau y rechazada por éste.*

midad no había tenido en cuenta el carácter difícil e insoportable de éste. Lord Charlemont aclara algo al respecto:

«Cuando Hume y Rousseau llegaron de Francia, encontré a Hume en el parque, por casualidad, y le deseé suerte en su grata relación, insinuándole, a propósito, que estaba convencido de que debía de estar muy feliz con su nuevo amigo, ya que sus sentimientos, pensaba yo, eran muy parecidos. “No, hombre —contestó él—, estás equivocado. Rousseau no es lo que tú piensas; tiene una especial inclinación hacia la *Biblia* y es, a su manera, no mucho mejor que cualquier cristiano”. Exceso de vanidad era la locura de Rousseau. Cuando llegó a Londres, él y su traje armenio fueron seguidos por multitudes, y mientras duraron estas pruebas de admiración, estuvo contento y feliz.»

El 18 de enero Hume se enteró de que Chase Price estaba dispuesto a hospedar a Rousseau en su casa, *Monaughty*, un an-

tigo monasterio del siglo XVI cerca de Presteigne, en el condado de Radnor, donde vivía uno de sus granjeros. El 20 de enero Price visitó a Rousseau y le prometió que ese mismo día escribiría a su granjero y le ordenaría que preparase todo para su llegada. Acordaron que Rousseau pagaría treinta libras al año por el alojamiento y la comida para él y Thérèse. Todo parecía estar arreglado.

El jueves 23 de enero había una función real en el Teatro Drury Lane, con la asistencia de Jorge III y la reina Carlota, quienes estaban deseosos de ver al nuevo huésped de Inglaterra. A Hume le resultó difícilísimo convencer a Rousseau para que asistiera al teatro, porque éste tenía miedo de que en su ausencia su perro, *Sultán*, se escapase. Por fin, Hume, enojado, cerró la puerta de un portazo, con *Sultán* dentro, escondió la llave y obligó a Rousseau a acompañarle. El periódico *The London Evening Post* del 23-25 de enero de 1766 publicaba la siguiente crítica sobre la representación: «El jueves, cuando Sus Majestades entraban en el Teatro Drury Lane para ver la tragedia de Zara, el famoso John James Rousseau hacía su aparición en uno de los palcos de arriba, encima del palco de proscenio, enfrente de Sus Majestades. Vestía un extraño traje e iba acompañado de Mr. Hume. La multitud tenía tantos deseos de entrar en el teatro que, en la confusión, numerosos caballeros perdieron sus sombreros y sus pelucas, y las damas, sus capas, etc. El alboroto en la tribuna superior del teatro era tal, que las actrices Mrs. Yates y Miss Plym tuvieron que interrumpir su representación nada más empezar.» Al terminar la función, «el famoso forastero fue obsequiado con una extraordinaria cena en casa de Mr. Garrick, en la calle Adelphi, con la asistencia de un nutrido grupo de personalidades del mundo de las letras.»

Rousseau estaba cansado de Londres, pero no podía hacer nada sino esperar a que Monnaughty estuviera preparada. Entre tanto, el 31 de enero se fue a Chiswick, a hospedarse con un tendero llamado Pulleyn. Hume volvió a su antigua vivienda de la calle Lisle. El 13 de febrero Thérèse se reunió con Rousseau en Chiswick. Rousseau le había aconsejado que viniera en el barco que salía de Yverdon e iba por los lagos de Neuchâtel y Biemme, por los ríos Aar y Rin, cruzando el mar, y por el Támesis hasta Londres. Pero Thérèse vino por un camino muy diferente. Fue a París y estuvo en casa de la duquesa de Luxemburgo, donde Boswell la visitó. Thérèse estaba preocupada por el viaje a Londres y sugirió a Boswell que podían viajar juntos; éste aceptó y salieron de París el 31 de enero de 1766. Boswell estaba muy aba-



A la izquierda, retrato de James Boswell, realizado a finales del siglo XVIII. Col. Mansell, Londres. A la derecha, Horace Walpole, autor de la carta falsa del rey de Prusia a Rousseau. National Portrait Gallery, Londres.

tido porque acababa de recibir la noticia de la muerte de su madre, pero después de la primera noche de viaje su ánimo era muy diferente. Thérèse y él compartieron la cama e hicieron el amor trece veces, la mayoría bajo la «dirección» de Thérèse, que después le dijo a Boswell que era muy «vigoroso» pero que le faltaba «arte». Boswell la llevó a la casa donde estaba Rousseau, en Chiswick, el 13 de febrero. Posteriormente, Rousseau escribió a Boswell una carta recomendándole que cuidara su salud y se sacara sangre con frecuencia.

La situación se complicó pronto, como resultado de la cruel trampa que le tendió Horace Walpole, residente entonces en la capital francesa. Este escribió a Rousseau una carta falsa, en francés, que firmaba con el nombre del rey Federico el Grande. La carta decía así:

«Querido Jean-Jacques: Has renunciado a Ginebra, tu tierra natal. Has sido expulsado de Suiza, país del que tanto alarde has hecho en tus escritos. En Francia estás proscrito: entonces, ven a mí. Yo admiro tu talento y me divierto con tus ensueños, a los que, dicho sea de paso, les dedicas demasiado tiempo y atención. Es hora de que seas prudente y feliz: has dado mucho que hablar con tus excentricidades, poco convenientes para un gran hombre de verdad: muestra a tus amigos que a veces tienes sentido común; esto les contrariará a ellos y a ti no te hará



Detalle del mapa de Surrey, de John Rocque, en el que se aprecian Munday House, donde Rousseau estuvo con el coronel Charles Webb; Wotton Place, donde vivía sir John Evelyn, y The Rookery, perteneciente a Daniel Malthus. Sala de Mapas, British Museum, Londres.

Mundies Farm, la casa del coronel Webb en el condado de Surrey, en una fotografía tomada en 1955. Rousseau y Thérèse pasaron dos noches allí en 1766. ▶

ningún daño. Mis dominios te proporcionarán un retiro lleno de paz: estoy deseoso de ayudarte, y lo haré, si tú quieres. Pero si estás decidido a rechazar mi ayuda, puedes estar seguro de que no diré ni una palabra a nadie. Si insistes en retorcer tu mente para encontrar nuevas desgracias, haz lo que creas más conveniente. Yo soy rey y te puedo hacer tan desgraciado como desees, pero, al mismo tiempo, haré lo que tus enemigos nunca harán: dejaré de perseguirte cuando ya no estés orgulloso de ser perseguido. Sinceramente, tu amigo Federico.»

La broma ya circulaba por París antes de que Rousseau se marchara, pero él se enteró cuando estaba en Londres, y lamentablemente le dio por pensar que Hume había tenido algo que ver en el asunto.

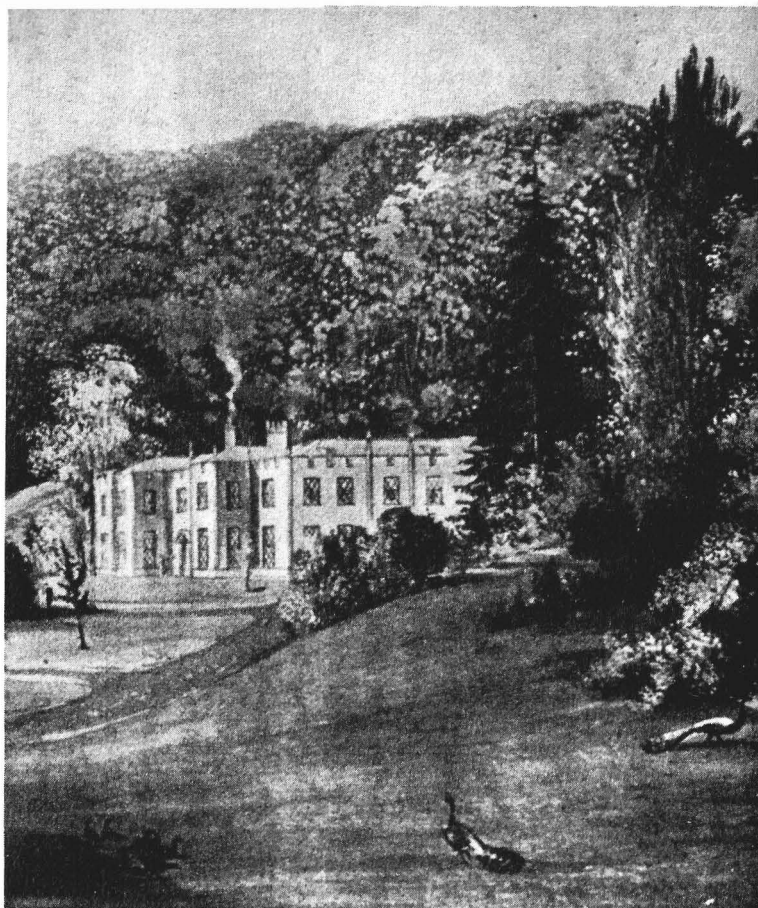
Una nueva calamidad de la que Hume le informó el 16 de febrero fue que *Sultán*, el perro, se había perdido, y él había publicado anuncios en los periódicos. Samuel Rogers, en su periódico *Table-Talk*, describía así lo ocurrido: «Un día, cuando Rousseau vivía en Chiswick, Fitzpatrick le fue a hacer una visita, y al poco de estar allí llegó David Hume. Rousseau había perdido a su perro favorito, Hume se había afanado en buscarle y ahora



se lo devolvía a su amo, que le dio las más expresivas gracias y derramó lágrimas de alegría sobre el animal.»

Pero *Sultán* se perdió otra vez. El 1 de marzo Rousseau fue a la calle Harley a posar para Allan Ramsay, que le estaba haciendo un retrato, a petición de Hume, y en el camino de vuelta a Chiswick, el perro desapareció. Lord Strafford, que fue a visitar a Rousseau ese mismo día, le prometió poner un anuncio en los periódicos, y apareció en *The Public Advertiser* el martes 4 de marzo de 1766: «Perdido, sábado pasado, entre Kensington y Chiswick, perro marrón pequeño, orejas cortas, rabo corto enroscado. Se gratificará con cinco chelines a quien lo entregue en la tienda de Mr. Pulleyn, a la orilla del río, Chiswick. No se ofrecerá ninguna obra gratificación.» *Sultán* volvió solo.

El 2 de marzo Rousseau recibió una buena noticia: su equipaje, que él temía que se hubiera perdido, estaba en la aduana. Sin embargo, la casa de Gales parecía que nunca iba a estar dispuesta. Hume preguntó a Daniel Malthus, de Dorking, y al revelando Richard Penneck, de Abinger, si conocían alguna casa para Rousseau en los alrededores. Recibió una respuesta del coronel Charles Webb, a través de Malthus. El coronel Charles Webb vi-



vía en Munday House, aproximadamente a media milla de Wotton Place, donde vivía sir John Evelyn. Munday House se puede localizar exactamente en el mapa de Surrey de 1768, hecho por John Rocque, en la zona conocida como la «Pequeña Suiza».

Hacia el 7 de marzo de 1766, Rousseau, Thérèse y Hume salieron para Surrey y pasaron dos noches en casa del coronel Webb. Rousseau se quedó maravillado por la belleza y la paz del lugar, y Hume hizo gestiones para que Rousseau pudiera «establecerse» allí. Cuando dos siglos más tarde, en 1955, se hizo una inspección de Mundies Farm (que así se llamaba la casa entonces), era una casa de campo bastante deteriorada, convertida en

Estatua erigida por W. J. Evelyn hacia 1880 en el parque de Wotton Place, para conmemorar los paseos de Rousseau por estos lugares. El sitio donde está emplazada se llama «Paseo de Rousseau». Sin embargo, parece que no existen pruebas que confirmen la veracidad de los paseos del escritor por Wotton Place.



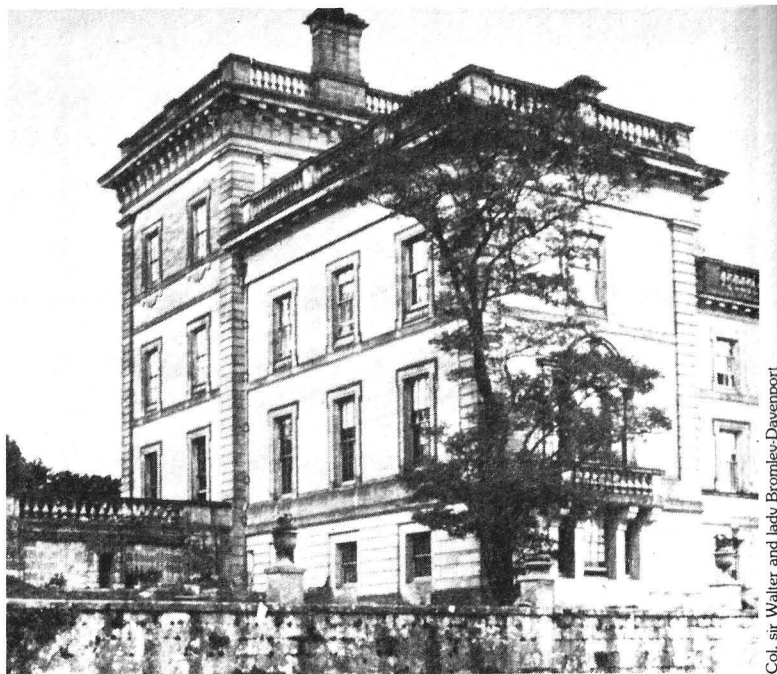
J. T. May, Guildford

◀ Vista de *The Rookery*, la casa de Daniel Malthus, cerca de Dorking, ofrecida a Rousseau y rechazada por éste en marzo de 1766. Pocos días antes había nacido en la casa Thomas Robert, el hijo de Malthus, que treinta y dos años después publicaría el *Ensayo sobre el principio de la población*. Dibujo de J. Gendell, sobre el grabado original de R. Ackerman.

dos viviendas con habitaciones pequeñas y techos muy bajos. Es difícil precisar en qué estado se hallaría cuando Rousseau estuvo allí porque sufrió muchos daños en la II Guerra Mundial. Las cuerdas, ocultas entre los árboles, fueron utilizadas por el ejército como almacén de municiones y, finalmente, destruidas por un incendio forestal en 1942.

Rousseau optó por no quedarse en la casa del coronel Webb, y visitaron otras dos que Malthus sugirió, pero que no fueron de su agrado. De vuelta a Londres, Malthus trató de convencer a Rousseau para que pasase la noche en su casa, *The Rookery*, donde unos días antes había nacido Thomas Robert Malthus, el futuro autor del *Ensayo sobre el principio de la población*, pero Rousseau prefirió continuar viaje y volvió a Chiswick hacia el 9 de marzo.

En torno a la visita que Rousseau hizo a Wotton y Abinger, donde se dice que pasó varios días, ha surgido una curiosa leyenda, según la cual el filósofo tenía la costumbre de caminar por uno de los paseos del parque de Wotton Place. Hacia 1880 se erigió la estatua de una figura femenina en el «Paseo de Rousseau» para conmemorarlo. No hay pruebas de veracidad al res-



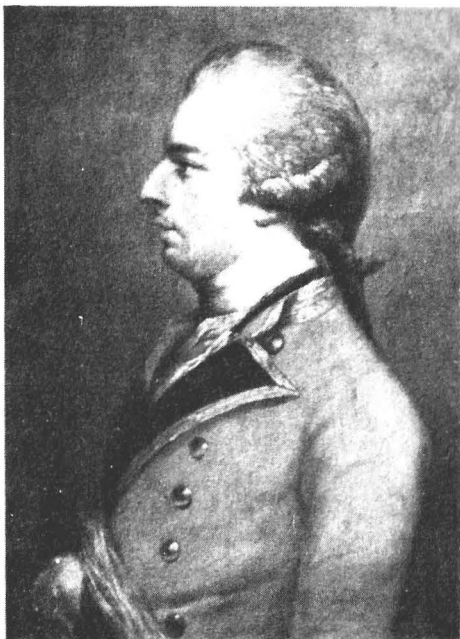
Col. sir Walter and lady Bromley-Davenport

pecto, pero tal leyenda aparece recogida como un hecho real en una historia de Surrey.

La casa de Gales seguía sin estar preparada, pero Rousseau se enteró de que un rico filántropo, Richard Davenport, iba a poner a su inmediata disposición su espléndida mansión de Wootton Hall, en el condado de Stafford (cerca de Ashbourne, en Derbyshire). Rousseau aceptó la oferta, pero con la condición de pagar treinta libras al año por Thérèse y por él. Como la casa estaba en condiciones de ser habitada, incluso con sirvientes, Rousseau escribió una carta a Price el 15 de marzo y le explicó la razón por la que había decidido ir a Stafford.

El 18 de marzo, Rousseau y Thérèse fueron de Chiswick a Londres para coger el landó que los llevaría a Wootton Hall, y estuvieron con Hume en su casa de la calle Lisle. Fue una estancia muy desafortunada. Primero, la patrona de Hume desaprobó la visita y alojó a Thérèse en el ático, en una habitación que Rousseau describió como «una perrera». Después, llegó una carta para Rousseau, ya que mandaba y recibía su correspondencia a través de Hume y éste era el que pagaba el franqueo.

Richard Davenport, además de ofrecer su mansión a Rousseau, consiguió para él una pensión de cien libras del rey Jorge III. Retrato por autor desconocido. Col. D. W. H. Neilson.



◀ *Wootton Hall, la mansión de Richard Davenport, en el condado de Stafford, que éste puso a disposición de Rousseau mediante el pago de treinta libras anuales.*

Rousseau se sentó a contestarla de inmediato, y tuvo la sospecha de que Hume merodeaba a su alrededor para leer lo que estaba escribiendo. La sospecha se agravó cuando Hume insistió en que su lacayo llevaría la carta a correos, en lugar del lacayo de lord Nuneham que estaba allí y se había ofrecido a llevarla. La noche terminó con una escena conmovedora, con Rousseau llorando en las rodillas de Hume y preguntándose si su anfitrión era un traidor o él un malvado.

Más problemas surgieron con el viaje en landó de Londres a Wootton Hall, a donde llegaron el 22 de marzo. Davenport había hecho creer a Rousseau que el landó que los traía de Londres aprovecharía el viaje de vuelta con otros pasajeros, y así le resultaría más barato. El subterfugio se puso de manifiesto cuando Rousseau vio al chófer volver a Londres de vacío. Protestó airadamente por estas obras de caridad que se hacían a sus espaldas. Iba en contra de sus principios de que la amistad era incompatible con la gratitud, regla por la que defendía su incondicional independencia. Pero todas estas circunstancias serían muy pronto superadas por problemas mucho más importantes.

8. Manías persecutorias

La prensa de Londres empezó dando una buena acogida a Rousseau, pero su actitud cambió pronto. El 1 de abril de 1766 el periódico *The Saint Jame's Chronicle* publicaba la falsa *Carta del rey de Prusia* en inglés y en francés. Rousseau fue tan imprudente como para publicar una protesta en el mismo periódico el día 8 de abril. El resultado fue un torrente de cartas irónicas gastando bromas a Rousseau, pero como éste carecía del más mínimo sentido del humor, las tomó todas como una ofensa a su persona. Su enfermiza susceptibilidad fue ultrajada; pero lo peor de todo fue la publicación en inglés de una carta anónima de Voltaire a «J. J. Pansophe», en la que le tomaba el pelo de una forma despiadada. Rousseau lo interpretó como una declaración de enemistad.

Antes de llegar a Inglaterra, Hume había preguntado a Rousseau si aceptaría una pensión del rey Jorge III, y como le dijo que sí, empezó a hacer gestiones. El 2 de mayo de 1766, el general Henry Seymour Conway, secretario de Estado, habló con el rey, quien acordó conceder a Rousseau una pensión de cien libras al año, con la condición de que se mantuviera en secreto. Conway escribió una carta a Hume en la que se declaraba encantado «por haber contribuido a proporcionar a tan distinguido genio estas muestras de amparo y protección que honrarán a este país, y de manera especial, a la mano real de quien ha emanado tal generosidad». Hume, a su vez, escribió a Rousseau y le adjuntó la carta de Conway. Hume nunca recibió contestación a su carta, pero el 12 de mayo Rousseau contestó a Conway directamente diciéndole que lamentaba no poder aceptar, en ese momento, la pensión del rey porque tenía muchas preocupaciones. Hume y Conway se quedaron perplejos con la respuesta, sin poder entender a qué obedecía tal comportamiento. Hume pidió repetidas veces una explicación a Rousseau, pero sin resultado. Pensaba que quizá lo que le había inducido a rechazar la pensión era su condición de «secreta», pero que la aceptaría in-

El general Henry Seymour Conway, secretario de Estado, consiguió el consentimiento del rey para conceder una pensión a Rousseau. Medallón de cera por J. Gosssett, 1760. National Portrait Gallery, Londres.



mediatamente si fuera hecha pública. Entre tanto, Hume escribió a Davenport, que vivía cerca de Wootton Hall y visitaba a Rousseau con frecuencia, para ver si él podía explicarle esta actitud. Lejos de aclarárselo, Davenport le sorprendió mucho más cuando le dijo que Rousseau ni tenía preocupaciones ni estaba enfermo, sino que, por el contrario, se encontraba muy bien y con buen humor. Y lo que todavía era más incomprensible: Rousseau negaba a Davenport haber rechazado la pensión del rey, de quien hablaba con el mayor respeto.

Algunos de los amigos de Hume, entre ellos Anne-Robert-Jacques Turgot, estadista francés, y el economista Adam Smith, comprendieron el verdadero significado de la carta de Rousseau a Conway: no quería decir que Rousseau se negase a recibir una pensión del rey, sino que se negaba a recibirla de manos de Hume, porque estaba convencido de que éste se había aliado con Voltaire, D'Alembert, Diderot y demás enemigos suyos, para desacreditarle.



Cuando Rousseau volvió a Francia, donde todavía seguía en vigor la orden de su arresto, Hume escribió a Anne-Robert-Jacques Turgot, barón de L'Aulne e influyente hombre de Estado francés, para que intercediera ante Luis XIV y el duque de Choiseul con el fin de proteger a Rousseau. Retrato de Turgot, por Joseph Ducreux. Museo de Versailles.

El 10 de julio de 1766 Rousseau mandó una airada carta a Hume en la que le enumeraba todas las sospechas que tenía acerca de su comportamiento.

La primera se basaba en que, cuando viajaban desde París, en Senlis, Hume había dicho por la noche en sueños: «Tengo a Jean-Jacques Rousseau». Después, la carta que Hume trató de leer por encima del hombro de Rousseau, y que insistía en echar al correo. También hubo otra carta que, para Rousseau, tenía indicios de haber sido abierta y vuelta a cerrar, lo que le convenció de que Hume espía su correspondencia. Además, los periódicos de Londres se habían puesto de repente en contra suya, y Hume no había salido en su defensa. Rousseau persistía en su sospecha de que Hume era el autor, o cómplice, de la falsa carta del rey de Prusia. Strahan, el editor del periódico *The Saint James's Chronicle*, en el que tantos artículos hostiles a él se habían publicado, era un amigo de Hume, y también lo era el joven Tronchin, hijo del doctor Théodore Tronchin de Ginebra, que se había convertido en uno de los más acerbos enemigos de Rousseau. El joven Tronchin incluso vivía en la misma casa que Hume y tenía que ser un espía enviado por el gobierno de Ginebra. Por último, Hume era amigo de D'Alembert y de «los filósofos»

de París. Así, la imaginación de Rousseau desarrolló una montaña de sospechas que para él eran hechos reales, y llegó al convencimiento de que Hume era un traidor, aliado con sus enemigos para denigrarle a los ojos del público.

Cuando Rousseau llegó a Inglaterra, Hume sabía que su orgullo no le permitiría vivir en ningún sitio sin pagar renta. Entonces, para hacerse una idea de la cantidad que razonablemente podría pagar, creyó que era su obligación, por el bien de Rousseau, averiguar cuál era su situación económica. Con toda discreción, indagó a través de sus amigos en Francia, y se enteró de que la extrema pobreza en que Rousseau aparentaba vivir no reflejaba su verdadera posición, ya que recibía bastante dinero por los derechos de autor de sus libros. Su pobreza era sólo una pose. Después de saber esto, Hume sugirió la módica cantidad de treinta libras al año por su pensión y la de Thérèse. Pero en vista de la inesperada y aparente negativa de Rousseau a aceptar la pensión del rey, Hume llegó a la conclusión de que Rousseau había estado de acuerdo en que se gestionara la pensión sólo para tener la oportunidad de renunciar a ella con gran ostentación. Esto confirmaba su opinión de que Rousseau no era más que un monstruo de ingratitud, un vulgar mentiroso y un loco derrotado por su propio orgullo y presunción.

Las cosas se precipitaron cuando se supo que Rousseau estaba escribiendo sobre su «persecución y defensa». Escribió los cinco primeros libros de sus *Confesiones* en Wootton Hall. Después, en una carta que escribió a su editor M. Guy —y que, sin saber cómo, apareció en los periódicos de Londres—, Rousseau desafiaba a Hume a publicar cualquier información sobre el asunto sin «grandes falsificaciones». Así las cosas, Hume creyó oportuno escribir un *Conciso y legítimo informe sobre la disputa entre Mr. Hume y Mr. Rousseau*. Contenía principalmente una serie de comentarios a la mordaz carta de Rousseau del 10 de julio. Hume pensó no publicarlo hasta después de su muerte. Otra carta de Rousseau, del 30 de agosto de 1766, que también llegó a los periódicos, negaba que él hubiera rechazado la pensión del rey de forma insultante. Ahora que el nombre del rey se había mencionado públicamente en el asunto, Hume temía que su reputación se viera afectada. Tanto sus amigos de París como los de Escocia le habían aconsejado que no publicara de inmediato su Informe, y particularmente Turgot le hizo la observación de que, si bien su indignación por el comportamiento de Rousseau estaba muy justificada, había malinterpretado la carta de éste sobre la pensión del rey. Si lo publicaba, lo único que haría sería

A
CONCISE AND GENUINE
A C C O U N T
OF THE
D I S P U T E

BETWEEN
Mr. HUME and Mr. ROUSSEAU:

WITH THE
L E T T E R S
That passed between them during their
CONTROVERSY.

AS ALSO,
The LETTERS of the Hon. Mr. WALPOLE,
and Mr. D'ALEMBERT, relative to this extra-
ordinary Affair.

Translated from the French.

L O N D O N :
Printed for T. BECKET and P. A. DE HONDT,
near Surry-street, in the Strand.
M DCC LXVI.

Portada de la edición inglesa de Un conciso y legítimo informe sobre la disputa entre Mr. Hume y Mr. Rousseau, de Hume, que junto con la edición francesa se publicó en octubre de 1766. British Museum, Londres.

confirmar a Rousseau en sus sospechas. Esta fue la verdadera tragedia: cada uno hizo exactamente lo que el otro necesitaba para confirmar sus sospechas. Pero, a estas alturas, Hume ya había decidido publicarlo.

El Informe se mandó a París, donde fue traducido al francés con el título de *Exposé succinct de la contestation qui s'est élevée entre M. Hume et M. Rousseau*. El rey Jorge III y la reina Carlota se interesaron mucho por el tema y pidieron a Hume que les dejase ver una copia de su manuscrito. La copia que les presentó está en la biblioteca real del Castillo de Windsor: el texto aparece copiado con muy buena caligrafía y con notas al margen escritas por Hume, algunas de las cuales no están incluidas en la edición que finalmente se publicó. Como comentarios a los diferentes párrafos de la famosa carta de Rousseau del 10 de julio, Hume escribió: «Primera mentira», «Segunda mentira», y así hasta «Duodécima mentira»; y añadía: «A pesar de todo, esta carta estaba sellada con su lema de costumbre: *vitam impendere vero*. Yo pregunto: ¿alguien ha conocido a algún aspirante a la virtud suprema que haya sido simplemente honrado?» Hume había perdido la paciencia.

Las ediciones francesa e inglesa se publicaron en octubre de 1766. Esta era otra ocasión que Voltaire no perdería para atacar de nuevo a Rousseau por donde más podía dolerle, y publicó su *Carta de M. Voltaire a M. Hume*, en la que, entre otras cosas, decía lo siguiente: «En el estercolero donde está Rousseau gruñendo contra la humanidad, se le puede echar un pedazo de pan si lo necesita, pero es preciso avisar a los que se lo echen de que puede comerles las manos.»

En este caso, el doctor Samuel Johnson también estaba de acuerdo con Voltaire: «Creo que Rousseau es uno de los hombres más perversos que conozco; un sinvergüenza que debería ser desterrado de la sociedad, como ya lo ha sido. Ha sido expulsado de tres o cuatro países, y es lamentable que se le proteja en éste... Rousseau, señor, es un mal hombre. Firmaría antes una sentencia para su deportación que para la de cualquier criminal que haya pasado por el Tribunal Supremo en los últimos años. Sí, me gustaría verle trabajando en las plantaciones.» El doctor Samuel Johnson manifestó esta opinión a Boswell el 15 de febrero de 1766, antes de que los problemas entre Hume y Rousseau se hubieran hecho públicos.

Wootton Hall era el lugar ideal para Rousseau: solitario, situado en un valle con una vista maravillosa de árboles, prados y peñascos, un riachuelo con pequeñas cascadas, lejos de ciuda-



Vista de Dovedale, en el condado de Derby, lugar por donde paseaba Rousseau con su perro Sultán, recogiendo plantas y disfrutando de la naturaleza. Acuarela por J. Wright de Derby. Galería de Arte de Derby.

des y otras aborrecibles muestras de civilización, donde él podía pasear y recoger plantas. Desgraciadamente, ni Thérèse ni él entendían la lengua que hablaban los seis sirvientes que tenían a su disposición, y al día siguiente de su llegada, Wootton estaba cubierto de nieve.

Todo lo que Rousseau buscaba lo tenía allí: naturaleza, aislamiento y soledad; parecía posible que se quedara allí indefinidamente, ya que Davenport se mostraba encantado de que así fuera. Rousseau daba largos paseos con su perro *Sultán* y entablaba conversación con los obreros de las minas de plomo de Stanton y otras personas sencillas, algunas de las cuales todavía le recordaban cuando William Howitt estuvo por aquella zona y escribió su libro *Visitas a lugares importantes*, que se publicó en 1840. Allí oyó Howitt estos comentarios: «Ah, ¿el viejo Ross Hall? Yo le conocía muy bien, le veía todas las mañanas yendo de acá para allá, con su cómico sombrero y su traje estrafalario, reco-

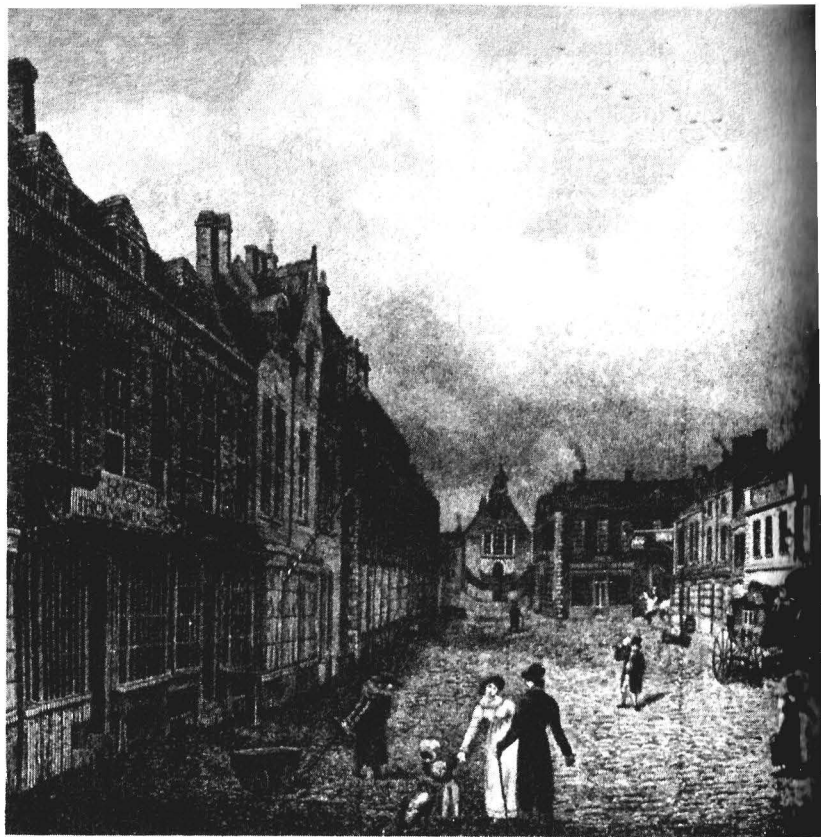
giendo yerbas.» «Sí, vivía con una señora, la llamaban “Madam Zell”, pero no sé si era su mujer. La gente decía que no lo era.»

Al igual que en Wotton Place, en Surrey, también aquí surgió una leyenda sobre la estancia de Rousseau en Wootton Hall, y con un poco de invención se convirtió en leyenda popular. Se decía que «no le importaba pasear por las montañas por la noche, cuando las *hadas* salían a bailar». Mucha gente le tomó por un rey en el exilio.

Un día, cuando Rousseau estaba dando su acostumbrado paseo, se encontró con un hombre que estaba mirando una planta y que le preguntó si era botánico. Era Erasmus Darwin, que quiso hacerse el enconradizo con Rousseau y entablar conversación, pero Rousseau sospechó que el encuentro no había sido fortuito y nunca más quiso hablar con él.

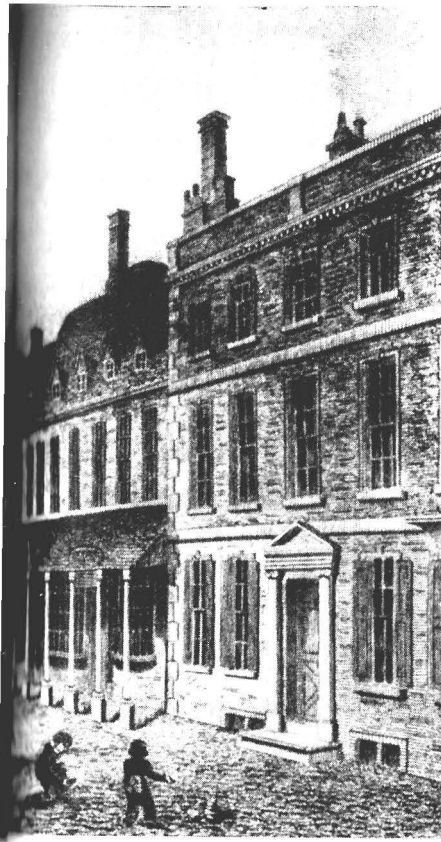
Aquí, en Inglaterra, como había ocurrido en Francia, los nobles partidarios del igualitarismo no tenían ningún inconveniente en admitir a personas importantes en su vecindad. Así, en Calwich Abbey, donde vivía Bernard Granville, Rousseau conoció a lady Andover, a lady Cowper, a sir Brooke Boothby, al conde Orloff y a la duquesa de Portland. Con la duquesa hizo muchas excursiones a la sierra cercana, para recoger plantas. Estuvo con Davenport en Davenport Hall, y lord Strafford le invitó a ir al condado de York, pero éste estaba demasiado lejos. El 23 de febrero de 1767 visitó al duque de Shrewsbury, en Alton.

Hubo una posibilidad, de la que Rousseau nunca llegó a enterarse, de que hubiera sido invitado por otra familia ducal. Desde el momento en que se publicó el *Emilio*, lady Holland había quedado cautivada por el libro. Admitía que contenía muchas paradojas y situaciones absurdas, pero también las ideas más bellas que ella había encontrado en un libro. Lady Holland escribía continuamente a su hermana, la marquesa de Kildare (más tarde duquesa de Leinster), preguntándole si había leído a Rousseau. La duquesa necesitaba un preceptor para su hijo mayor y consideró seriamente la posibilidad de ofrecer el puesto a Rousseau y darle una vivienda en un lugar apartado. Los amigos de la duquesa estaban horrorizados ante tal perspectiva, y Mrs. Delany, hermana de Bernard Granville, escribió a lady Andover el 4 de septiembre de 1766 diciéndole que aunque «el tal Rousseau era un genio y una curiosidad», era peligroso para los jóvenes, porque «bajo el disfraz y ostentación de la virtud» profesaba opiniones falsas y heterodoxas, y que era mejor confiar los niños «a una persona franca y honrada». No se habló más sobre Rousseau como preceptor del hijo de la duquesa.



El 22 de enero de 1767, el duque de Grafton, primer ministro, conmutó las quince libras que Rousseau había pagado de derechos de aduana por una caja de libros, y mandó el dinero a una suscripción abierta en Londres para ayudar a los pobres de Ginebra, ahora más necesitados por el bloqueo que el ejército francés había impuesto a la ciudad, debido a los disturbios entre los partidos políticos —los «*représentants*» («representantes») y los «*négatifs*» («negativos») —, problemas que Rousseau había originado con sus *Cartas de la montaña*.

En esta etapa de la vida en que se encontraba, su necesidad más perentoria era justificarse ante sí mismo y ante la posteridad. Esto era lo que pretendía hacer en sus *Confesiones*, que había empezado a escribir en Môtiers-Travers y ahora continuaba en Wootton Hall. Pero un nuevo miedo le asaltó. Se autocon-



Al lado, plaza del mercado de Spalding, en el condado de Lincoln. La tercera casa de la derecha es la posada White Hart, donde Rousseau se hospedó tras abandonar Wootton Hall. Grabado por H. Burgess, 1822. Sobre estas líneas, retrato de Charles Pratt, lord Camden, presidente de la Cámara de los Lores, al que Rousseau, víctima de manía persecutoria, escribió pidiendo protección. Cuadro por N. Dance.

venció de que su manuscrito nunca podría salir de Inglaterra, porque estaba seguro de que la invitación de Hume era sólo una trampa para tenerle atrapado allí. Temía no tener asegurada su libertad. Sospechaba ahora que el ama de llaves y los sirvientes de Wootton Hall le abrían la correspondencia y le ponían cenizas en la comida. Después sospechó de Davenport, y le escribió una carta furiosa exigiéndole que le explicase inmediatamente en qué condiciones estaba en su casa. Davenport le contestó con una carta muy suave y parece que se superó el problema. En marzo de 1767, para gran sorpresa del general Conway, Rousseau solicitó, a través de Davenport, la pensión prometida por el rey Jorge III. Le fue concedida el 18 de marzo.

El invierno de 1766-67 fue particularmente riguroso, y Rousseau se hundió en una nueva crisis de desesperación y manía per-

secutoria, porque Davenport (que había estado enfermo) no pudo salir de Londres para visitarle. De repente, el 1 de mayo de 1767, después de escribir una carta a Davenport diciéndole que lamentaba no poder contarle entre sus amigos verdaderos, Rousseau y Thérèse se fueron de Wootton Hall, dejando allí su equipaje pero no su dirección. El 5 de mayo se presentaron en Spalding, Lincolnshire, y se hospedaron en la posada White Hart. El estado de desequilibrio en que estaba Rousseau se puso de manifiesto por su comportamiento allí. La razón de su viaje al condado de Lincoln era entregar el famoso manuscrito de las *Confesiones* a un suizo de confianza, Maximilien de Cerjat, que vivía en Louth, para que lo enviara a Du Peyrou, en Neuchâtel. De esta forma evitaba el peligro de que el manuscrito se encontrara en su poder y le fuera arrebatado. El mismo día, el 5 de mayo, escribió una carta al presidente de la Cámara de los Lorens, lord Camden, rogándole que le protegiera de los peligros y amenazas que le acosaban, y pidiéndole que le concediera una escolta para acompañarle a Dover.

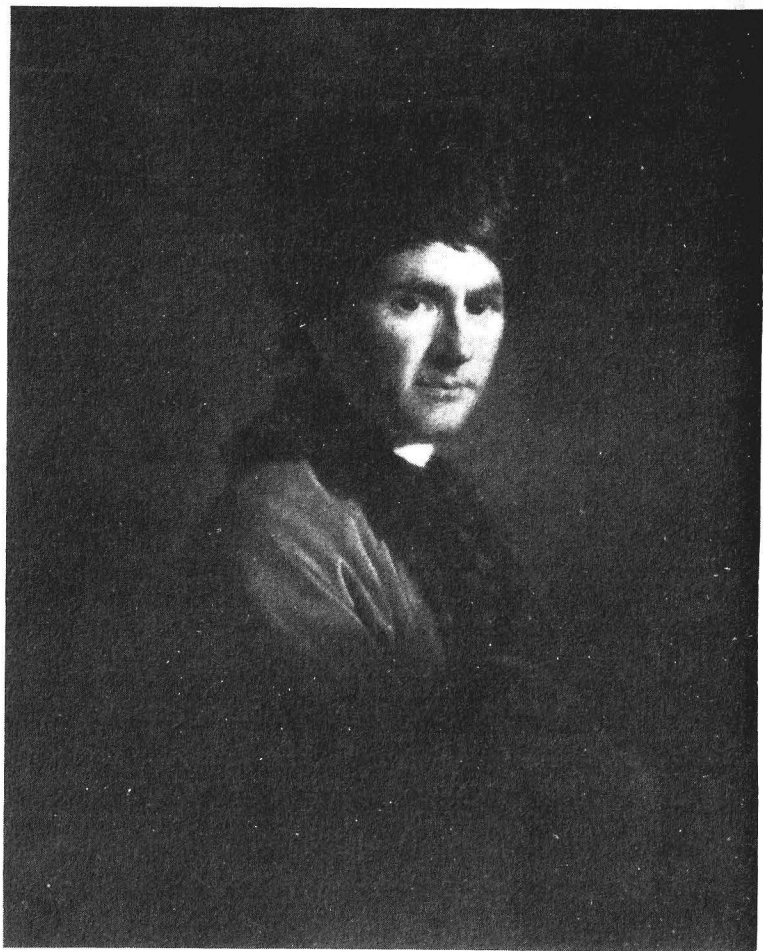
También desde Spalding, el 11 de mayo, Rousseau escribió a Davenport, y le decía: «Preferí la libertad a vivir en su casa. Pero prefiero infinitamente vivir en su casa a cualquier otro tipo de cautiverio, y prefiero cualquier otro cautiverio antes que éste en el que estoy ahora, que es horrible e insoportable.»

A pesar del pánico y la desesperación que Rousseau decía sentir, el sacerdote del pueblo, el reverendo John Dinham, le encontraba normalmente «alegre, de buen humor, tranquilo y disfrutando de todo, sin asomo de temor o dolencia de ninguna clase.»

9. Una imagen para la posteridad

Dando por hecho que no era un actor, cabría preguntarse si Rousseau era esquizofrénico; pero probablemente tampoco lo era. Su poder de imaginación era tan grande, su timidez tan acusada, su indignación moral tan fácil de explotar, su vanidad tan aplastante y su egotismo tan irrefragable, que un momento estaba violentamente a la defensiva y hostil y al siguiente era todo tranquilidad, un hombre aparentemente normal y casi eufórico. Todavía hay otra explicación, más seria, de su comportamiento: daba incipientes muestras de demencia. John Locke señaló que la diferencia entre un tonto de ideas nada claras y un demente es que el tonto no razona lógicamente, incluso partiendo de premisas verdaderas, mientras que el demente razona con lógica infalible partiendo de premisas completamente falsas o inexistentes. A Rousseau lo que le trastornaba era la imaginada conspiración internacional, con Voltaire, Hume y todos los demás a la cabeza. Lo trágico es que él necesitaba esta conspiración como medio para justificarse a sí mismo, ya que siempre tuvo presente en su subconsciente las cosas imperdonables que había hecho, tales como robar la cinta y echar la culpa a Marion, y abandonar a sus hijos. Como, por otro lado, se había autoconvencido de que él era «bueno», el mejor de los hombres, tenía un gran conflicto interno, que trataba de resolver alegando que había expiado esos delitos de antaño con el sufrimiento al que había estado sometido por sus enfermedades físicas y por la persecución a que le sometía la «conspiración». Horace Walpole lo resume de una manera muy acertada en su carta falsa del rey de Prusia: Rousseau temía y al mismo tiempo buscaba la persecución. Había sido proscrito de Francia, Ginebra y Berna; había sido echado a pedradas de Môtiers-Travers, pero en Inglaterra no tenía fundamento válido para temer nada, aparte de las quimeras producto de su trastornada y desorbitada imaginación.

Cuando Davenport recibió la carta que Rousseau le mandó desde Spalding, inmediatamente le envió un criado para asegu-



Retrato de Rousseau pintado por Allan Ramsay en 1766, por encargo de David Hume. Este retrato, que según Rousseau «parece un cíclope», era una de las muchas cosas que el filósofo tenía en contra de Hume.

rarle que continuaba protegiéndole y que tenía libertad absoluta para vivir en Wootton Hall. Pero Rousseau había dejado Spalding el 14 de mayo, y llegó a Dover el 16. Desde allí escribió al general Conway implorándole que le dejara salir de Inglaterra indemne sin prestar oídos a la «conspiración», que engañosamente le había inducido a ir a Inglaterra para deshonrarle. También es-



Copia del retrato de la página anterior, encargada por Davenport a Ramsay en 1767. Si se compara con el original, se puede apreciar la diferencia de expresión, seguramente más natural en esta copia.

cribió a Davenport para decirle que cuando vio el mar se dio cuenta de que era un hombre libre y que había decidido volver a Wootton Hall. Pero la prensa le criticó tanto la forma en que había desertado de Wootton Hall, que abandonó la idea. Su mente se nubló de nuevo. El viento en Dover era desfavorable ese día, y él pensó que los cielos estaban también aliados con sus ene-

migos. En la comida le fue servido un plato con perejil y él lo confundió con cicuta. El 21 de mayo, a la hora de cenar, salió de la pensión aterrizado y se fue corriendo al barco que estaba todavía en bajamar, encerrándose con llave en un camarote. Ahora sospechaba incluso de Thérèse, y ésta tuvo grandes dificultades para hacerle bajar del barco. Aquella misma noche embarcaron.

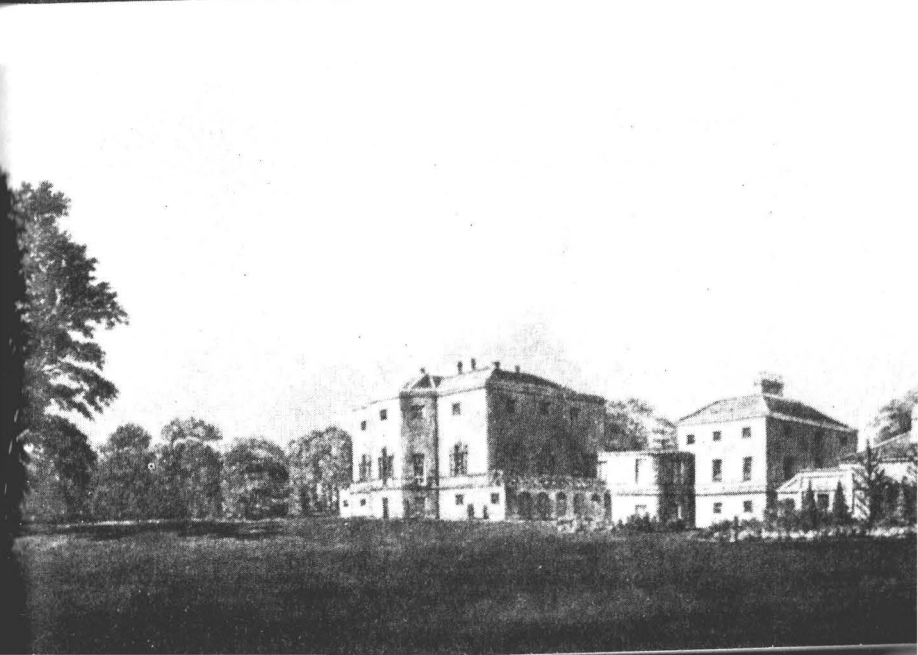
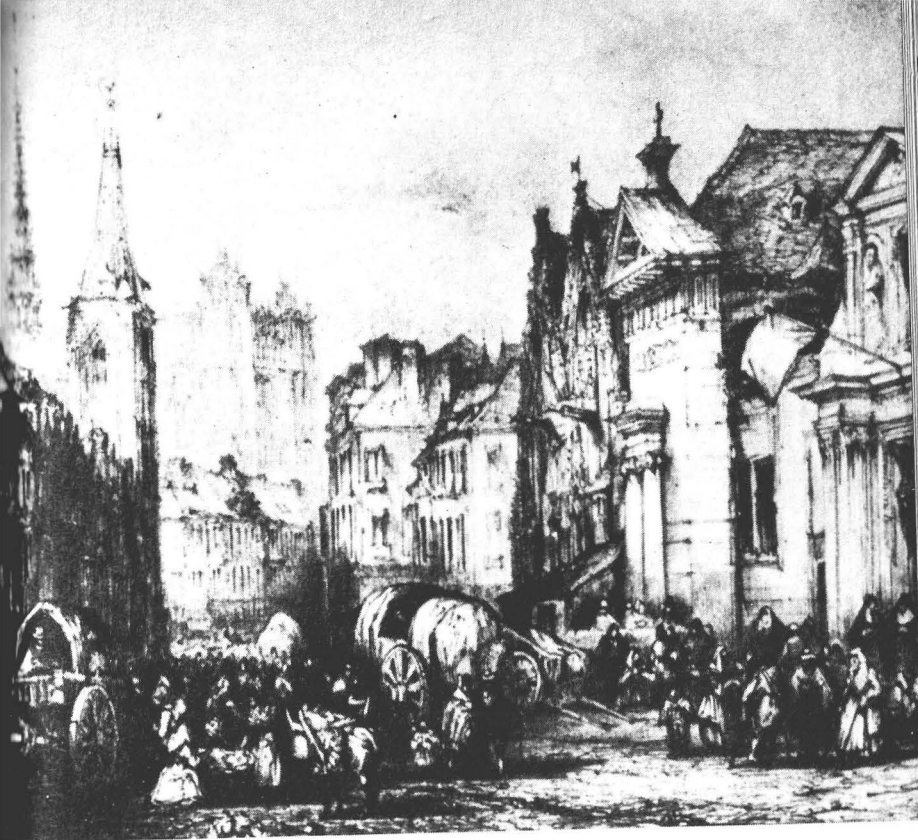
A pesar de su ingratitud, sus viejos amigos de Inglaterra le apreciaban mucho más de lo que él se pensaba. Hume había apoyado la petición de Davenport para que se le concediera la pensión del rey, y cuando supo con certeza que Rousseau estaba camino de Francia, con todos los peligros que ésto encerraba para él, escribió a Turgot y le pidió que hiciese todos los esfuerzos posibles para que Malesherbes protegiera a Rousseau en el país. Turgot respondió que, gracias a que la petición venía de Hume, el primer ministro, duque de Choiseul, tenía muchas posibilidades de obtener ese favor de Luis XV.

Davenport pidió a Allan Ramsay una copia del retrato de Rousseau que había pintado para Hume, y pagó veinte libras por él. Ramsay le mandó dos copias, con expresión diferente a la del original pero probablemente más natural. La nieta de Davenport, Phoebe, casada con Christopher Norton, llevó otra copia a Catton Hall. Una cuarta copia, atribuida a Thomas Gauquin, fue puesta por lord Nuneham en el pequeño Museo Rousseau que él mismo había fundado en Nuneham Courtenay; también había en el museo un busto de Rousseau con una inscripción de sir Brooke Boothby. Hay otra copia del retrato de Ramsay, ésta muy mala, en el Castillo de Coppet; se supone que Mme. de Staël la encontraría en Londres durante su estancia allí y se la llevaría a su casa.

En Inglaterra tiene que haber más cosas de Rousseau. El filósofo hizo testamento en Wootton Hall y se lo dio a Davenport el 26 de mayo de 1766. El albacea testamentario de Davenport, Edward Mainwaring, se lo mostró en una ocasión a lord Bagot, pero no se ha podido seguir su pista desde entonces. Tampoco se sabe el paradero de los libros de su biblioteca, que él vendió el 12 de marzo de 1767 a Louis Dutens, un francés miembro del

Vista de Amiens, con el hotel Dieu a la derecha, y la catedral al fondo. British Museum, Londres. ►

Nuneham Courtenay, la casa de lord Nuneham, donde éste fundó un pequeño Museo Rousseau en honor a su amigo, por el que sentía gran admiración. Universidad de Oxford. ►





*Retrato de
Louis-François,
príncipe de Conti,
el más influyente
y constante protector
de Rousseau
en Francia,
perteneciente a la
portada de Vie
privée du Prince
de Conti, de Capon
e Yves-Plessis.
British Museum,
Londres.*

servicio diplomático británico, el cual le entregaba, como pago por ellos, una cantidad anual de diez libras.

Cuando el 22 de mayo de 1767 llegó con Thérèse a Calais, Rousseau no sabía a dónde dirigirse. Primero pensó en ir a Bruselas, y, después, a Venecia; pero no tenía pasaporte para viajar por Francia y su orden de arresto estaba todavía en vigor. Escribió al príncipe de Conti para pedirle consejo, y le decía que se quedaría en Amiens para recibir su respuesta. El príncipe le contestó que corría grave peligro, no tanto por los tribunales, el rey o el duque de Choiseul, como por el Parlamento de París. Bastaría con que un simple subordinado entusiasta y deseoso de promoción le denunciara, para que la ley tuviera entonces que intervenir. Le recomendó que saliera de Amiens cautelosamente, por la noche. En la posada de Saint-Denis se inscribió con el nombre de «M. Jacques». El marqués de Mirabeau envió a alguien para que acompañara a Rousseau y a Thérèse desde la posada a su casa, en Fleury-sous-Meudon, donde permanecieron dos semanas. Un viejo amigo de Rousseau en Ginebra, François

Portada del Diccionario
de música, de Rousseau,
publicado en París el año
1768. British Museum,
Londres.

DICTIONNAIRE

DE

MUSIQUE,

PAR J. J. ROUSSEAU.

Ut psallendi materiam differens. Marian. Cap.



A PARIS,

Chez la Veuve DUCHESNE, Libraire, rue Saint Jacques;
au Temple du Goût.

M. DCC. LXVIII.

Avec Approbation & Privilège du Roi.

Coindet, los acompañó al castillo del príncipe de Conti, Trye-le-Château, cerca de Gisors.

Era como estar en Wootton Hall otra vez. Rousseau tuvo problemas con los sirvientes, que despreciaban a un huésped sin galones de oro, penacho o espada. Se atormentaba con peligros imaginarios y rupturas con amigos. Coindet le hizo otra visita, pero como trabajaba con el banquero parisino Necker (padre de Mme. de Staël), sus preferencias en la política de Ginebra se inclinaban hacia los «*négatifs*» («negativos») y, en consecuencia, estaba en contra de los «*représentants*» («representantes»), por lo que Rousseau pronto se peleó con él.

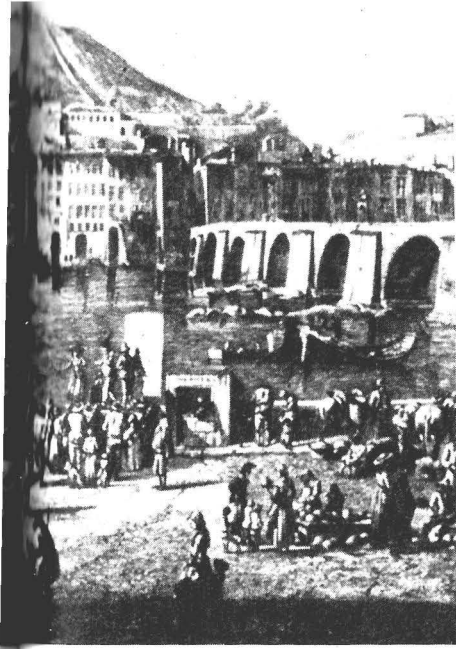
El príncipe de Conti insistía en que Rousseau, por su propia seguridad, debía adoptar el nombre de Jean-Joseph Renou, y Thérèse hacerse pasar por su hermana, Mlle. Renou. Entonces Rousseau comenzó a debatirse entre la idea de quedarse o irse. Tenía necesidad de escapar, pero como de quien tenía que escapar era de sí mismo, el problema no tenía solución y decidió quedarse donde estaba. Por aquellos días, su gran amigo Pierre-



Alexandre du Peyrou, de Neuchâtel, fue a pasar unos días con él y le llevó el precioso manuscrito de las *Confesiones* que había recibido sano y salvo de Maximilien de Cerjat, desde el condado de Lincoln. También traía un ejemplar del *Diccionario de música* (*Dictionnaire de musique*) de Rousseau.

Estando con Rousseau, Du Peyrou sufrió un ataque de gota y estuvo muy enfermo, y a Rousseau se le metió en la cabeza que aquél sospechaba que él le había envenenado. Su trastornada mente le llevó a discutir con Du Peyrou sobre la política de Ginebra, en la que Rousseau no podía dejar de inmiscuirse. Tan pronto como Du Peyrou mejoró abandonó aquel lugar, pero antes de que se fuera, Rousseau anuló un contrato que tenía con

Vista de Lyon, desde el muelle de Saint-Antoine. Esta ciudad desempeñó un papel importante en la vida de Rousseau: en ella aprendió a copiar música en 1731, para ganarse la vida, y nueve años más tarde trabajaría en ella como preceptor de los hijos de M. de Mably. Rousseau volvió a Lyon en 1768. Biblioteca de la Ville de Lyon.



él según el cual Du Peyrou le pagaría una pensión. Nuevos problemas surgieron debidos a la muerte de un portero del castillo. Este nunca se había llevado bien con Rousseau y, a veces, le había dejado encerrado en el castillo, o cerraba la puerta cuando él estaba fuera, sólo para fastidiarle. En una ocasión, Thérèse, durante la enfermedad del portero, le hizo una sopa, y Rousseau temía ahora que sospecharían que él le había envenenado. Toda esta toxifobia, en Wootton Hall, en Dover, en Trye-le-Château, es señal evidente de trastornos mentales.

El 10 de junio de 1768, de repente, como hizo en Wootton Hall, se fue él solo de Trye-le-Château. Se puso en camino hacia Lyon, donde todavía tenía algunos amigos, y participó en una ex-



Retrato de Thérèse Levasseur cuando ya era una anciana. Durante la Revolución francesa, Thérèse gozó de honores y distinciones por su relación con Rousseau. Dibujo a lápiz de Nandet, 1790. Museo de Chaâlís.



◀ *Vista del monasterio de Grande Chartreuse. Las montañas que lo rodean fueron visitadas por Rousseau el año 1768, cuando realizó algunas excursiones botánicas.*

cursión botánica a las montañas de los alrededores de Grande Chartreuse. El 25 de julio hizo una peregrinación al cementerio de Lemenc, cerca de Chambéry, donde estaba enterrada Mme. de Warens, y encontró su tumba en lamentable estado, abandonada y cubierta de hierbas. Después de una corta estancia en Grenoble, en agosto se fue a la pequeña ciudad de Bourgoin y se hospedó en la Fontaine d'Or, donde Thérèse se reunió con él el 26 de agosto.

Cuatro días después tuvo lugar allí la más absurda y deprimente ceremonia que imaginarse pueda. Rousseau había invitado al alcalde de Bourgoin y a un amigo suyo a la pensión, sin de-



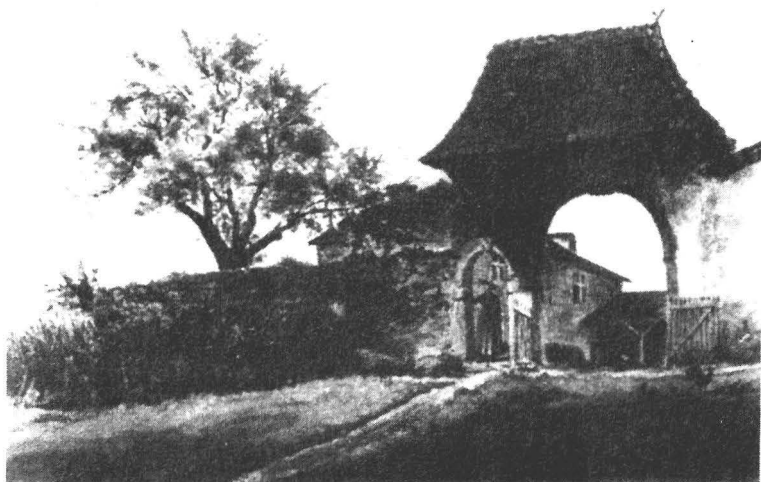
Retrato de Etienne-François, duque de Choiseul, primer ministro de Francia. Rousseau, aquejado de su terrible manía persecutoria, estaba convencido de que el duque era el líder de sus enemigos personales. Cuadro pintado por L. M. van Loo, 1763. Museo de Versalles.

Entrada a la granja de Monquin, cerca de Bourgoin, donde Rousseau vivió en 1769. Acuarela por la condesa de Meffray. Biblioteca de Grenoble.

circles por qué ni para qué. Cuando llegaron, encontraron a Rousseau y a Thérèse vestidos para una boda: su propia boda (con lo que Rousseau rompía parte de la promesa que había hecho a Thérèse cuando la conoció). Pero lo que convertía aquel acto en una parodia ridícula de la ceremonia matrimonial era que la oficiaba él mismo. El novio y la novia pronunciaron el «sí» de ritual y Rousseau dijo un apasionado sermón, al final del cual todos acabaron llorando.

El equipaje de Thérèse tardaba en llegar de Trye-le-Château y Rousseau veía en este retraso otra muestra más de maldad por parte de sus enemigos para reducirle a la miseria. El equipaje llegó, pero se desencadenó otra tormenta: el «asunto Thévenin». Nicolas-Émile Thévenin era un presidiario y estafador que alegaba que Rousseau le debía nueve francos que le había prestado hacía diez años en una posada cerca de Neuchâtel. Por medio de declaraciones juradas, que tardaron semanas en llegar, Rousseau pudo demostrar que en la fecha en que supuestamente se había producido el préstamo él estaba en Montmorency, y, además, que Thévenin tenía antecedentes penales. Aunque el asunto tuvo buen final, Rousseau tuvo que contratar a un abogado, apelar al gobernador de la provincia y pasar un sinnúmero de malos ratos y preocupaciones.

En un delirio de autocompasión y manía persecutoria, Rousseau se convenció a sí mismo de que el «asunto Thévenin» no



había sido puramente casual, sino organizado por la «conspiración» de sus enemigos para averiguar si todavía tenía capacidad de reacción. Ahora, basado en una serie de razones, deducía que el líder de sus enemigos literarios era el duque de Choiseul. En *El contrato social* había un pasaje despectivo en contra de los ministros de las monarquías, con una frase intencionada para exceptuar a Choiseul de su crítica, pero éste, evidentemente, no se había dado por aludido. Otra razón: en ese año, 1768, Choiseul tomó dos medidas relacionadas con la política exterior, y Rousseau, que había alcanzado un grado de vanidad desmedido, pensó que iban directamente en contra suya. Una era el envío de un ejército francés a Córcega, operación perfectamente normal, ya que Francia había hecho un tratado con Génova en relación con la soberanía de Córcega. Pero Rousseau no podía olvidar que hacía sólo cuatro años le habían ofrecido que redactara una constitución para Córcega. La segunda medida era que Choiseul había planeado convertir el pueblo de Versoix, entonces francés, cerca del Lago de Ginebra, en un centro comercial, para rivalizar con Ginebra y arruinarla.

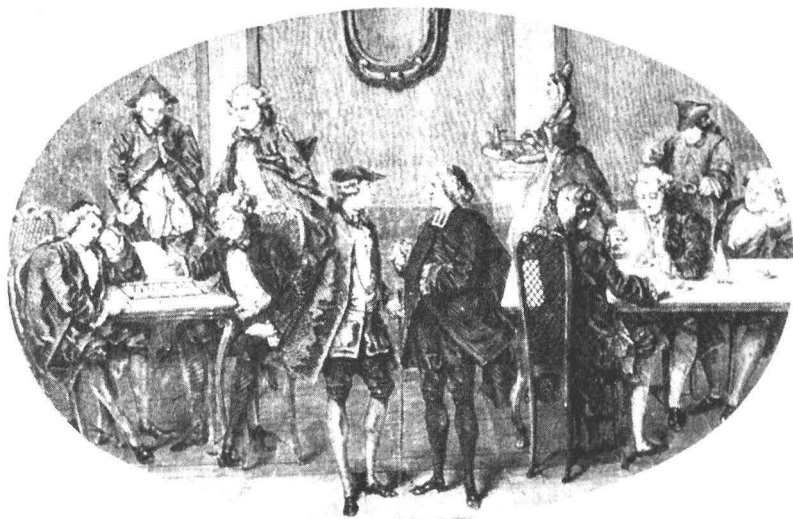
Víctima una vez más de sus quimeras, Rousseau pensó en escapar a la isla de Chipre o a la de Menorca, por las que sentía gran admiración, o bien a América. También pensó en volver a Wootton Hall, pero al final se decidió a permanecer en Francia. Entonces, afirmando que las únicas veces que había sido real-

mente feliz fueron aquellas en las que estuvo en la pobreza, renunció a la pensión de Jorge III. Rousseau consideraba que el dinero era, sin duda, la fuente de casi todo el mal, porque, como decía en el *Emilio*, «es el verdadero vínculo con la sociedad»; corrompe al que lo da y al que lo recibe y convierte a éste en un esclavo porque tiene la obligación de estar agradecido.

Rousseau y Thérèse cayeron enfermos, y lo atribuyeron al clima húmedo de Bourgoin. Una señora del lugar les ofreció generosamente una de las casas de campo que tenía en Monquin, un pueblo situado a unos kilómetros de Bourgoin, en la montaña y con una vista maravillosa de los Alpes, y se mudaron a últimos de enero de 1769. En agosto al parecer se produjo alguna desavenencia entre Rousseau y Thérèse, probablemente debido a que, lo mismo que ocurría en Môtiers-Travers y en Wootton Hall, Thérèse estaba muy aburrida en Monquin, tan lejos de París y de cualquier lugar para ella conocido. Poco después Rousseau fue a otra excursión botánica, esta vez al monte Pilat, en la provincia de Vivarais, al otro lado del Ródano. La excursión resultó ser un desastre, porque estaba muy avanzado el año para encontrar flores silvestres; a uno de sus compañeros le mordió un perro, el suyo, *Sultán*, tuvo una pelea con otro perro y desapareció; y además, llovió sin parar. La vuelta a Monquin fue más agradable: Rousseau encontró a Thérèse en mejor disposición, y también a *Sultán*, que había cruzado el Ródano y estaba en casa.

Rousseau suspiraba por una espineta y decía: «La música es el verdadero remedio para mí y quizá el único en mi situación actual.» Mme. Boy de la Tour le envió una desde Lyon. Continuaba trabajando en secreto en sus *Confesiones*, de las que había escrito el sexto libro en Trye-le-Château. Ahora empezaba los últimos seis libros de la segunda parte, que abarcaban su vida en París y la expulsión de Francia. Esta vuelta a su autodefensa de cara a la posteridad tuvo un efecto curioso: le dio valor para seguir adelante. El príncipe de Conti le había aconsejado de nuevo que debía seguir usando el nombre de Renou y tomar todas las precauciones necesarias para evitar denuncias. Una de sus torturas mentales era que, por mucho que se había esforzado, no había podido resolver el problema de sus imaginarios perseguidores. Cuanto más lo intentaba, más envuelto se encontraba en una niebla de impenetrable anonimato y silencio. Ahora había decidido dar un paso adelante y desafiar al mundo bajo su propio nombre de Jean-Jacques Rousseau.

El primer paso de esta contraofensiva era dejar Monquin e



El Café Procope, de París, frecuentado por Rousseau, según un grabado de Badoureau. Museo Carnavalet, París.

irse a Lyon. Allí conoció a un músico y entre los dos pusieron música a su poema *Pygmalion*, que fue representado en el ayuntamiento el 19 de abril de 1770. De camino a París, paró en Montbar para visitar al naturalista Buffon, y fue muy bien recibido. El 24 de junio llegó a París y se alojó en el Hotel de Saint-Esprit, en su antigua calle Plâtrière. Ahora vestía trajes franceses normales y frecuentaba el Café de la Régence (calle Saint-Honoré, 161) y el Café Procope (calle de l'Ancienne-Comédie, 13), donde iban todos los escritores y literatos. Su vuelta causó sensación. Reanudó su trabajo de copista de música para ganarse la vida. En diciembre recibió una visita del músico Charles Burney, cuya hija Fanny diría más tarde a Jorge III que lo primero que su padre había visto en la habitación de Rousseau fue un retrato de su bienhechor real. Voltaire estaba furioso. Amenazado políticamente como estaba, se preguntaba cómo era posible que un hombre con una orden de arresto todavía en vigor podía vivir en París y él no.

Hacia finales de 1770 el manuscrito de las *Confesiones* estaba terminado. La narración acababa con la expulsión de Rousseau de la isla de San Pedro y no mencionaba nada más reciente. En este extraordinario libro, Rousseau se confesaba culpable de los delitos que pesaban sobre su conciencia, pero comparan-



PREMIÈRE PARTIE
LIVRE PREMIER

Je ferme non entre, rien qui n'ait jamais d'exemple, et qui n'ait

point d'imitateur. Je veux montrer à mes semblables un homme dans toute la vérité de la nature; cet homme, ce sera moi.

Mais quel je sens mon cœur, et je connais les hommes. Je ne suis fait comme aucun de ceux que j'ai vus, pour croire n'être fait comme aucun de ceux qui existent. Si je ne sais pas m'écarter, au moins je suis exact. Si la nature a bien ou mal fait de moi, ce n'est que dans le particulier; mais, en ce qui est de ce point, elle ne peut se tromper qu'après moi.

Que la simplicité du jugement de moi-même me serve de loi, et que je ne présente devant le monde que ce que je dis. Je dirai tout ce que j'ai fait, et tout ce que j'ai senti. Je ne dirai rien de ce que j'ai vu, et rien de ce que j'ai senti par les autres. Je ne dirai rien de ce que j'ai vu, et rien de ce que j'ai senti par les autres.

sublime, quand j'ai écrit. Je desirais mon caractère tel que je l'ai vu en moi-même. Écrivez-moi. Il n'y a rien de plus honorable que de se confier à un homme qui se confie à vous. Je vous envoie des manuscrits, que vous pouvez de moi, si vous le voulez. Je vous envoie des manuscrits, que vous pouvez de moi, si vous le voulez.



Je la mène avec la main droite, et avec les coups qu'il me porte.

Primera página de las Confesiones, de Rousseau, perteneciente a una edición parisina de 1854.

Primera página del manuscrito de las Confesiones, comenzado por Rousseau el año 1766. Biblioteca Pública y Universitaria, Ginebra.

I. *Des Confessions de J. J. Rousseau*
Première Partie
Libre I.

Intit. et iz Cite.

1. *Je forme une entreprise qui n'eut jamais d'exemple, et dont l'exécution n'aura point d'imitateur. Je veux montrer à mes semblables un homme dans toute la vérité de la nature; et cet homme, ce sera moi.*
2. *Moi seul. Je sens mon coeur et je connois les hommes. Je ne suis fait - comme aucun de ceux que j'ai vus; j'ose croire n'être fait comme aucun de ceux qui existent. Si je ne vauds pas mieux, au moins je suis autre. Si la nature a bien ou mal fait de briser le moule dans lequel elle m'a jeté, c'est ce dont on ne peut juger qu'après m'avoir lu.*
3. *Que la trompette du jugement des vier sonne quand elle voudra; je viendrai de livre à l'autre me présenter devant le souverain juge. Je dirai hautement: voilà ce que j'ai fait, ce que j'ai pensé, ce que je fus. J'ai dit le bien et le mal avec la même franchise. Je n'ai rien tu de mauvais, rien ajouté de bon, et si l'arrêt arrivé d'employer quelque ornement indifférent, ce n'a jamais été que pour remplir un vide occasionné par mon défaut de mémoire; j'ai pu supposer vrai ce que je savois avoir été faux, j'ai pu, mais ce que je savois être faux. Je me suis montré tel que je fus, mais visible et vil quand je l'ai été, bon, généreux, sublime, quand je l'ai été; j'ai dévoilé mon intérieur tel que*

do el texto con documentos contemporáneos, entre ellos sus propias cartas, se puede ver cómo tergiversa las descripciones de los acontecimientos de forma que él resulte ser el inocente ignominiosamente tratado por los demás. En algunos casos miente, en otros le falla la memoria, pero siempre a su favor. Era una operación de encubrimiento, en la que intercalaba unas cuantas confesiones para demostrar lo honesto que era.

Hay una gran diferencia entre el estilo de las *Confesiones* y el de los otros libros que publicó. Estos eran polémicos y agresivos, escritos para sus contemporáneos, mientras que las *Confesiones* estaban escritas para la posteridad, para congraciarse con las generaciones venideras, que, según su propio convencimiento «le adorarían».

Parece ser que el fiscal de París le aconsejó que no debía publicar más, pero no le dijo nada contra la lectura de pasajes de sus *Confesiones* en los salones de moda, frecuentados por un público importante. Muchas lágrimas se derramaron cuando leía sobre el robo de la cinta y el abandono de sus hijos. Una de estas lecturas, en la que se hallaba presente el poeta Claude-Joseph Dorat, duró desde las nueve de la mañana hasta las tres del día siguiente.

Estas lecturas de las *Confesiones* alarmaron a Mme. d'Épi-



El salón de Mme. Geoffrin, por A. C. C. Lemonnier. Museo de Bellas Artes, Rouen. Mme. Geoffrin (11) se encuentra sentada a la izquierda del príncipe de Conti (10); en el centro, leyendo, se puede ver al actor Le Kain (5) y a su derecha, a D'Alembert (7); al fondo, está el busto de Voltaire (6), y a su derecha se encuentran Diderot (8) y Turgot (9). Rousseau (3) conversa con Rameau (4), delante de la puerta. A la izquierda del cuadro se encuentra Buffon (2), y tras él, Condillac (1). Finalmente, puede verse a la condesa d'Houdelot (12), en el extremo derecho del lienzo.



nay, que pidió al teniente de Policía, Mr. de Sartine, que hablara con Rousseau con mucho tacto y que le hiciera prometer que nunca más leería en público. La consideración con que las autoridades le trataban demuestran que Rousseau no estaba destinado a la Bastilla.

Sin poder publicar sus *Confesiones* ni siquiera leerlas, estaba sin argumento para justificarse a sí mismo, y esto le hacía mostrarse cada vez más grosero con sus amigos. Ya había regañado con casi todos sus viejos amigos y se negaba, con una o dos excepciones, a hacer nuevas amistades, lo mismo que rechazaba todas las cartas que recibía cuando no conocía la letra del remitente. Cada vez más encerrado en sí mismo, convencido de que «había venido a este mundo sólo para llorar», su único consuelo eran las excursiones botánicas que hacía de vez en cuando a las afueras de París. Se quejaba de que los libros de botánica tan sólo eran útiles para los que ya la conocían y empezó a escribir



Antoine de Sartine, teniente general de policía, trató a Rousseau con gran consideración, a pesar de ser el hombre más temido de París. Grabado por Le Jeune, según un original de L. Vigée. Biblioteca Nacional, París.

Página de uno de los seis herbarios montados y coleccionados por Rousseau. Museo de Historia Natural, París. ▶

sus *Cartas sobre botánica* (*Lettres sur la botanique*), dirigidas a Mme. Delessert, hija de Mme. Boy de la Tour. Estaban escritas de una forma muy bella pero no aportaban nada nuevo a la ciencia. También hizo pequeños herbarios, y para alguno de ellos intercambió plantas con la duquesa de Portland.

Hacia finales de 1771 se trasladó a un pisito, en la quinta planta de una casa de la calle Plâtrière, a donde iban señoras importantes, disfrazadas de sirvientas, a llevarle música para que Rousseau la copiara, siempre y cuando Thérèse, que tenía montada una estricta guardia a la puerta, las dejara pasar.

Por estos días Rousseau recibió la visita de un conde polaco, Michel Wielhorsky, quien le pidió sugerencias para reformar el gobierno de Polonia que se hallaba en un estado desastroso y a punto de verse repartido el país entre Prusia, Rusia y Austria. Ello daba a Rousseau la oportunidad de poner de nuevo en práctica su afición a escribir constituciones, y redactó un ensayo que se convirtió en *Consideraciones sobre el gobierno de Polonia* (*Considérations sur le gouvernement de Pologne*), que no se publicó hasta después de su muerte. En este curioso trabajo Rousseau se mostró como el apóstol del nacionalismo: «Hoy —decía— ya no hay franceses, ni alemanes, ni españoles o, incluso,

Classis XVII

Peucedanum

Peucedanum



ingleses, sólo hay europeos. Todos los hombres tienen los mismos gustos, las mismas pasiones, las mismas costumbres... dadas las mismas circunstancias, todos harían lo mismo... Al abrir los ojos, un recién nacido debería ver su propia nación y no ver nada más que su propia nación hasta su muerte.» Así, concluía Rousseau, el único remedio para los problemas de Polonia es infundir un sentimiento de nacionalismo polaco, de forma que los polacos sean diferentes a los ciudadanos de otros países. En este lastimoso trabajo —donde su inexorable lógica, aplicada a premisas falsas, alcanza tan deplorables conclusiones—, él expresaba la esperanza de que todas las naciones adoptasen la misma política.

10. «Este pobre extranjero, solo y a merced vuestra»

Cada vez más deprimido y reprimido, siempre añorando su justificación, se consoló escribiendo una de las obras maestras del mundo. Universalmente conocido por su nombre de pila, Jean-Jacques, se resentía de que el público le hubiese privado de su apellido, Rousseau, y este hecho le sugirió una forma dialéctica nueva. Rousseau, bajo su propio apellido, discute con un francés imaginario acerca de un personaje que es él mismo y al que llama Jean-Jacques. Esto le dio una última oportunidad de atacar a la «conspiración» en contra suya, de justificarse y de otorgarse la absolución. El francés propone en la discusión todos los argumentos que pudieran estar en contra de Jean-Jacques y Rousseau los elude hábilmente. Por último, el francés está de acuerdo con Rousseau en que la vida y las obras de Jean-Jacques han sido inspiradas por la misma virtud. Esto eran, en esencia, los *Diálogos, Rousseau juez de Jean-Jacques* (*Dialogues, Rousseau juge de Jean-Jacques*).

Este extraordinario documento también le brinda la oportunidad de sacar a la luz una idea que había tenido en mente mucho tiempo y que se había convertido en una convicción: insinúa, ni más ni menos, que su vida era una especie de vida paralela a la de Jesús. Al principio de las *Confesiones* desafiaba a todos los hombres a proclamar, en el día del Juicio final y delante del trono del Todopoderoso, que eran mejores que él. Más adelante, en el mismo libro, alardea abiertamente: «Yo, el que siempre ha pensado, y todavía piensa, que soy el mejor de los hombres». En una carta a Malesherbes afirmaba que «de todos los hombres que he conocido en mi vida, estoy plenamente convencido de que ninguno era mejor que yo».

El paralelismo iba más lejos todavía: Jesús fracasó en convertir a los judíos; Rousseau fracasó en convertir a los franceses y a los suizos. Jesús sufrió; Rousseau sufrió. Jesús fue perseguido; Rousseau se imaginó a sí mismo perseguido. La teología ortodoxa cree en la Caída del Hombre y en la posibilidad de la Re-



Rousseau en la catedral de Notre Dame, de París, intentando en vano depositar el manuscrito de sus Diálogos, Rousseau juez de Jean-Jacques en el altar mayor. Biblioteca Pública y Universitaria, Ginebra.

dención del Salvador; Rousseau proclamaba su propia visión de la Caída del Hombre, debido a los efectos de la sociedad que le depravaba de su condición original de animal no sociable. La humanidad necesitaba un salvador para volver a su estado natural: este salvador era Rousseau mismo. Es imposible que ningún hombre mantenga esas ideas sin sumirse en una monomanía melancólica.

Después de haber escrito sus *Diálogos*, la cuestión era qué hacer con ellos, ya que no podía publicarlos. Entusiasmado con la prueba de su propia inocencia y de la iniquidad de los «cons-



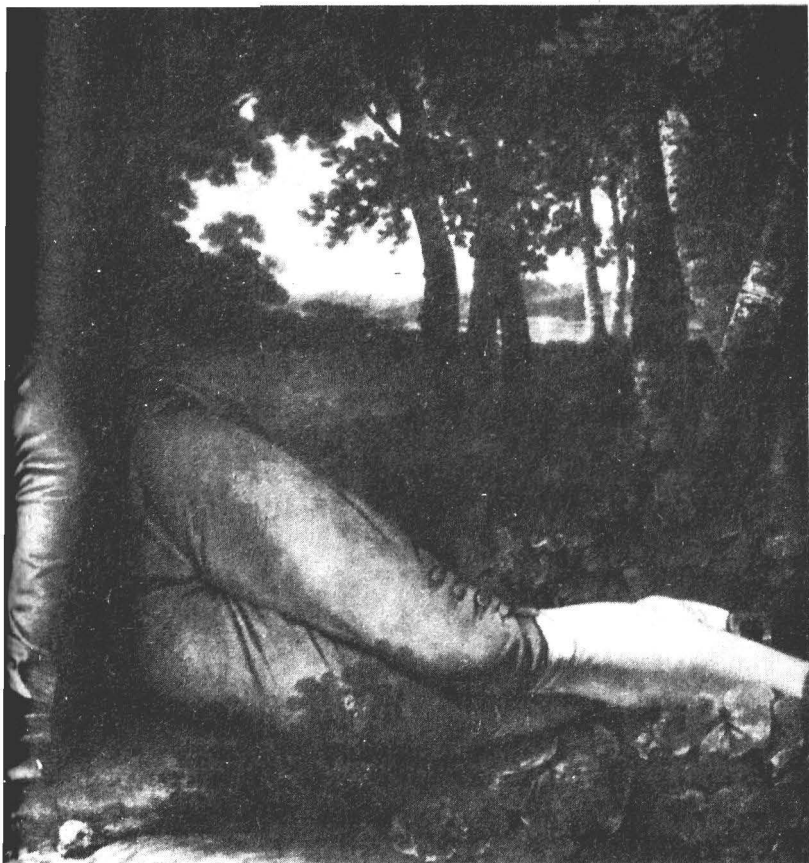
El abad de Condillac se mostró frío con Rousseau y criticó sus Diálogos como si se trataran de una obra de filosofía. Grabado por Baldrighi. Biblioteca Nacional, París.

Sir Brooke Boothby, de paso en París en 1776, visitó a Rousseau, y éste le entregó su primer Diálogo con el ruego de que lo publicara tras su muerte. Boothby cumplió la promesa y el Diálogo se publicó en Lichfield, el año 1781. Oleo por J. Wright de Derby, 1718. Tate Gallery, Londres.



piradores», decidió confiar su manuscrito a Dios mismo, depositándolo en el altar mayor de Notre-Dame de París. La sensación que esta acción causaría podría incluso hacer que su documento llegara hasta el rey. Esta idea ponía en evidencia, una vez más, su trastorno mental. Estaba en la lista negra de la jerarquía católica y su plan de acción era el más seguro para conseguir que su manuscrito acabase siendo pasto de las llamas. El 24 de febrero de 1776 fue a la catedral con su documento, pero el acceso al altar mayor estaba cerrado con llave.

Rousseau vio en este rechazo una prueba más de que los poderes espirituales estaban aliados con sus enemigos. Tenía que encontrar otra forma de dar a conocer su tragedia. Al día siguiente entregó su precioso manuscrito a su viejo amigo Condillac, el

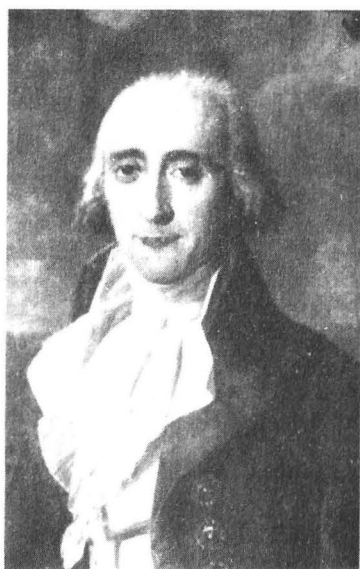
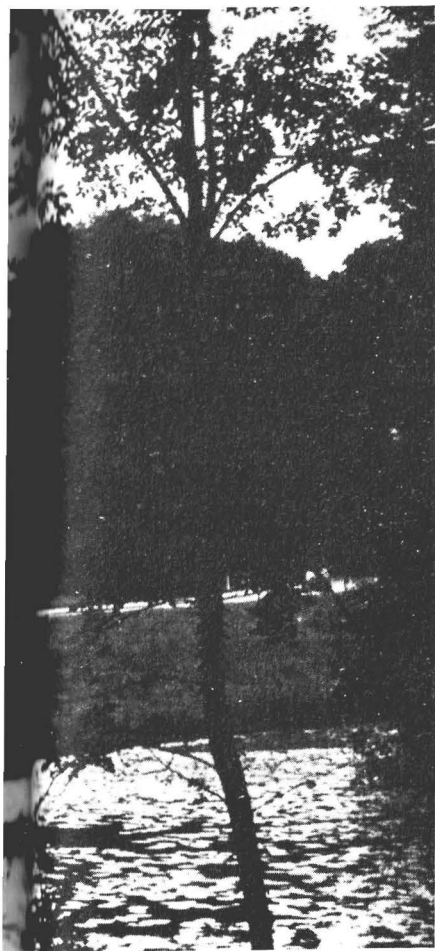


filósofo, para que lo leyera; pero Condillac se mostró muy frío con él y lo criticó como si se tratase de un trabajo de filosofía. Poco después se presentó a visitarle sir Brooke Boothby, su vecino de Wootton Hall, y en un gesto de intimidación Rousseau le confió el manuscrito de su primer *Diálogo*. Inmediatamente después lamentó haber dejado esta evidencia de su propio martirio en manos de un inglés, de un hombre cuyo país le había tratado tan mal y que, sin duda, estaba aliado con sus enemigos. No tenía que haberse preocupado, porque Brooke Boothby era escrupuloso en extremo y, con toda lealtad, publicó el *Diálogo*, en Lichfield, después de la muerte de Rousseau.

Lo que sigue es la evidencia más conmovedora de la tortura que ahora estaba padeciendo Rousseau: escribió de su puño y



letra un montón de panfletos dirigidos a «todo francés que todavía ame la justicia y la verdad», y se dedicó a repartirlos por las esquinas a las personas que le parecían honradas. La mayoría de la gente se lo devolvía después de leer el título, diciendo que no era para ellos; si estas gentes lo hubieran leído entero, habrían encontrado razones más que suficientes para que le detuviesen. Decía así: «Franceses, miembros de una nación en otro tiempo entrañable y acogedara, ¿en qué os habéis convertido? Qué diferentes o mostráis con este pobre extranjero, solo y a merced vuestra, sin ninguna ayuda ni defensa, que no necesitaría ningun-



Louis Renè, marqués de Girardin, fue el último bienhechor de Rousseau. El escritor pasó las dos últimas semanas de su vida invitado en su finca de Ermenonville. Retrato por autor anónimo. Museo de Chaâlís.

Lago y castillo de Ermenonville, lugar donde murió Rousseau el 2 de julio de 1778.

na de las dos si estuviera entre gente justa... Abandonad el viejo nombre de “francos”, tiene que sonrojaros cada vez que lo pronunciéis». Este fue su último intento de descubrir de qué le acusaban y por qué le perseguían. Estaba a tono con otra observación que hizo: «Los suizos nunca me perdonarán por el daño que me han hecho.»

Unos días después, en una manifestación popular que nada tenía que ver con él, se quemó un muñeco de paja y, por supuesto, Rousseau interpretó que era una alusión a su persona. El 24 de octubre de 1776, cuando volvía de dar un paseo cerca

de Mênilmontant, un perro que bajaba por una cuesta corriendo detrás del carruaje de un noble le tiró al suelo. Se desmayó, y cuando volvió en sí, inmediatamente interpretó lo sucedido como un castigo por si todavía no hubiera sufrido bastante. Corrieron rumores entonces de que Rousseau había muerto en el incidente, y algunos periódicos incluso publicaron esquelas mortuorias. Rousseau pudo así ver lo que sus enemigos harían cuando ocurriera de verdad.

Después del impacto que recibió en este accidente, Rousseau se quedó muy tranquilo y apagado; «pobre mortal —decía—, tan impasible como Dios mismo.» Se dedicó de nuevo a escribir y compuso *Ensoñaciones del paseante solitario* (*Rêveries du promeneur solitaire*). En cierto modo, la prosa de estas *Ensoñaciones* (eran diez, la última inacabada) es la más bella que escribió. La quinta está dedicada a recordar y comentar los días felices que pasó en la isla de San Pedro, e introduce, por primera vez en la lengua francesa, la palabra «romantique» para describir un paisaje, concretamente las orillas del lago de Bienne. Esta es una muestra de la influencia que la obra de Rousseau tuvo en el Romanticismo.

La primera *Ensoñación* era menos optimista; empezaba así: «Aquí, ahora, estoy solo y abandonado en este mundo, sin hermanos, sin familia, sin amigos y sin sociedad, yo solo.» No hace mención de Thérèse, que durante un tercio de siglo le había cuidado y seguido como un perro fiel, y seguro que no fue un hombre de convivencia fácil. Su principio de no mostrar nunca agradecimiento también se lo aplica a ella, que para él era su mujer. La pasión que tenía por sí mismo le hacía ignorar al resto de la humanidad. Con la misma moneda pagó a las muchas personas que le prestaron protección y ayuda: los Luxemburg, el príncipe de Conti, Malesherbes, y su viejo amigo Paul Moulton, de Ginebra, quien fue a París el 2 de mayo de 1788 para hacerse cargo de sus manuscritos y publicarlos, en colaboración con Du Peyrou, en una edición conjunta.

Rousseau había alcanzado una edad en que ya no podía copiar música, y le preocupaba cómo ganarse el pan de cada día. El marqués de Girardin le ofreció un lugar para su retiro en su finca de Ermenonville, donde le construiría una casita; y mientras la acababan, viviría en otra, cerca de la mansión. El 26 de mayo Rousseau y Thérèse se instalaron definitivamente. Cuatro días más tarde, Voltaire moría en París. La noticia estremeció a Rousseau, y más aún porque Jean-Hyacinth Magalhaens, que estaba en esos días en Ermenonville, había sido testigo presencial

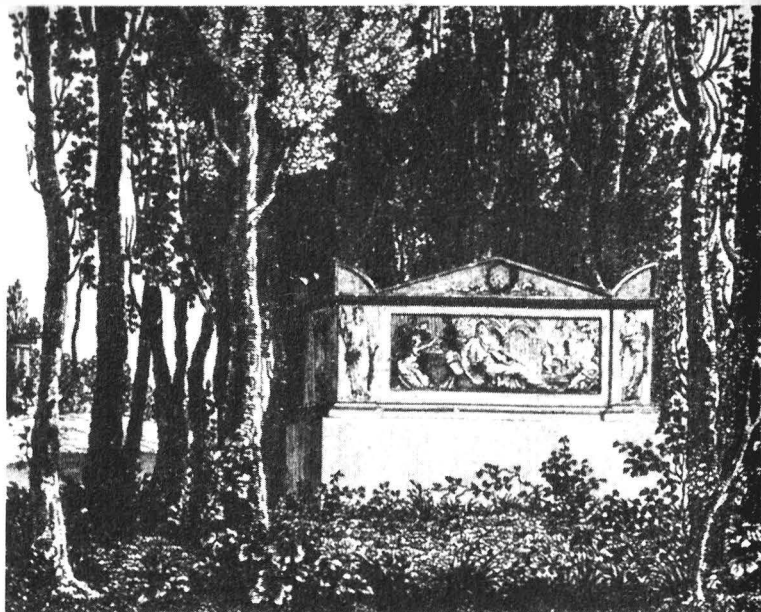


Los últimos momentos de Jean-Jacques Rousseau, grabado conservado en la Biblioteca Nacional de París. Rousseau murió de apoplejía poco tiempo después de cumplir setenta años.

del terremoto de Lisboa de 1755 y se lo describió a Rousseau, lo que le hizo recordar vivamente la pelea con su gran enemigo Voltaire.

El 2 de julio de 1778, cuatro días después de cumplir los setenta años, salió a dar un paseo por la mañana, y cuando volvió, mientras se preparaba para dar una clase de música a la hija de Girardin, se quejó de que sentía un hormigueo en los pies, escalofríos por la espalda, malestar en el pecho y un terrible dolor de cabeza. A las once moría de apoplejía. Fue enterrado el 4 de julio en L'Île des Peupliers, una diminuta isla en el lago del parque de Ermenonville. Por fin se encontraba solo, apartado en una pequeña isla.

Rousseau estaba muerto, pero su mundo, en lo que se refería a Francia y Suiza, iba a perdurar unos años más, hasta que se sumergiera en el crisol de la Revolución francesa, a la que sus ideas habían contribuido en cierto modo. Nadie se hubiera horrorizado tanto como él mismo de la mala aplicación de sus ideas, tan peligrosas en los excesos cometidos durante aquella gran sacudida.



La tumba de Rousseau en L'île des Peupliers, situada en el lago de Ermenonville. Grabado de finales del siglo XVIII. Biblioteca Nacional, París.

Aunque su influencia se deja sentir claramente en la Declaración de los Derechos del Hombre, Rousseau no estaba entre los primeros profetas reconocidos de la Revolución francesa. Su enemigo Voltaire ocupaba mejor puesto en la estima política, ya que su anticlericalismo, su campaña contra la Iglesia católica, su cruzada en pro de la tolerancia y el hundimiento del Estado en general, que aparecían en su vasta obra, preparó una opinión progresista para el cambio total que pondría fin al Antiguo Régimen. La Asamblea Constituyente ordenó que los restos de Voltaire se trasladasen desde la abadía de Scellières al Panteón de París, edificio destinado a ser el mausoleo de los grandes revolucionarios franceses. El traslado tuvo lugar el 12 de julio de 1791. En ese mismo año se cambió el nombre al muelle donde estaba la casa en la que murió Voltaire (calle de Beaune, n.º 1), que desde entonces se llamó Quai Voltaire (antes Quai des Théatins); y a la calle Plâtrière, donde Rousseau había vivido, se la llamó calle de Jean-Jacques Rousseau.

El turno de Rousseau para ser trasladado al Panteón llegó después, cuando los jacobinos alcanzaron el poder. Los girondi-

nos habían querido una Francia federal, dividida en regiones, pero Rousseau en *El contrato social* había proclamado que la soberanía es «indivisible», y éste se convirtió en el lema de los jacobinos, «*République française, une et indivisible*» («República francesa, una e indivisible»). Otro suizo, Jean-Paul Marat, andaba entonces por las calles leyendo pasajes de *El contrato social*, y el «Reino del Terror» estaba disparando y gillotinando a la gente por miles. Entre las víctimas se contó a Antoine-Laurent Lavoisier, fundador de la química moderna, ejecutado el 8 de mayo de 1794. Se hizo una apelación para posponer su ejecución, de forma que pudiera terminar unos importantes experimentos que estaba llevando a cabo, pero el juez, Coffinhal, contestó: «La República no necesita científicos.» Cabe la duda de si esta respuesta estaba inspirada, de alguna manera, en la denuncia que Rousseau hizo de las ciencias como responsables de la depravación del hombre.

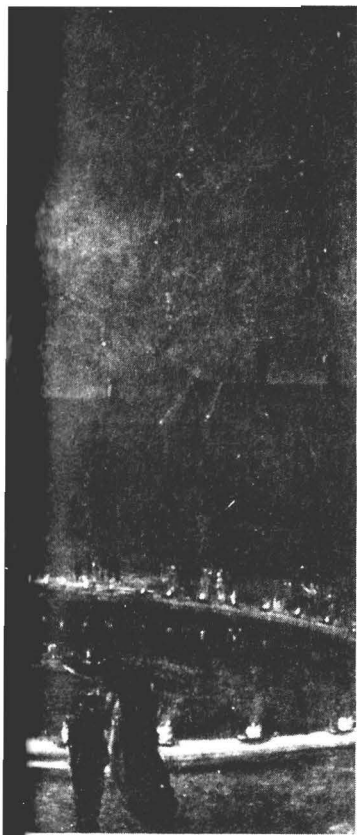
La Convención ordenó que los restos de Rousseau se trasladaran al Panteón, y el 9 de octubre de 1794 salieron de la isla Des Peupliers, en Ermenonville, con destino a París. Al día siguiente se depositaron en un mausoleo que se erigió a tal efecto en el Jardín de las Tullerías, y el 11 se trasladaron en procesión al Panteón. Abría el cortejo fúnebre el capitán Joshua Barney, de la Marina de Estados Unidos, que llevaba una bandera de su país e iba seguido por una fila de americanos. El ministro de Estados Unidos y su séquito fueron las únicas personas que tuvieron acceso al Panteón, junto con los miembros de la Convención. Si Rousseau y Voltaire hubieran levantado la cabeza, se hubieran horrorizado al ver que estaban tan próximos y bajo un mismo techo; pero no fue por mucho tiempo, porque después de la restauración de los Borbones, en 1814, sus restos fueron sacados de allí y separados.

Teniendo en cuenta el paralelismo de las ideas de Rousseau con la de los fundadores de Estados Unidos en cuanto a libertad e igualdad, era lógico pensar que se encontraría alguna influencia de Rousseau en la Declaración de Independencia del 4 de julio de 1776, o al menos en las deliberaciones del Congreso Constitucional del 17 de septiembre de 1787; pero un estudio de Paul Merrill prueba que no. «Rousseau tuvo fama pero no influencia en América, en el siglo XVIII.» John Adams ridiculizó los *Discursos* de Rousseau y John Quincy Adams dijo que el *El contrato social* no era «ni factible ni metafísicamente verdadero».

Quizá se pueda encontrar, indirectamente, una leve influencia de Rousseau en América en la evolución de las ideas de Ben-



jamin Franklin, que estuvo en Inglaterra en 1766 al mismo tiempo que Rousseau. Por aquella época, Franklin era un leal ciudadano británico que trataba de obtener autonomía económica para las colonias americanas y evitar la imposición de «impuestos internos» desde el otro lado del Atlántico. Pero después de su visita a Francia, donde conoció al marqués de Mirabeau, amigo de Rousseau, y a François Quesnay, líder de los *physiocrates* (fisiócratas), Franklin señaló que un Estado podía enriquecerse de tres formas: primero, por la guerra, la conquista y el bandidaje; segunda, por el comercio, principalmente por la estafa; tercera, por la agricultura, el único medio honrado por el que el hombre puede aumentar su riqueza mediante las fuerzas de la naturaleza. Este era el credo de los *fisiócratas*. Inglaterra, en vías de industrialización, se estaba «pudriendo» e iba camino de la corrupción,



Jean-Paul Marat, «el amigo del pueblo», leía El contrato social de Rousseau por las calles de París durante la Revolución francesa. Biblioteca Nacional, París.

Mausoleo provisional erigido en el Jardín de las Tullerías el 10 de octubre de 1794, para recibir los restos de Rousseau cuando fueron trasladados desde Ermenonville al Panteón. Oleo por H. Robert. Museo Carnavalet, París.

derecha hacia la depravación que Rousseau describía en su primer *Discurso*, todo ello debido a los perniciosos resultados de las ciencias y de las artes. Rousseau en su tercer *Discurso*, que Franklin no pudo haber leído porque no se había publicado, decía: «Es fácil vaticinar que dentro de veinte años Inglaterra, con toda su gloria, estará arruinada y habrá perdido lo que le queda de libertad». América, por el contrario, dependiendo de la agricultura, según Franklin vio, era sana y virtuosa. Esta antítesis entre fabricación y tecnología en las ciudades y la agricultura en el campo era precisamente lo que Rousseau había predicado desde su primer *Discurso*, y podría haber convertido a Franklin en un rebelde decidido a liberar a las colonias americanas de la dependencia de las mercancías británicas, y a preservar su moralidad y libertad.

No es posible aquí, en tan limitado espacio, profundizar en el efecto que las ideas de Rousseau tuvieron en la moral, la sociología, la política, la religión y la literatura. Uno de los mayores problemas es que él era un manojo de inconsistencias y contradicciones: Rousseau aseguraba que la literatura y la imprenta eran dañinas para la humanidad, y, sin embargo, él se convirtió en un prolífico autor. Afirmaba que cuando el hombre «se distanció del estado animal» y empezó a tener ideas, selló su desgracia, y sin embargo, pocos hombres habían tenido más ideas que él. A pesar de vivir con una mujer con la que no había contraído matrimonio y haber tenido relaciones con otras dos más, cantaba las alabanzas de la castidad del amor conyugal. Tenía pasión por las mujeres y escribió sobre ellas como antifeminista. Metió a sus hijos en la inclusa en vez de criarlos y educarlos él, al tiempo que redactaba un anteproyecto de política de la educación. Autor de muchas obras dramáticas, fulminó el teatro. Atacaba a los grandes hombres, a los nobles y a los ricos, y dependía de todos ellos para que le proporcionasen protección y cobijo.

Rousseau era consciente de sus contradicciones y las justificaba como justificaba todo en él. Para ello recurría a lo que él llamaba su *morale sensitive* (moral sensitiva), con lo cual quería decir que los cambios de situación y sensaciones producían efectos diferentes sobre la mente. Refiriéndose al tema del teatro, dijo a D'Alembert que en París se podían decir cosas que no podían decirse en Ginebra. Esto estaba en consonancia con su política de estimular los sentimientos por encima de la realidad, y las emociones por encima de la razón. Rousseau confesó al marqués de Mirabeau: «Todo el daño que he causado en mi vida ha sido premeditado; el poco bien que he hecho ha sido sin pensarlo.»

El objetivo de Rousseau era hacer a la gente más feliz volviendo a la naturaleza, y la receta para conseguirlo era tomarle a él como modelo. Las armas para publicar su evangelio eran: incomparable elocuencia, habilidad, religiosidad sencilla y exaltada sinceridad. Su eficacia fue todavía mayor porque introdujo algo revolucionario en la literatura: logró convertir a sus lectores, en cierto modo, en sus cómplices, incluso a los que no estaban de acuerdo con sus ideas. El estilo que él introdujo no volvió a los novelistas y poetas más eficaces que los sacerdotes y los clérigos para enfrentar a los hombres con sus propias conciencias.

Las ideas de Rousseau parecen desafiar el paso del tiempo. Casi todos los argumentos que él presentó para demostrar que



Monumento erigido a Rousseau en la isla que lleva su nombre, situada en el río Ródano. Pese a las enormes contradicciones que el filósofo francés tuvo entre su pensamiento y su conducta, la influencia de sus ideas fue innegable y, en determinados aspectos, todavía perdura en la actualidad.

las artes y las ciencias, la evolución social y la civilización han llevado a la humanidad a la desdicha eran falsos. Sin embargo, si se hiciera hoy la pregunta de si las ciencias y la tecnología siguen beneficiando al género humano, ¿cuál sería la respuesta?

A Rousseau no se le conoce, generalmente, por ser el primer ludita. «En todo lo relacionado con la industria humana, es fundamental prohibir el uso de cualquier máquina o invento encaminado a acortar el tiempo que se emplea en realizar un trabajo, disminuir el número de trabajadores o producir el mismo resultado con menos esfuerzo.» Estas palabras tienen algo que ver con el mundo actual. En cuanto a la expansión de las ciudades y de las fábricas a costa del paisaje y de la inestabilidad social e industrial, es un eco de las advertencias de Rousseau. La conservación de la naturaleza, la reacción en contra de la contaminación y el abandono de la vida de la ciudad por la vida del campo son una herencia legítima de sus ideas.

Cronología

- 1712 28 de junio: nace Jean-Jacques Rousseau en Ginebra.
7 de julio: muere su madre.
- 1722 11 de octubre: su padre deja Ginebra y se traslada a Nyon.
- 1728 14 de marzo: Rousseau abandona Ginebra.
21 de marzo: conoce a Mme. de Warens en Annecy.
21 de abril: Rousseau abjura del calvinismo y comienza a trabajar como lacayo de Mme. de Vercellis y del conde de Gouvon.
- 1729 Junio: Vuelve a Annecy, a casa de Mme. de Warens.
- 1730 Viaja a Friburgo, Lausanne, Vevey y Neuchâtel.
- 1731 Visita por primera vez París y vuelve a Annecy.
- 1733 Mme. de Warens se convierte en su amante.
- 1737 Septiembre: viaja a Montpellier.
- 1740 Abril: se ocupa como tutor de los hijos de M. de Mably, en Lyon.
- 1742 22 de agosto: Rousseau presenta su sistema de notación musical a la Real Academia de las Ciencias de París.
- 1743 Conoce a Mme. Dupin. Es nombrado secretario del embajador francés en Venecia.
- 1744 Es despedido de su cargo por el embajador. Regreso a París.
- 1745 Rousseau se une a Thérèse Levasseur.
- 1746 Abandona a su primer hijo en el hospicio.
- 1749 Octubre: en el camino a Vincennes para visitar a Diderot, Rousseau lee el anuncio del concurso de la Academia de Dijon.
- 1750 9 de julio: Rousseau gana el premio de Dijon con su primer *Discurso*.
- 1751 Rousseau dimite de su puesto de secretario de Mme. Dupin. Se dedica a copiar música para ganarse la vida.

- 1752 18 de octubre: se estrena en Fontainebleau, con la presencia del rey, *El adivino del pueblo*. Rousseau rechaza una audiencia con Luis XIV.
- 1754 Abjura del catolicismo y reanuda sus derechos de ciudadano de Ginebra.
- 1755 Se publica el segundo *Discurso*, sobre la igualdad.
- 1756 Abril: abandona París y se instala en L'Ermitage, una villa puesta a su disposición por Mme. d'Épinay, en Montmorency.
- 1757 Rousseau se enamora apasionadamente de Mme. d'Houdetot. Rompe con Mme. d'Épinay y se traslada a Mont-Louis, también en Montmorency.
- 1758 Se publica *Carta a D'Alembert sobre los espectáculos*.
- 1761 Enero: publicación de *La nueva Eloísa*.
- 1762 Abril: se publica *El contrato social*.
9 de junio: París da orden de arrestar a Rousseau por su obra *Emilio, o sobre la educación*. Huida a Yverdon, Suiza.
19 de junio: Ginebra da orden de arrestar a Rousseau por sus obras *Emilio* y *El contrato social*.
10 de julio: expulsado de Yverdon por el gobierno de Berna, Rousseau cruza la sierra de Jura y se instala en Môtiers-Travers, en una casa de Mme. Boy de la Tour.
- 1763 Marzo: publicación de *Carta a Christophe de Beaumont*.
12 de mayo: Rousseau renuncia a la ciudadanía de Ginebra.
- 1764 Septiembre: recibe una oferta para redactar una constitución para Córcega. Diciembre: publicación de las *Cartas de la montaña*.
- 1765 6 de septiembre: la casa de Rousseau en Môtiers-Travers es apedreada.
12 de septiembre: se refugia en la isla de San Pedro.
25 de octubre: expulsado de la isla, se traslada a Bienne.
29 de octubre: abandona Bienne y Suiza.
16 de diciembre: llega a París.
- 1766 4 de enero: Rousseau y David Hume salen de París hacia Londres.
13 de enero: llegada a Londres.
31 de enero: Rousseau viaja a Chiswick.
22 de marzo: Rousseau y Thérèse llegan a Wootton Hall, en el condado de Stafford, y se alojan en la casa de Richard Davenport.
10 de julio: escribe una mordaz carta a Hume.
Octubre: Hume publica su *Conciso y legítimo informe sobre la disputa entre Mr. Hume y Mr. Rousseau*.
- 1767 18 de marzo: recibe una pensión de cien libras de Jorge III.
1 de mayo: Rousseau y Thérèse dejan Wootton Hall y se trasladan a Spalding.
21 de mayo: embarcan en Dover hacia Calais.
5 de junio: el príncipe de Conti pone a su disposición Trye-le-Château. Usa el nombre de Jean-Joseph Renou.
Noviembre: se publica su *Diccionario de música*.

-
- 1768 10 de junio: abandona Trye-le-Château y va a Lyon y Grenoble.
30 de agosto: Rousseau y Thérèse «se casan» en Bourgoin.
- 1770 Regresa a París usando su propio nombre.
- 1771 Rousseau termina sus *Confesiones* y realiza lecturas públicas hasta que M. de Sartine, teniente de policía, se lo prohíbe.
- 1772 Comienza a escribir sus *Diálogos*.
- 1776 Comienza a redactar *Ensoñaciones del paseante solitario*.
- 1778 20 de mayo: Rousseau acepta la hospitalidad del marqués de Girardin en Ermenonville.
2 de julio: muere Jean-Jacques Rousseau.
4 de julio: recibe sepultura en la isla des Peupliers.
- 1794 11 de octubre: los restos de Rousseau son enterrados en el Panteón de París.

Testimonios

Federico II de Prusia

Creo que Rousseau equivocó su profesión; hubiera sido mejor un fraile, un anacoreta famoso por su austeridad y sus automortificaciones. Habría hecho milagros, se habría convertido en santo, aumentando con ello la lista del martirologio; ahora, simplemente se le considerará un filósofo original que después de dos mil años ha vuelto a poner de actualidad el pensamiento de Diógenes. Pero este fruto no compensa el esfuerzo de comer hierba ni el de enemistarse con todos los filósofos de su tiempo.

(Carta a lord George Keith, 1 de septiembre de 1762)

Maximilien de Robespierre

De entre los pensadores que fueron al mismo tiempo escritores y filósofos hay uno, Rousseau, que por la grandeza de sus sentimientos y de su carácter se muestra digno de ser llamado maestro del género humano. Atacó abiertamente la tiranía; habló con encendidas palabras de la divinidad; su elocuencia describía con tonos entusiastas la superioridad de la virtud, y defendía a todo trance esas máximas reconfortantes con las que la razón apuntala el corazón. Nadie puede dudar de que Rousseau habría defendido con nobleza y entusiasmo la causa de la justicia y de la igualdad, si hubiera podido asistir a esta revolución, de la que cabe ser considerado un precursor.

(Alocución ante la Convención nacional de la Revolución francesa, 7 de mayo de 1794)

Immanuel Kant

Rousseau, en el fondo, no pretendía que el hombre retrocediera a su estado natural, sino que desde la etapa alcanzada lanzase una mirada retrospectiva. Sostenía que el hombre es bueno por naturaleza, pero corre el peligro de que dirigentes y ejemplos malos o torpes le contagien y le corrompan. Deja, pues, sin resolver el problema de la educación moral de nuestra especie, porque la razón censura y reprime, pero no llega a extirpar las tendencias malas que nos son innatas.

(*La Antropología concebida en sentido pragmático*, 1798).

Arthur Schopenhauer

Mi argumentación (de la ética de la piedad) se apoya en la autoridad del mayor moralista de los tiempos modernos: me refiero a Rousseau, profundo conocedor del alma humana, hombre que extrajo toda su sabiduría no de los libros, sino de la vida, y que legó todas sus enseñanzas no para una minoría de ilustrados, sino para toda la humanidad; a Rousseau, enemigo de los prejuicios, discípulo de la Naturaleza y único hombre al que ésta le otorgó el don de moralizar sin resultar aburrido, porque él halló la verdad que conmueve el corazón.

(*Los dos problemas fundamentales de la Ética*, 1840)

Gustave Lanson

Desde hace un siglo los avances de la democracia, de la igualdad, las reivindicaciones de los partidos progresistas (que se harán realidad en la sociedad del mañana), la lucha contra la riqueza y la forma de propiedad, y todos los movimientos de las masas trabajadoras, han seguido el camino que les marcó la obra de Rousseau.

(*Historia de la literatura francesa*, hacia 1900)

Eduard Spranger

Si no fuera tan disparatado atribuir los acontecimientos de la historia universal a una persona, yo diría que la tumultuosa Revolución francesa se gestó en la intimidad de Rousseau: él fue su predicador, no uno de sus dirigentes. Así llegó a convertirse en el profeta de una humanidad de nuevo cuño que —más desarrollada y perfeccionada— se somete al mundo civilizado. Rousseau se parece también a esas personalidades de gran relieve, como Sócrates o Kant, de las que todos sus discípulos se arrojan una parte de sus verdades e intentan hallar a partir de ellas sus propias consecuencias. La Revolución francesa, la reacción religiosa, la literatura clásica alemana, los múltiples sistemas pedagógicos, el socialismo moderno, son fenómenos que se han inspirado en Rousseau. Su sistema no es un hecho aislado, sino un arquetipo, que no hace mucho se ha encarnado casi a la perfección en Tolstói, eso sin referirnos a su constante actualidad en cuestiones pedagógicas.

(*Cultura y educación*, 1928)

André Gide

No creo que el hombre sea, como asegura Rousseau, «bueno por naturaleza». El hombre primero es, y luego se hace; a este respecto el gran reproche que cabe achacar a la sociedad es que ha trabajado poco y mal para hacer posible este hombre bueno (no «bueno por naturaleza», sino obra, producto de la cultura y del arte). Lo que menos me gusta de Rousseau es su elogio de la ignorancia. El abuso de los descubrimientos científicos por parte del hombre no es un motivo para denigrar a aquellos, sino al hombre que es quien abusa de ellos. Otro de mis desacuerdos con Rousseau es que él habla de «leyes de la naturaleza» cuando en realidad se trata de asuntos humanos. Las leyes de la naturaleza son inalterables; en el ámbito humano, sin embargo, no hay nada —empezando y terminando por el propio hombre— que no sea susceptible de cambio.

(*Diario*, hacia 1937)

George Savine

El conflicto de la personalidad de Rousseau entre lo noble y lo vil, lo ideal y lo real, le robó toda satisfacción en su obra y toda confianza en el valor de ella. La iniciación de una idea era como una luz celestial que resolvía «todas las contradicciones de nuestro sistema social». La expresión no nos da ni la cuarta parte de la vaga pero deslumbrante visión. En sus relaciones sociales se movía con un penoso sentido de incapacidad, estupidez y falta de confianza en sí mismo. No parece haberse sentido nunca a gusto más que con mujeres y en relaciones prácticamente desprovistas de todo contenido intelectual. Era parásito por inclinación y durante periodos considerables vivió en un estado de semidependencia, pero nunca pudo aceptar la dependencia con agradecimiento. En cambio construyó en torno a sí mismo un mito de seudoestoicismo y ficticia autosuficiencia, que se expresaba sobre todo en forma de suspicacia hacia quienes trataban de ser amigos suyos, y en el descubrimiento de complicadas conspiraciones, probablemente imaginarias, para arruinarle y traicionarle.

(*Historia de la Teoría política*, 1937)

Guillermo Fraile

Yendo [Rousseau] a visitar en la cárcel a su amigo Diderot, al atravesar el bosque de Vincennes se detuvo un rato a descansar y leyó en el *Mercure de France* el anuncio de un tema propuesto a concurso por la Academia de Dijon: «Si el restablecimiento de las ciencias y de las artes ha contribuido a depurar las costumbres». Súbitamente experimentó una «iluminación», semejante a la de Pascal o al *songe* de Descartes, en que se le apareció intuitivamente el contraste entre la bondad natural y del individuo y la falsedad de la sociedad y civilización. [...] La bondad natural del hombre, su corrupción por la sociedad y su remedio en el retorno a la vida natural será desde entonces el *leitmotiv* que inspirará todas sus obras.

(*Historia de la filosofía*, 1964)

Salvador Giner

En verdad la Revolución francesa fue la apoteosis de Rousseau. Sin embargo, Rousseau es también un hombre altamente representativo del siglo XVIII en cuanto que extrajo conclusiones rigurosas de algunas de las ideas predominantes en la mentalidad de la época. Lo hizo con tal ahínco que se granjeó su abierta enemistad. El elemento más destacado del pensamiento rousseauiano, que no es de su tiempo, es el romanticismo, con su advocación por lo emocional en contra del racionalismo que imperaba. Es por todo ello Rousseau una figura de tránsito como las hay pocas.

(*Historia del pensamiento social*, 1967)

Ariel y Will Durant

¿Cómo pudo suceder que un hombre, nacido en la pobreza, repudiado por la sociedad y por la cultura, antagonista de Voltaire, de Diderot, de la *Enciclopedia* y de la época de la razón, empujado al vagabundeo como si fuera un peligroso rebelde, y perseguido como un supuesto criminal y demente, cómo fue posible que un hombre semejante prevaleciera tras su muerte sobre Voltaire, reanimase la religión, transformase la educación, mejorase la moral de Francia, inspirase el movimiento romántico y la Revolución francesa, influyese en la filosofía de Kant y Schopenhauer, en los dramas de Schiller y en las novelas de Goethe, en los poemas de Wordsworth, Byron y Shelley, en el socialismo de Marx y en la ética de Tolstói? ¿Cómo fue posible, para decirlo con pocas palabras, que ejerciese sobre la posteridad un influjo incomparablemente mayor que cualquier otro escritor o pensador del siglo XVIII? Europa estaba madura para prestar oídos a un evangelio que prefería el sentimiento a la razón; le pesaban ya demasiado las cadenas de las costumbres, de las convenciones, de los hábitos y de las leyes. Estaba cansada de escuchar palabras sobre la razón, la lógica y la filosofía; la revuelta de la absoluta liberalización del espíritu parecía que había vaciado el mundo de contenido, que había desarraigado de la intimidad del hombre la fantasía y la esperanza; en el fondo de su corazón, los hombres y las mujeres deseaban en secreto volver a creer.

(*Rousseau y la revolución*, 1967)

Mauro Armíño

Y este ser lleno de fobias, de revueltas casi animales, instintivas, de delicadezas dominadas sólo por la impresión, por la sensación, ¿coincide con el «ilustrado»? Una vez más, el encasillamiento del conjunto ha construido la falacia, y se redondea con el adjetivo de «prerromántico» que suele adjudicarse a algunos escritos, entre ellos a *Las ensoñaciones*, para que la disparidad entre los primeros escritos y los últimos quede cercada. La germinación de unas peculiaridades ads-

critas luego al movimiento romántico, la del sentimiento, la de sensación, se da en Rousseau, pero también en otros franceses. Bossuet, ante el avance de estas notas, se había preguntado: «El encanto de sentir ¿es, pues, tan fuerte?» Ese encanto de sentir es quizá la marca subyacente en el Rousseau ensoñador: un encanto de sentir en el alma que se produce sobre todo en medio de los paseos, «cuando dejo mi cabeza enteramente libre y a mis ideas seguir su inclinación sin resistencia ni traba».

(Prólogo a *Las ensoñaciones*, 1979)

Pere Gimferrer

Es en esta Venecia remota, Venecia de viejos dibujos a la pluma, donde en 1744, a los treinta y dos años, Jean-Jacques Rousseau (los venecianos le llamaban *Zanetto*) trabajaba empleado por el embajador de Francia. Una ciudad, una república fuera del mundo: tiempos de máscaras, de góndolas, de palacios encendidos en las noches de carnaval. En una góndola, de noche, llegó la mujer más bella que Rousseau conociera jamás: la cortesana Zulietta —ojos negros, reidores— que después de cenar iba a comprar cristalería a Murano; Zulietta, que tenía en su alcoba dos pistolas para parar los pies a los clientes demasiado brutales. Rousseau, invitado a la alcoba de Zulietta, no pasó nunca de los preliminares; la perfección física de la muchacha, demasiado evidente, le daba vértigos, y se detenía buscándole taras ocultas, incomodidades misteriosas. Ella se levantó, y abanicándose mientras iba y venía por el cuarto, le dijo: «Zanetto, deja las mujeres y estudia matemáticas».

(*Dietario*, 1984)

Bibliografía

Algunas ediciones en castellano de obras de Rousseau

- Discurso sobre las ciencias y las artes.* Madrid, Aguilar, 1962.
Contrato social. Discursos. Madrid, Alianza, 1980.
Discurso sobre el origen y los fundamentos de la desigualdad entre los hombres. Barcelona, Edicions 62, 1981.
Emilio o la educación. Barcelona, Bruguera, 1979.
Discursos a la Academia de Dijon. Madrid, Ed. Paulinas, 1977.
Ensayo sobre el origen de las lenguas. Madrid, Akal, 1980.
Escritos de combate. Madrid, Alfaguara, 1979.
Las confesiones. Madrid, Edaf, 1980.
Las ensoñaciones del paseante solitario. Madrid, Alianza, 1979.

Obras sobre Rousseau

- GRIMSLEY, R.: *La filosofía de Rousseau*. Madrid, Alianza, 1977.
HOFFDING, H.: *Rousseau*. Madrid, Revista de Occidente, 1931.
LAUNAY, M.: *Rousseau*. París, P.U.F., 1968.
MOREAU, J.: *Rousseau y la fundamentación de la democracia*. Madrid, Espasa-Calpe, 1977.
STAROBINSKI, J.: *Jean-Jacques Rousseau: la transparence et l'obstacle*. París, Gallimard, 1971.
VIAL, F.: *La doctrina educativa de Rousseau*. Barcelona, Labor, 1937.
VOLPE, G. della: *Rousseau y Marx*. Barcelona, Martínez Roca, 1978.

BIBLIOTECA SALVAT DE GRANDES BIOGRAFÍAS

1. **Napoleón**, por André Maurois. Prólogo de Carmen Llorca.
2. **Miguel Angel**, por Heinrich Koch. Prólogo de José Manuel Cruz Valdovinos.
3. **Einstein**, por Banesh Hoffmann. Prólogo de Mario Bunge.
3. **Bolívar**, por Jorge Campos. Prólogo de Manuel Pérez Vila. (2.^a serie.)
4. **Gandhi**, por Heimo Rau. Prólogo de Ramiro A. Calle.
5. **Darwin**, por Julian Huxley y H. B. D. Kettlewell. Prólogo de Faustino Cordón.
6. **Lawrence de Arabia**, por Richard Perceval Graves. Prólogo de Manuel Díez Alegría.
7. **Marx**, por Werner Blumenberg. Prólogo de Santos Juliá Díaz.
8. **Churchill**, por Alan Moorehead. Prólogo de José M.^a de Areilza.
9. **Hemingway**, por Anthony Burgess. Prólogo de Josep M.^a Castellet.
10. **Shakespeare**, por F. E. Halliday. Prólogo de Lluís Pasqual.
11. **M. Curie**, por Robert Reid. Prólogo de José Luis L. Aranguren.
12. **Freud (1)**, por Ernest Jones. Prólogo de C. Castilla del Pino.
13. **Freud (2)**, por Ernest Jones.
14. **Dickens**, por J. B. Priestley. Prólogo de Juan Luis Cebrián.
15. **Dante**, por Kurt Leonhard. Prólogo de Angel Crespo.
16. **Nietzsche**, por Ivo Frenzel. Prólogo de Miguel Morey.
17. **Velázquez**, por Juan A. Gaya Nuño. Prólogo de José Luis Morales Marín.
18. **Pasteur (1)**, por René J. Dubos. Prólogo de Pedro Laín Entralgo.
19. **Pasteur (2)**, por René J. Dubos.
20. **Luis XIV**, por Ragnhild Hatton. Prólogo de Víctor L. Tapié.
21. **Bolívar**, por Jorge Campos. Prólogo de Manuel Pérez Vila.
21. **Einstein**, por Banesh Hoffmann. Prólogo de Mario Bunge. (2.^a serie.)
22. **Russell**, por Ronald Clark. Prólogo de Jesús Mosterín.

23. **Rembrandt**, por Christopher White. Prólogo de Josep Guinovart.
24. **Julio César**, por Hans Oppermann. Prólogo de Agustín García Calvo.
25. **García Lorca**, por José Luis Cano.
26. **Edison**, por Fritz Vögtle. Prólogo de Manuel Toharia.
27. **Verdi**, por Charles Osborne. Prólogo de José Luis Téllez.
28. **Chaplin**, por Wolfram Tichy. Prólogo de Carlos Barbáchano.
29. **Dostoyevski (1)**, por Henri Troyat. Prólogo de Joaquín Marco.
30. **Dostoyevski (2)**, por Henri Troyat.
31. **Falla**, por Manuel Orozco.
32. **Van Gogh**, por Herbert Frank.
33. **Sartre**, por Walter Biemel.
34. **Buda**, por Maurice Percheron. Prólogo de Alfredo Fierro.
35. **Byron**, por Derek Parker. Prólogo de Pere Gimferrer.
36. **Juan XXIII**, por José Jiménez Lozano.
37. **Casals**, por Josep M. Corredor. Prólogo de Enric Casals.
38. **Lope de Vega**, por Alonso Zamora Vicente.
39. **Rousseau**, por Sir Gavin de Beer. Prólogo de Manuel Pérez Ledesma.
40. **Galileo**, por Johannes Hemleben. Prólogo de Víctor Navarro



ROUSSEAU

Jean-Jacques Rousseau se alza ante nosotros como uno de los más importantes precursores del Romanticismo. A pesar de la poderosa influencia que ejerció sobre escritores y pensadores posteriores con su teoría sobre la corrupción de la naturaleza humana por la sociedad, su creencia en el «buen salvaje» y su defensa de la vida sencilla y de unos derechos y libertades propios del hombre, su vida, no precisamente ejemplar, transcurrió en franca discrepancia con sus ideas. No obstante, fue reconocido como un genio por los eruditos de su época.

Sir Gavin de Beer ha llevado a cabo una profunda labor de investigación que le ha permitido ordenar los viajes y movimientos de Rousseau en Inglaterra, clarificar sus relaciones con algunos de sus contemporáneos, como Voltaire, Hume y los enciclopedistas, y realizar un sucinto pero autorizado análisis de los principales trabajos del escritor francés.

